El Hogar



PINTADA PARA "EL HOGAR"

SRTA. MARTA MEANA TOMKINSON

Fotocromo sobre seda por Frans van Riel

SUBSCRIPCIONES
EN LA CAPITAL
Año............ $ 9.— %
Semestre....... » 5.— »
Trimestre...... » 2.50 »
Núm. suelto... » 0.20 »
» atrasado. » 0.40 »
EN EL INTERIOR
Año........... $ 13.60 %
Semestre..... » 7.— »
Trimestre.... » 4.— »
Núm. suelto.. » 0.30 »
» atrasado » 0.60 »
EN EL EXTERIOR
Año......... $ 10.— oro
Semestre.... » 6.— »
Trimestre... » 4.— »

Para evitar interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora. El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta Administración en giros postales, cheques, órdenes contra casas de comercio establecidas en ésta, o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

El Hogar

ILUSTRACIÓN SEMANAL ARGENTINA

APARECE TODOS LOS VIERNES



Dirección, Redacción y Administración RÍO DE JANEIRO, 262

FUNDADA EN 1904 POR ALBERTO M. HAYNES

U. Telef., 63, Almagro, 1120 y 1121 — Dirección telegráfica: "Senyah"

OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUBSCRIPCIONES
A. DE MAYO 749, 5º p., U. T. 33, Av. 1472
ANUNCIOS EN EL EXTERIOR
Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. — La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.
AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR
URUGUAY. — A. S. ADAMI
Plaza Independencia, 727, Montevideo
ESTADOS UNIDOS. — S. S. KOPPE Y CO. INC.
Times Building. New York
PARAGUAY. — SANTIAGO PUIGBONET
Palma, 78. Casilla Correo 581. Asunción

Año XXII — Buenos Aires, Enero 15 de 1926 — Núm. 848

Notas y Comentarios de Actualidad

Algo Sobre el Pajizo

Oímos decir, con asombro, que los niños bien están boycotteando al rancho o pajizo y otorgando su preferencia a los fieltros. ¿Es posible cuando, estando tan caros los pajizos, basta llevar uno en la cabeza para ser señalado como persona decente? El pajizo pudo ser plebeyo en los tiempos del pajizo de 1,95. Pero esos tiempos no van a volver nunca. Es una cosa convenida entre todos los sombrereros. Al pajizo de nuestros días puede hacérsele una objeción, pero que no tiene nada que ver con el abolengo. Los fabricantes se han dado maña para convertir un sombrero naturalmente liviano en uno de los más pesados que pueda soportar la cabeza. No sabe uno si lleva un pajizo o una fuente de confitería. Su dureza e inflexibilidad corren parejas con el peso. ¿Es un pajizo de paja o un pajizo de madera eso que nos ha caído en suerte? Los señores fabricantes están desnaturalizando el pajizo. Los pajizos deben ser como los pide la cabeza: livianos y todo lo flexibles que permita la materia prima. Si persisten en darnos el duro y pesado pajizo del nuevo modelo, quién sabe si también los simples mortales no nos acogeremos al fieltro y sus numerosas y variadas imitaciones.

Los Footballers Brasileños Están Descontentos de Nosotros

Los footballers brasileños que participaron en el campeonato sudamericano hicieron en su país declaraciones muy desfavorables para el público y los jugadores porteños. En cambio elogian sin reservas a los rosarinos. Parecen brasileños escapados del Brasil y domiciliados en el Rosario, dicen. Pero este elogio brasileño a los rosarinos quizá no sea tan sincero como inspirado por la creencia de que pueda ser mortificante para los porteños. El público y los jugadores porteños tienen poco más o menos los mismos defectos y cualidades que los demás públicos de las grandes ciudades afrolatinoamericanas. Lo único que hay de cierto, en relación a estas cosas, es que en la América del Sud los partidos internacionales de football son un peligro internacional. Nos habían salido fiadores de las virtudes educadoras del football. Pero los footballers se toman a patadas y a puñadas en pleno field, y cuando es menester salen a relucir otras armas que las naturales. ¡Como para organizar partidos internacionales con elementos tan belicosos! Afortunadamente, el público de los respectivos países, sin duda aleccionado por los espectáculos de sus propios jugadores, no muestra impresionarse mucho por las discordias internacionales de las canchas de football.

El Gobierno Argentino Sabe Más que Martín Gil

Martín Gil nos ha asustado un poco con unos artículos publicados en "La Nación". Si la población del mundo sigue aumentando como hasta ahora, nuestros nietos tendrán que devorarse los unos a los otros. Después del diluvio universal y el nuafragio de "La Medusa", no se habrá visto situación más trágica en la historia de la humanidad. ¿Qué esperanza nos queda? Solo la de que la población del mundo no aumente tanto en la realidad como en el papel. Pero esta esperanza — ¡loados sean los dioses malthusianos! — no es infundada. El saldo demográfico argentino de 1926 ha desalentado a los defensores del postulado de Alberdi. ¡Cuán poco se gobierna en la República Argentina! La inmigración no ha dejado más que un saldo de 70.000, y el aumento total de la población se redujo a 250.000. Y de éstos habrá que descontar los asaltantes del subte, que sin duda se encuentran prófugos en el extranjero. "La Nación", comentando estas cifras, llega, a través de sutiles deducciones, a la conclusión de que el mérito corresponde al gobierno. Parece que el gobierno argentino se adelantó a los alarmantes cálculos de Martín Gil y encontró la fórmula para impedir que el mundo se pueble más de lo razonable. ¿Qué falta ahora para conjurar la espantosa tragedia? Sólo que los gobiernos extranjeros envíen delegados para estudiar el método argentino de despoblación del mundo.

Los "Resultados" de Mendoza

Los "resultados" de Mendoza han hecho reír a más de cuatro. Porque son una ruidosa desautorización del voto parlamentario mandando intervenir la provincia; de los autos judiciales declarando reos de todo género de delitos a los funcionarios de la administración depuesta; de la infatigable — y hay que agregar que enconada — campaña de la prensa contra el ex gobernador Lencinas; y hasta de las declamaciones contra las letras de tesorería. "¡Pamplinas! — dice el soberano. — Nosotros estábamos aquí en el mejor de los mundos." Los damnificados creen que se trata de una regresión bárbara: el arrabal arrollando al centro urbano. No les falta razón. Pero los mismos socialistas, cuyo antilencinismo es tan ejemplar e insospechable como su pacato espíritu conservador de pequeños burgueses propagandistas del ahorro, acusan a los liberales de ser una fuerza socialmente reaccionaria; acusación gravísima en un país donde los radicales van a misa y los comunistas creen en lo que ven, pero no en el comunismo. La tradición mendocina es tan francamente democrática, y acaso un poco más, que la tradición porteña. Si en Mendoza el "centro urbano" ha osado desafiar al "arrabal", sólo los argentinos que no conocen a su país pueden quedar desconcertados por los "resultados" de Mendoza.

Está Nuevamente a Estudio el Abaratamiento del Pan

El intendente Noel ha acometido una tarea gigantesca: el estudio de los medios y milagros para resolver el popular problema del abaratamiento del pan. Como en este género de estudios lo primero es documentarse, el señor intendente ya se ha dirigido al Poder Ejecutivo pidiéndole datos sobre el saldo de trigo dejado por la cosecha anterior. Los consumidores de pan asistirán con cierta curiosidad al movimiento de notas y a la publicación de cifras que ocasionen estos estudios del señor intendente; tendrán cada tres o cuatro días, o cada tres o cuatro semanas una nueva noticia sobre el asunto, y se verán obligados a reconocer en su fuero interno que efectivamente se ha descubierto un medio económico e inofensivo para distraer pasablemente al público. Porque estas cosas de los entretelones del pan, de la carne, de la fruta, como todo lo que sea entretelones, siempre tiene algún atractivo. Pero, ¿vendrá también, a la cola de todo esto, el abaratamiento del pan?, preguntarán los inexpertos lectores de la nueva generación. Sería la primera vez que viniese. Los estudios del señor intendente no son un estreno, sino una reprise, y si fuésemos a juzgar por su anterior eficacia, deberíamos desesperar del abaratamiento del pan. ¡Pero el inventor de la Feria de Navidad quizá acertara con el abaratamiento del pan! ¡Quizá sea cuestión de ponerle menos harina!

Va a Haber que Suprimir el Ahorro

¿El ahorro? Va a haber que suprimirlo. En la República Argentina, progresista país de la América del Sud, se fundó una Caja de Ahorro Postal. El directorio de la institución, al ver afluir los primeros ahorros, se preguntó en qué forma podría invertirlos provechosamente. "Lo más provechoso será que nos los comamos", dijo uno de los consejeros. De acuerdo con este dictamen, los miembros del directorio se asignaron sueldos superiores a todo elogio e hicieron extensiva esta ventaja a los altos empleados. Además, y por razones de elemental galantería, resolvieron conceder empleo a todos los salteños residentes en Buenos Aires y a los que fuesen llegando de Salta. Pero, ¿qué pasó? Pronto los ahorros no alcanzaron para sufragar los gastos personales de los miembros de la Caja, y hubo que reconocer la bancarrota del ahorro. Entonces por todos los ámbitos de la Caja retumbó una insólita palabra: ¡Economías! "Aquí hay que economizar", exclamaban todos, escandalizados. Como quiera que evidentemente esta era la única solución, economizaron a setenta y cinco empleados inferiores, entre los cuales algunos salteños traidores a su provincia. Las cosas quedaron equilibradas, las entradas eran iguales a la salidas. Pero ¿quién acallaba el tumultuoso escándalo de los despedidos, principalmente los salteños? Nadie.

Va a haber que suprimir el ahorro, pues hay que convencerse de que no alcanza para todos.



Abundancia de Plata para Gastar

La Comisión de Presupuesto de la Cámara de Diputados desea convencernos de que hay gran abundancia de plata. Los impuestos producirán ciento veinticinco millones más que en 1923. Nos lo dice en todos los tonos y aprovechando todos los medios de publicidad. ¿Tal vez para insinuarnos que se podrían rebajar los impuestos en ciento veinticinco millones o reducir la deuda flotante en la misma suma? ¡De ninguna manera! ¡Para que no nos asustemos de los gastos, y al contrario, para que les demos el visto bueno! En cuanto a esto, la Comisión de Presupuesto demuestra ser buena conocedora de la psicología argentina. Si ella confirma nuestra opinión de que "este es un país que da para todo", cuente ya con nuestro aplauso y con nuestra plena confianza, y haga y deshaga a su albedrío, que todo estará bien hecho. Nos olvidaremos de que hay una crisis comercial, de que en gran parte del país se perdió la cosecha, de que el año pasado el saldo inmigratorio bajó hasta el entresuelo, y de que la vida está tan cara hoy como antes de los ciento veinticinco millones de la Comisión de Presupuesto.

Métodos de la Policía Científica

Los métodos de la policía científica se fundan en un sistema de identificación que abarque a toda la humanidad. Cada policía tiene identificados a los habitantes del respectivo país, y luego las distintas policías intercambian las fichas. Después de esto, sólo es menester que el ciudadano sea obligado a probar su identidad para cualquiera de los actos de la vida. ¿Qué delincuente podrá escapar así a la policía? Pero aterra pensar en lo que serán los ficheros a medida que aumente la población del mundo. El pensamiento organizador de la policía científica es el mismo que proyectó la torre de Babel. Este pensamiento, que sin duda era un pensamiento matemático emancipado de la realidad física, no comprendía que la torre de Babel sólo podía ser una esfera del mismo volumen y masa que la Tierra, y que ocupase el lugar de ésta, y que de otro modo era un absurdo proporcional al cuadrado de la altura. Naturalmente, los constructores de la torre de Babel debían chocar con la realidad mucho antes de tocar el cielo con las manos. Es lo que le acaba de pasar a la policía con el Banco Municipal de Préstamos al pedirle que comprobase la identidad de las personas que efectuasen operaciones de empeño. Podrán ficharnos a todos, pero no es posible que nos obliguen a andar con una ficha en la solapa.

¿A qué Edad Empieza el Discernimiento?

Según la ley, y para los actos ilícitos, el discernimiento empieza a los diez años. La justicia acaba de condenar al pago de $ 3.741,10 a un padre cuyo hijo, ya de esa edad, arrojó a otro menor (el acto ilícito), un puñado de cal viva, ocasionándole la pérdida total y permanente de la visión en un ojo. Pero, ¿se trata aquí de un atentado o de una desgracia? ¿Se daba cuenta el menor del daño que podía causar? ¿Obró realmente con discernimiento? ¿En caso afirmativo, poco podríamos dudar de sus malos instintos, y habría que pensar si no sería conveniente declararlo elemento peligroso para la sociedad. Pero, por otro lado, un padre cuyo hijo ha perdido la visión de un ojo, bien es acreedor a alguna satisfacción, y a este título la suma de $ 3.741,10 no parece exagerada. Si el fallo de la justicia se fundase en alguna equitativa consideración de este orden, más bien que en el criterio de la ley acerca de la edad a que empieza el discernimiento en cuanto a los actos ilícitos, sería mucho más convincente. Es innegable la dificultad que habría para establecer en cada caso si un menor ha obrado con discernimiento en la comisión de un acto ilícito. ¡Según el menor, y según el acto! Pero esto, lejos de atenuar, pone en evidencia el criterio simplista de la ley.

Las Aventuras de don Pancho Talero

Por LANTERI





"...Se levantó y alcanzó a dar unos pasos..."

Siete años...

Por

MARJORY WARD HUMPHREYS



(Enrique Tregenna llegó hasta la pequeña puerta. Dentro de la casita vivía la mujer que jamás había visto, pero que había llegado a amar a través de las cartas que de ella recibió durante siete años. Estaba ansioso por verla, pero..., ¿tendría el coraje suficiente de entrar y revelarle el secreto tan celosamente guardado?)



EL comandante Enrique Tregenna, que había pertenecido a la Marina Real, estaba en su pequeño departamento de Londres, sentado frente a un escritorio materialmente cubierto de paquetes de cartas bien ordenadas, cartas escritas por una mujer que nunca había visto. No eran cartas de amor verdaderamente, pero revelaban con una fidelidad asombrosa la personalidad de quien las había escrito un sutil espíritu de mujer, la belleza de su alma y todo un caudal de sentimientos nobles. Tregenna había llegado a amar a esa mujer que conocía tan bien como si la hubiera estrechado entre sus brazos.

Era el comandante Tregenna un hombre de poderosa imaginación, de porte arrogante, que, a pesar de tener un alma de poeta, siguió la carrera de marino, cumpliendo el deseo de sus padres, pero siendo siempre un soñador.

A través de esas cartas perfumadas, su imaginación concibió la mujer ideal. Después de siete años de correspondencia continua había llegado a saber casualmente el domicilio de Estela Cardigan, sabía dónde podría hallar a la mujer que tanto admiraba.

El momento decisivo había llegado. Ahora, sabiendo dónde podría encontrarla, quería convencerse de que no procedía mal al provocar un encuentro que ella jamás había solicitado y acerca del que tampoco había hecho mención siquiera.

Sentía un deseo tal de conocerla, de oír la voz de esa mujer que tanta alegría había llevado a su vida llena de amarguras, que de nada valieron sus cavilaciones.

La guerra había dejado un recuerdo imborrable en Tregenna: de un hombre fuerte hizo de él un lisiado, había perdido una de sus piernas, y por eso era tan triste su vida. Estaba seguro de que Estela era hermosa, se la imaginaba esbelta, rubia, de hermosos ojos azules y de cutis blanco aterciopelado. Vivía cerca del mar, y Tregenna sabía que amaba la naturaleza con verdadera pasión, el sol con sus rayos bienhechores, el mar con sus mil sonidos diferentes, el campo abierto y ese aroma que despide la tierra después que la lluvia la ha regado.

Tanto había hablado en todas sus cartas de sus paseos cotidianos, que fácil le era a Tregenna seguirla con la imaginación paso a paso. La veía volver a su casita después de mucho andar y sentada en uno de los bancos rústicos que adornaban su jardincito, creía verla hilvanando los detalles, las palabras y los sentimientos que más tarde volcaría en una de sus cartas.

Él también ponía en las suyas todas esas pequeñeces de la vida diaria, pero las idealizaba, y, muchas veces, dejándose llevar por su alma soñadora, convertía sus paseos hasta la plaza más cercana en paseos larguísimos a través de campos floridos bañados de sol. Pero jamás había tenido el valor de confesarle su desgracia.

Había sido tan fuerte e incansable que prefería ocultarle la verdad. Por esta causa y porque ansiaba conocer hasta el más ínfimo detalle de esa vida al aire libre, que tanto había amado, pero que ya no le era posible gozar, no le revelaba a Estela la triste verdad.

Recordó que ella, en una de sus cartas, había hablado del verdadero vínculo que los unía, y lo expresó en términos hermosos: "Tú y yo, Enrique, amamos las mismas cosas: sé que tú amas y sientes también la bondad de Dios en todo lo que nos rodea. Tú admiras como yo las bellezas de las cosas más sencillas. Son pequeños detalles, Enrique, pero, ¡cuánto significan en nuestra vida!"

Su pensamiento volvió al punto que tanto le preocupaba. Resolvió verla. Iría a su encuentro, pero..., y si Estela era tal cual como su imaginación la había concebido, ¿qué hacer entonces? ¿Tendría el valor de decirle que era un lisiado y que en sus cartas le había mentido muchas veces?

Estela, tan buena y noble, lo perdonaría al comprender su dolor, y, quizá, hasta consentiría en ser su esposa, llevada por un sentimiento de piedad. ¿No era mejor conservar la ilusión y dejar que ella le creyera lo que había sido una vez y era aún en el fondo de su corazón?

Llenaba Estela tan íntegramente su vida, que perderla hubiera sido para él un golpe imposible de soportar.

Entregado a estas reflexiones, su pensamiento volvió al día en que se inició su correspondencia con Estela.

Era en tiempo de la guerra. Dispuesto a servir a su patria, dejó en Londres a la que entonces era su prometida. Poco tiempo después fué herido, y estando en el hospital supo que la mujer que le había prometido ser su esposa se había casado con otro.

Del hospital salió con una pierna menos, y hubo de resignarse con mucho dolor a una vida intranquila lejos de todas las actividades. Pasó semanas enteras en la más completa desesperación, y días interminables en que la necesidad del consuelo de un alma femenina le hizo concebir la idea de buscar por intermedio de los diarios una mujer con quien pudiera sostener correspondencia, y así lo hizo.



Cuando a los pocos días su ayudante apareció con unas cuatro docenas de cartas, poco más o menos (resultado que demostraba el éxito de sus gestiones), y hubo leído algunas, se arrepintió de haber recurrido a un medio tan vulgar, pero llegó hasta una de ellas, la carta de Estela Cardigan, y comprendió que había encontrado lo que tan difícil le parecía unos momentos antes. Esa carta fué la primera de una serie interminable, que poco a poco unieron sus almas hasta transformar ese vínculo en amor.

El comandante Tregenna, alentado por todos esos recuerdos, se levantó decidido a llevar al cabo una resolución.

Iría a verla: necesitaba conocer a esa mujer que tanto significaba en su vida, aunque la primera vez pudiera también ser la última.

MUCHO tuvo que andar Tregenna para llegar a su destino. Estela vivía en una pequeña aldea cerca del mar, y tan fielmente había descripto sus alrededores que él creyó recorrer lugares ya conocidos. Llegó al fin a una pequeña casita rodeada por un hermoso jardín.

Rosas y glicinas cubrían el frente, y para Tregenna su sueño comenzaba a convertirse en realidad. Todo era tal cual lo había imaginado.

Tratando de disimular lo mejor posible su pierna artificial, penetró en el jardín y llegó a la puerta. Contestó a su llamada una anciana de aspecto agradable, y al inquirir si podía ver a la señorita, ésta le contestó que llevaría la tarjeta a su ama, aunque sabía que no recibía a personas extrañas.

Interminables le parecieron a Tregenna los minutos que esperó, tales eran sus ansias. Por fin llegó la vieja criada con la noticia de que podía pasar e inmediatamente fué llevado a presencia de Estela.

La halló en medio de una habitación bien dispuesta y sentada en un amplio sillón frente a un pequeño "secretaire". ¡Así la había imaginado escribiéndole tantas veces! No vino a su encuentro, pero extendió la mano al mismo tiempo que pronunció su nombre: ¡Enrique!

Tregenna tomó la mano, y de sus labios brotó una exclamación. Era Estela una mujer hermosísima, aún más divina de lo que la había imaginado, y Tregenna comprendió con dolor sus pocos méritos para merecer una mujer así.

Balbuceó algunas palabras, y a una invitación de Estela se dejó caer en un mullido sillón, deseoso de ocultar a esos hermosos ojos su defecto físico.

Y comenzó entonces entre ambos una trivial conversación, que Estela interrumpió de pronto diciendo:

—¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué has querido destruir este sueño que tan feliz me hacía?

Y Tregenna, asombrado de oír esas palabras, se apresuró a preguntar:

—¿Es que me encuentras tan diferente, entonces?

—No, no, eso no. Tú eres tal cual como te he visto siempre con los ojos del alma; mejor aún, eres alto, fuerte, lleno de energía, tal como debe ser un hombre...

—Cállate, Estela, por Dios—dijo entonces Enrique;—no sigas, por favor.

Pero ella le interrumpió diciendo:

—Y lo que más me seduce, es saber que siendo como eres, amas también las pequeñas cosas de la vida. ¡Que tanto quieren decir a veces!

Enrique trató de hablar, quiso confesarle toda la amarga verdad, pero las palabras no salían de sus labios, y en ese instante concibió la idea de ocultarle todo, y pensó en irse sin romper esa ilusión que dominaba a Estela.

Y entonces, en vez de revelarle a Estela su desgracia, le dijo, cariñosamente:

—Llegué hasta aquí porque desea-

(Continúa en la pág. 19)



Pedro J. Naón

FOTO R. R.

Un precursor desconocido de la vieja poesía modernista
Pedro J. Naón

Por MARIANO GHERARDI



ODEMOS elogiarlo sin miedo. No se asusten los niños de la "nueva sensibilidad"... Pedro J. Naón ha muerto hace trece años. Los elogios póstumos no quitan gloria a nadie. No son gloria tampoco. Pero ¡es tan agradable evocar las figuras literarias de los que se fueron dejando tras de sí, como un cigarro, el humo de sus versos!... Además, hay ciertos poetas que tienen la desgracia de no conquistar a la muchedumbre, a pesar de haber hecho mucho más que aquellos que la domesticaron.

Uno de estos poetas de poca suerte era Naón. Hasta en el momento de morir, cuando se nos perdona hasta el talento, ningún ruido produjo su caída. Murió como había vivido: dulcemente, sin desarmonías, con ternura. Unos cuantos muchachos encanecidos cantaron en su tumba. ¡Y nada más!...

Sin embargo, como valor literario de una época, Pedro J. Naón merece la revisión serena de los antologistas. Antes que Rubén Darío apareciera con su revolución del arte métrica, antes que Herrera y Reissig y Leopoldo Lugones tradujeran a Samain y a cuanto Baudelaire moría en París, ya Pedro J. Naón, en 1892 — a los veinte años de edad, — aportaba una nueva manera de decir lo viejo. Fué el primero en hacer, hace treinta y cuatro años, versos trabajados con buril y con cincel, versos pulidos y transparentes que destruían las viejas maneras de cantar a gritos como Andrade o de cantar en negro como Gabino Ezeiza.

Si su nombre no adquirió el valor de una jefatura, fué porque Naón cantaba poco. Era modesto. Y se reía de la gloria, cosa rara en un poeta de aquellos tiempos en que a falta de premios y de concursos, todos los portaliras aspiraban a ganarse la gloria...

El mismo Naón escribió para su tumba esta hermosa cuarteta:

Mueran mis versos con el nombre mío
cuando se abra la piedra de mi fosa;
¡Si perdí la corona de tus brazos
qué me importa el olvido de la gloria!

A veinte, a treinta años de distancia, los versos de Naón han perdido la novedad que trajeron en su hora. ¡Cierto!... Mas no por ello ha de privarse a los estudiosos del conocimiento de este artífice, cuyas poesías sólo han podido ser saboreadas por sus amigos íntimos. Naón no quería publicarlas en los periódicos, y cuando editaba un libro las ediciones eran tan reducidas, tan modestas, que hoy sus tres únicos libros de versos pueden considerarse joyas bibliográficas muy raras.

"Eglantinas", "Trovas breves" y "Visiones vespertinas" titulábanse aquellos tres breviarios, el último de los cuales se publicó después de la muerte de su autor, siendo su contenido seleccionado por la esposa de Naón, ilustrísima compañera del poeta y que supo alfombrar su camino de rosas.

Las pocas composiciones de este precursor del modernismo que llegaron a difundirse despertaron cariño por el poeta silencioso que cantaba movido del placer de cantar, sin jactarse de su sabiduría.

— Nuestra poesía argentina — solía decir a menudo — necesita música de palabras y palabras con música.

Era la época en que la literatura criolla de Martín Fierro y de Estanislao del Campo obligaba a los poetas de cuello almidonado a cantar endechas y payadas de poncho. Naón, antes que nadie, aristocratizó los versos y perfumes de dulzura los labios de las recitadoras de aquel tiempo en que Calixto Oyuela era un Menéndez y Pelayo para mucha gente... Naón fué, en fin, el verdadero poeta que cultivaba flores sin más objeto que el de verlas nacer. Uno de los jóvenes de su cenáculo, Edmundo Montagne, se lo dijo en sus versos de "El Bazar del Iluso":

Y tiene en premio a sus viajes
en lontananza perdido
un palacio de celajes...

Y mucho antes que José Asunción Silva escribiera su "Nocturno", ya Naón había dicho:

RELIEVE

¡Oh mi virgen! ¡Oh mi diosa!
¡Lirio blanco!
Luz de luna desprendida
Sobre el arpa de mis cantos,
Ala y beso, espuma y nimbo,
Tul de estrellas, en la noche de mi frente derramado;
De las blondas de tu traje,
De las lilas de tu manto,
De los ópalos que alumbran tu garganta de jazmines,
Del nelumbo de tu seno, del azúmbar de tus brazos,
Surge un blando y misterioso, tibio ambiente, que acaricia,
Que diluye entre mis sueños el perfume de su encanto;
Zona límpida y fulgente;
Nieve y luz, efluvio y halo.
Nube azul, de rosa y ámbar, que confunde el pensamiento
Cual si el alma de las flores se fundiera en el espacio.

Los madrigales tuvieron en Naón un cultor musical. Véanse algunos:

ALAS

...Fué en los salones; la nieve
Sobre los muros temblaba...
Como un encaje de niebla
Conmovido por el aura,
La orla de tu vestido
Se suspendió con la danza,
Y al ver tus pies, asomados
Bajo el raso de tu falda,
Vi que también en invierno
Viven las palomas blancas.

POMPAS

Una mañana de estío en que el sol te vió dormida,
te envolvió en un velo de oro tejido con sus destellos,
y al detenerse en tu frente, resbaló sobre tus rizos,
y se quedó prisionero como un rey en tus cabellos.

SOLEDAD

¡Qué largo, qué triste que está mi camino
sin el ala blanca de tu amor divino!

Llorando en la noche mi amargo desvelo,
voy como una sombra que ha perdido el cielo.
Desde que en mi vida te alejó la suerte,
resuena en mi pecho la voz de la muerte.

¡Qué desnudo y frío, qué pálido y lento,
sin tu dulce amparo va mi pensamiento!

Antes que Lugones publicara sus primeros sonetos en la revista de Guillermo Stock, ya Naón los hacía mejores en la manera parnasiana:

ILDARA

Con tu media color lila, que la fimbria de tu traje
ligeramente esfumada; deslumbrante y tentadora;
como reina de deseo te vi cruzar triunfadora
sembrando rosas de fuego bajo tu falda de encaje.

Relicario que tejiera la esmeralda del oleaje;
grácil copa de bohemia; breve, límpida y sonora;
como el Olimpo del beso tu garganta turbadora
vacilaba entre tus rizos con la pompa de un celaje.

Mariposas de brillante tus ojos de mulsumana
perseguían en el vuelo de su lumbre soberana
sus eróticos ensueños de regia gala oriental.

Y en el marfil de tu seno, corintios vaso de aromas,
como en un mar de rubíes, ebrias de sol dos palomas
bordaban flores de incendio con sus picos de cristal.

(Continúa en la pág. 60)

Soneto en sordina

Por FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

Mínima música mía,
que mi corazón compuso
sobre el pentagrama iluso
de cada melancolía.

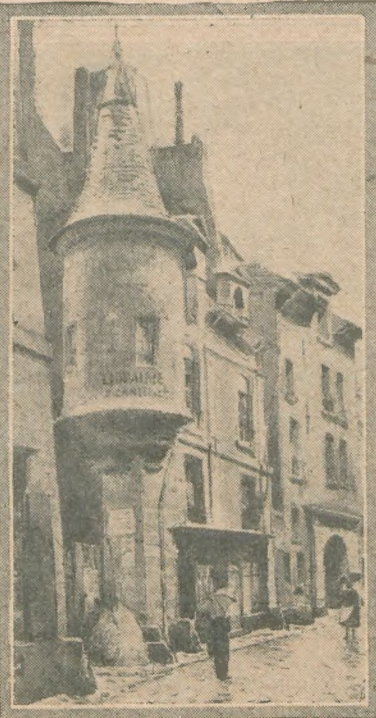
Armonía con que alegro
mi amortecida derrota,
sin saber que cada nota
traduce un guarismo negro.

Música que no comprende,
si mi corazón enciende
su violín en claro son,

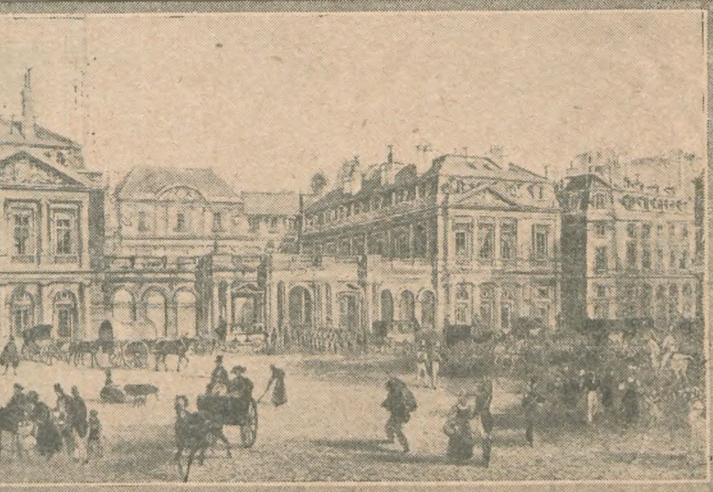
porque dulcemente suena
cuando se refrena con
la sordina de una pena.



El café de Embajadores, en los Campos Elíseos, mediados del siglo XIX



La calle Hautefeuille, uno de los lugares más pintorescos del viejo París, en 1860. (Acuarela de Masson)



La plaza del Palais-Royal, de París, hacia la misma época



Aspectos parisienses

La moda nostálgica

Por

GERMAN GOMEZ DE LA MATA

(Para "El Hogar")





LA última moda en los tiempos que corren no es una danza negra ni una pintura absurda al modo del cubismo, por ejemplo; no: la última moda es... el Segundo Imperio, y para nada aludo aquí a la moda femenina, sino a la orientación espiritual del gusto presente. El cuadro más aplaudido de una revista que acaba de estrenarse en un moderno *music-hall* montmartrés reproduce el París de mediados del siglo XIX, no faltando su imprescindible emperatriz Eugenia, la española a quien no amaron sus súbditos de Francia, pero que "tenía estilo"; a diario se publican obras acerca de lo que brilló el esplendoroso *boulevard* por entonces o intentan reconstruirlo cinematográficas películas, con su desfile aristocrático de carretelas y su elegancia un tanto goncourtiana; uno de los mayores éxitos de Paul Reboux lo constituye cierta novela evocadora de las costumbres parisienses de entonces, poetizadas por la perspectiva del recuerdo... Como veis, entramos en un nostálgico período que la capital del mundo civilizado inicia ahora y que muy pronto se extenderá a todo ese mundo.

Tenía que ocurrir. Después de los primeros años inmediatos a la guerra europea, años de egoísmo y de ansioso goce, la gente reacciona en sentido opuesto. Empezamos a encontrar harto insípido el actual París, que se desnaturaliza por instantes en un deseo erróneo de complacer a los turistas norteamericanos y de modificarse con arreglo a exigencias de un presunto mañana; en el barrio Latino, paraíso legendario del estudiante pobre, se multiplican los lujosos *dancings* donde ya no hay manera de figurarse a Rodolfo y a Mimí; la nueva arquitectura ofrece un exceso de líneas rectas aburrido, y el contorno escuetísimo de las *garçonnes* que pululan alrededor nuestro nos induce a suspirar por siluetas redondeadas de pomposas crinolinas... Buscamos el contraste, comparando un pasado reciente con la prosaica actualidad, y extraemos cual conclusión una añoranza dulce.

¿Era mejor aquel ayer, desde el punto de vista de lo pintoresco, que el panorama cotidiano de hoy? Sin duda. Era mejor, porque cuanto nos circunda hoy exhibe una fisonomía a ras de tierra que no puede resultarnos grata a quienes pedimos un *cachet* a las cosas y porque, acaso, lo idealiza la lontananza de años en que lo columbramos, halo prestigioso siempre. No cabe negar que el París del Segundo Imperio, contemplado a esta distancia favorable, nos brinda una gracia *sui géneris* de que, todavía al menos, está exento nuestro siglo, y por ello nos rendimos a reconocer la superioridad de una evidencia que se nos impone. No se trata, seguramente, de un anhelo retrógrado hacia una pretérita organización social lamentabilísima ni hacia una clase de cultura cuyas posibilidades han dado lo suyo; se trata sólo de una cuestión de ambiente, o si lo preferís, de una cuestión de estética.

La colectividad contemporánea, demasiado positivista, ha perdido carácter; por prurito de sencillez o por desdén a lo que se nos antoja superfluo, vamos tornándonos incoloros poco a poco, y al parangonarnos con una época que no carece de color, advertimos nuestra borrosa sosería. Así, a la postre, París, tan coquetón y tan inteligente, se nota desprovisto de encanto en su fase ultramoderna que no conmueve a nadie, y queriéndolo o sin quererlo, recuerda y nos recuerda cómo fué cuando conmovía a todos; no bien se ha percatado de que comienza a desvanecerse su aureola, mientras encarga otra para la que le falta iniciativa, nos enseña una aureola desechada que aun reluce en propicias penumbras, a semejanza de una dama que pisara el declive de la cuarentena y nos mostrara los retratos de su belleza en lozanía, aunque no haya desistido de que la rehaga tal belleza un masajista milagroso.

Nos pareció oportuno reemplazar la simbólica antorcha de las generaciones que nos transmitieron nuestros antepasados por una lamparilla eléctrica que, ¡ay!, se nos apaga, y a fin de no seguir la ruta de la vida a obscuras en la noche reinante, reencendemos la antorcha abandonada de nuestros abuelos, confesándonos, mohinos, que su fulgor posee una intensidad insospechable hasta estas fechas.



Puerta del palacio de Justicia, por el lado del muelle de los Orfebres, a raíz de la caída del Segundo Imperio



GRABADOS DE LA ÉPOCA

Fachada principal del palacio de la Industria, en el año de 1867



Profesor Giovanni Gentile

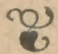
FOTO N. N.

Desde Roma

Gentile y los problemas actuales

Por

SAUL TABORDA



OCOS minutos hacía que habíamos entrado al patio de la Facultad de Filosofía y Letras, cuando se presentó en la amplia puerta principal, pesada y ciclópea, la figura de Giovanni Gentile.

Al vernos, acomodó como pudo, en un solo brazo, la complicada carga de libros, diarios y revistas — la correspondencia que recoge indefectiblemente, en el Senado, todas las mañanas, antes de entrar a clase, — con la que venía colmado, y nos tendió efusivamente la diestra cálida y regordeta.

— Los argentinos..., ¿verdad?

— Justamente.

— Vengan conmigo.

Y seguimos en pos del maestro. Seguimos alegres, dispuestos a quedarnos con él todo el tiempo que se nos tolerara, ganados del todo por su recepción campechana y jovial. Trepamos escaleras y más escaleras. Ya se sabe que estos pisos italianos tienen los ciento y un escalones del poema gauchesco. Por fin, alcanzamos un gabinete sencillo, modesto, pero lleno de una atmósfera de trabajo mental.

Gentile depositó su correspondencia sobre una mesa, nos hizo sentar, y, acomodándose detrás de su escritorio como en una cátedra, nos invitó a preguntarle todo lo que estuviere en nuestro deseo.

— Yo debía estar ahora en la Argentina — exclamó de pronto, — pero no he podido partir porque me retiene la Enciclopedia. Se trata, como es sabido, de una obra de mucha importancia, y no me atrevo a interrumpirla con mi ausencia. Temo perjudicarla.

— De todos modos, su viaje...

— Es seguro, seguro. Iré tan presto como termine la Enciclopedia, y eso será este año. El año próximo iré. Ese viaje me reportará muchos beneficios. En primer lugar me dará la oportunidad de ponerme en contacto directo con los intelectuales argentinos (fuera mi deseo que algunos colaboraran en la Enciclopedia), y después me permitirá apreciar en qué medida la cultura italiana puede cooperar en la formación de la cultura argentina.

"Pues, ustedes — continuó diciendo, — necesitan formar una cultura propia, como la han formado y creado con sello propio los pueblos que la poseen. Y esta necesidad que para la Argentina es tanto más apremiante cuanto que su poderoso desarrollo material debe subordinarse a una concepción de la vida que lo gobierne y encauce históricamente, sólo puede ser llenada por el estudio atento y cuidadoso de las culturas actuales.

"El pensamiento italiano posee continuidad histórica gracias a un esfuerzo de formación autónoma largo y tesonero. Italia llegó al concierto europeo, como nacionalidad constituída cuando ya existían las nacionalidades más fuertes. Llegó un poco tarde, demasiado tarde, y necesitó trabajar enérgicamente para ponerse al nivel de las otras. Inmediatamente recibió la influencia de Alemania y de Francia. Sobre todo la de Alemania, cuyo pensamiento fué de una eficacia evidente. Se sabe bien como aun hoy mismo se atribuye a mi filosofía una filiación hegeliana, bien que esto de las filiaciones espirituales es cosa que debe estudiarse mejor. Los italianos debemos a Vico, a Spaventa, a Rosmini, a Gioberti, y a algunos otros la creación definitiva del pensamiento nativo. La filosofía que estos hombres nos han legado es puramente italiana, tan italiana que los propios alemanes cuando la estudian necesitan emplear mucho trabajo para entenderla. Y es por esto que nosotros veneramos a aquellos pensadores de la hora inicial y reeditamos sus obras para que los hombres de hoy y los de mañana lean y comprendan bien la dirección propia de nuestro espíritu.

— Según esto, ¿cree usted que la dirección que se quiere imprimir hoy a los problemas políticos de Italia está de acuerdo con la tradición de su pensamiento?

— Indudablemente.

— Sin embargo, se acusa al gobierno actual...

— ¡Al fascismo! — interrumpe Gentile echando a reír francamente y dejando caer su puño macizo sobre la mesa. — Comprendo. Se acusa al fascismo de haber roto esa tradición.

— Eso mismo.

— No es exacto, no es exacto — afirma agitándose cada vez más en su silla con la extraordinaria movilidad de los hombres del sur (no hay que olvidar que Gentile es siciliano, nacido en Castelvetrano), y que ya empieza a ser la desesperación de Nicolás Antonio de San Luis que, a mi vera, discurre vertiginosamente con su lápiz de diseño sobre el papel. — No es exacto. Es un cargo injusto.

— Lo leo a menudo.

— Es lo que se les ocurre decir a los adversarios. Algo tienen que decir. Pero nuestro pensamiento político no fué nunca liberal, dígase lo que se diga en contrario. Y muchos de los que combaten al fascismo — Croce a la cabeza de todos ellos, — no son liberales ni pueden serlo sino a condición de contradecirse en las doctrinas filosóficas que profesan.

— Croce ha ingresado al partido liberal.

— Eso nada prueba. La filosofía de Croce no es liberal.

— ¿Es fascista?

— Lo es.

— Paréceme, empero, exacto que el fascismo ha alterado el comportamiento político de Italia.

— Examine despacio el fascismo — aconseja sonriendo maliciosamente por encima de los anteojos. — No lo juzgue a primera impresión. ¿Qué era Italia antes del advenimiento del fascismo? Toda la vida nacional se reducía a un simple y mero acomodarse biológico. En todas partes reinaba una indiferencia glacial. No se vivía; se vegetaba. Como reacción contra ese estado de cosas vino el fascismo y arrojó la piedra en el agua estancada. Las fuerzas dormidas se despertaron. Y cada cual tomó posición frente a los problemas más graves de nuestro tiempo. He aquí el primer beneficio que habrá que reconocer al fascismo. Ha obligado a cada uno a tomar posición.

— ¿Cree usted en ello?

— ¿Por qué lo duda?

— Porque me parece observar completa indiferencia en todas partes.

Gentile hesita un instante como con cierta dificultad, se acaricia el cuello fornido y potente, y prosigue:

— ...Sí; acaso algún gremio... Bueno, usted comprende que algunas gentes, los comerciantes, pongo por caso, no se interesan demasiado; pero, en general, ese fruto está ya obtenido. Y tan obtenido — añade de seguida, animándose vivamente y dejando caer de nuevo su mano sobre la mesa, — tan obtenido que ya ve usted cómo se nos combate en todos los tonos y con todas las armas. ¿No es esta una prueba? ¿No es esto bueno? Naturalmente. Yo estoy contento, muy contento de que se nos combata. ¡Se debe luchar, luchar siempre! — exclama, subrayando la expresión con un gesto de luchador en pleno ardor de una justa. — Sólo cuando se duerme no se lucha. No hay vida con contenido, no hay vida responsable que no importe un estado de lucha.

— La actitud que el fascismo ha adoptado frente a la masonería ¿se orienta a este pensamiento?

— Sí; porque la masonería, entidad fuerte y poderosa en Italia, ha favorecido en todos modos ese estado de marasmo combatido por el fascismo. En guerra con el clero, creyó afirmar su posición exagerando su enemistad con la religiosidad de la vida, y fomentó así ese utilitarismo que ha sido la causa de nuestra postración espiritual. Note bien cómo aun aquí el fascismo está de acuerdo a la tradición del pensamiento italiano.

— Comprendo mejor ahora el objetivo de su reforma escolar.

— Toda ella obedece a este móvil central.

— Lo comprendo bien. Lo único que no alcanzo a entender bien, no obstante lo que ha dicho respecto de la masonería, es la solución dada por usted al problema de la enseñanza religiosa.

— La seriedad de la existencia no excluye la parte religiosa. La religión corresponde al sentido hondo de la vida, y es por eso que la enseñanza la tiene en cuenta y la procura. La llamada escuela laica, en la forma en que se la ha entendido hasta aquí, ha sido un simple apoyo de la vida vegetativa y utilitaria. Nosotros entendemos ahora que la inteligencia de la continuidad histórica italiana necesita remover esa rémora tan cara a la masonería y al positivismo. Quisiera darle una prueba de que ha sido esa rémora la que hasta ahora nos ha impedido comprender nuestro propio espíritu, mirarnos bien al fondo de nuestra hondura interior. En el museo de Bolonia he encontrado una traducción de la obra sobre los deberes del ciudadano, de Mazzini, hecho sobre la primera o la segunda edición, por un monje tibetano, para ser utilizada en los estudios claustrales de su país. ¿Qué significa todo esto? Significa que, gracias a una disposición espiritual favorable a las comprensiones profundas, Mazzini que, no sólo fué fundador de nacionalidades, sino que fué también un hombre de extraordinaria vida interior, fué entendido mucho antes que nosotros, los italianos, por los obscuros monjes de un lejano y remoto santuario del Tibet. Achaco a la llamada escuela laica la dificultad que hemos tenido hasta ahora para comprender nuestra propia esencia.

— Bien; pero su reforma es en todo contraria a la solución que el liberalismo diera a este problema de la enseñanza religiosa partiendo de un punto de vista político.

— También mi reforma parte de un punto de vista político, pues, a mi juicio, la política no es cosa distinta del pensar filosófico.

— Esto elude la respuesta. Quiero decir que los fundadores de la nacionalidad italiana para alcanzar su propósito se vieron necesitados de prescindir de la enseñanza religiosa...

— Solución provisoria. Pero hoy la conciencia es diversa.

— Empero se corre siempre el riesgo de que el clero aproveche de esta enseñanza para sus fines.

— Lo contraloreamos.

Hago un gesto de duda. Gentile piensa un instante. Luego, dice:

— Es una dificultad. ¿No cree que se resolvería ilustrando el clero?

— Acaso...

— Sin duda este problema se simplifica allí donde, como ocurre en Alemania y en Francia, existe un clero ilustrado; pues, en este caso el clero mismo da la solución; pero nuestro clero no es ilustrado (creo que el de la Argentina es también ignorante), salvo excepciones muy dignas. Por esto trataremos de capacitarlo instruyéndolo, reconociendo sus títulos como hacemos con los egresados del Sacro Cuore de Milán, etc.

(Continúa en la pág. 19)



"—Habrá que esperar la noche. Todavía quedan dos horas de sol —dijo."

La obsesión del tesoro

(Cuento paraguayo)

Por M. RUIZ MORENO

Ilustración de Hohmann





POR el estrecho sendero del bosque casi virgen, uno tras otro, con el paso corto y calmo de los oriundos del país, siguieron andando, en silencio, fatigados, en medio de la algarabía de los pájaros y del huir estrepitoso de alguna alimaña sorprendida, hasta que Ramón, aquel de más edad de los hombres que parecía llevar la dirección del grupo, se restregó las cejas sudorosas con el dorso del dedo índice, e hizo jugar sus labios resecos, notando como el acicate de una sed insoportable.

— ¡Chereindy! (1)—exclamó, deteniéndose.

La muchacha respondió algo en guaraní.

— Taguató resay (2)— inquirió Ramón, apoyando el cuerpo en el mango de la pala que llevaba consigo.

La paraguaya descargó lentamente su maleta, extrajo de ella un frasco de bebida alcohólica, y lo alcanzó a los hombres, quienes ingirieron sendos tragos con gran avidez.

— Cinco leguas todavía — dijo Ramón, como significando que debían descansar. Y se desvió del sendero en busca de leña para el fuego.

Más que sentada, reclinada sobre el césped, con todo el abandono de su innata indolencia, con los codos apoyados en el suelo y el mentón en las manos, la muchacha se puso a contemplar aquel sendero inacabable sobre cuya calidez, como en el calor de las cenizas de un incendio, había ido posando su planta desnuda durante toda la mañana.

Dos largas trenzas renegridas y lustrosas caían exuberantes a ambos lados del rostro tostado y sudoroso.

José, el otro hombre de la comitiva, un muchacho que frisaba en los veinte años, barbilampiño, de pecho hundido y omoplatos salientes, se dejó caer a los pies de su compañera, y después de un pequeño silencio, cuando ya los pasos de Ramón fueron ahogándose en la alfombra de hojarasca, habló con una voz débil, de inseguridad, de miedo, de ternura acaso.

— Iponá (3). — Así la llamaban por apodo.

La muchacha tornó la cabeza y fijó su mirada siempre intensa en la expresión de tristeza que daba el rostro de José. Una plácida sonrisa dejó al descubierto las dos hileras perfectas de sus dientes grandes y blanquísimos, y sus ojos interrogaron amorosos.

— Iponá... — repitió el muchacho. — Volvamos, tengo miedo...

— ¿Miedo? ¿Y buscabas una mujer valiente?...

— Miedo por ti, Iponá mía; eres linda, tu nombre lo dice...

— Tanto mejor — contestó la paraguaya, sin dejar de sonreír ante el elogio de su novio. — Así "Pora" (1) querrá entregarnos el "Tapado" (2).

— Al contrario, "Pora" va a celarte y se disgustará. El "Tapado" pertenece a una rival de Madame Lynch. Madame Lynch supo desalojarla del corazón de López, y aquélla, por despecho, conspiró, ocultó sus riquezas en una de las montañas de Tobatí y fué condenada a muerte; tal me dijo Abá-payé (3).

La muchacha se quedó pensativa.

— Volvamos, Iponá mía — insistió José en la creencia de que su novia comenzaba a convencerse.

Mas ella habló con toda decisión.

—Abá-payé no dijo verdad; mi virgen me hizo comprender que podía venir, y ella no me engaña nunca.

— No, Iponá mía — arguyó todavía José. — Tú eres valiente, eres lo que yo necesito, lo que necesitó toda la vida mi padre para arrancar el "Tapado" a las entrañas de la tierra y a la voluntad de la sombra de su dueña, pero Abá-payé me dijo que la rival despechada, en la hora de su muerte conjuró una maldición para todas las mujeres bellas..., y tú eres linda..., tu nombre lo dice; yo despreciaría todos los tesoros por tí. Volvamos; tengo miedo de perderte, Iponá mía.

La escuálida figura de Ramón apareció con un haz de leña reseca bajo el brazo. Avanzó apartando las ramas que le impedían el paso, llegó hasta ellos, arrojó la leña junto a la muchacha, y le clavó los ojos con dureza, como reprochándole su displicencia. Y después se sentó al lado de José, buscando entre las maletas el frasco de la caña.

Iponá se levantó, y, sin molestarse, con la mayor naturalidad, comenzó a preparar el fuego, mientras los hombres fumaban y bebían indolentes, somnolientos, en la espera del Cayguá (1) indispensable.

No lejos de allí un avestruz macho empollaba los huevos en el nido, mientras la hembra, despreocupada y feliz, picoteaba los insectos a la sombra de un árbol.

II

HAY entre los moradores del suelo paraguayo, tierra fértil y hermosa como una región paradisíaca, una buena cantidad de hombres que viven para dar exclusivamente sus energías a una idea que les domina fatalmente, una especie de mal que arraiga en sus almas: la obsesión del tesoro.

Como los ilusos que, cerrando los ojos a toda razón cifran el porvenir en la ronda loca del azar, esos hombres lo supeditan todo a la absolutísima certeza de que, tarde o temprano, han de tropezar sus dedos con alguno de los tantos caudales soterrados.

¿Qué motivos tienen ellos para entregar el destino de sus vidas al sugestivo pensamiento de un hallazgo que ha de volverles poderosos como el escéptico personaje de Alejandro Dumas? ¿Por qué existen en el Paraguay hombres que dejaron deslizar toda su vida inclinados sobre los sondeadores, cuyas barrenas trituraron siempre en vano la arena fácil o la piedra resistente? ¿Hombres que envejecieron torturados por una idea acaso más magnífica que absurda?

En los difíciles días en que las aspiraciones de este

(Continúa en la pág. 51)

(1) Hermana mía.
(2) Caña alcohólica llamada "Lágrima de pájaro".
(3) Linda.

(1) Almas.
(2) Tesoro enterrado.
(3) Viejo semibrujo que vive en la selva y del cual se cuentan numerosas leyendas.

(1) Mate de bombilla.



¿Perjudica el bataclán al teatro dramático?

Por

C. A. LOPEZ BLOMBERG



O caeríamos en la ingenuidad de formular una pregunta semejante si no hubiéramos oído varias veces afirmar categórica, rotundamente, que de la aguda crisis mundial del teatro llamado "serio" es culpable el éxito inmenso y sostenido del bataclán.

Ante todo, una aclaración: Hemos calificado de "ingenua" la pregunta del epígrafe, y se nos ocurre que es necesario explicar y justificar el calificativo. A nuestro juicio, el bataclán, por razones simplísimas, elementales, no puede perjudicar a un género enteramente distinto.

A los que sostienen que la revista es la culpable de la indiferencia del público por la comedia y el drama, les parecería, tal vez, un poco ilógico afirmar que la ópera, opereta y el cine sufren también por la competencia de las pantorrillas más o menos bien formadas de las bailarinas. Artes por completo distintas y con abundantísimos recursos propios que las caracterizan y definen apliamente, no pueden molestarse.

El público que sólo se interesa por la comedia, permanecerá en absoluto indiferente al buen éxito o fracaso de la revista o la ópera; y si no concurre a los teatros que le ofrecen el género de su predilección, ello deberá atribuirse a insuficiencia del espectáculo, a cualquier causa, en fin, menos a una competencia imposible y absurda.

A pesar de que entre nosotros la temporada del año anterior fué excepcionalmente mala, la del presente llegó para demostrarnos que podía haberlas aún peores. Las compañías de Angelina Pagano, Camila Quiroga y Roberto Casaux, que iniciaron sus campañas con éxitos estimables, generadores de las mejores y justificadas esperanzas de una reacción, tuvieron luego que luchar, apenas retirada del cartel la primera obra, con una indiferencia invencible del público. La renovación constante de títulos y firmas en las carteleras sólo servía para revelar un afán constante de interesar, y al mismo tiempo para demostración palmaria de que ello no se conseguía.

"Lassalle", "La emigrada" y "Trifón y Sisebuta" alcanzaron un número discreto de representaciones consecutivas. Especialmente la obra de José León Pagano y la farsa de Enrique García Velloso produjeron buenas entradas. Pero, substituída la primera por una bella comedia de Roberto J. Payró — merecedora en verdad de la mejor acogida — empezó a marcarse la decadencia de una temporada que ya no pudo reaccionar.

Determinados los hechos, la inquisición de las causas resulta tarea harto compleja en un momento en que el caos domina en todos los órdenes de la vida, y en que apenas alcanzan a discernirse vagas posibilidades.

No incurramos tampoco en el error de suponer que los motivos de la crisis de nuestro teatro dramático son los mismos que en Europa desesperan a autores e intérpretes. Allá existe verdaderamente "un teatro", con tradición secular y nombres inmortales. Se respeta al autor que ha consagrado su reponsabilidad con la demostración evidente de su cultura e inteligencia, y el comentario de sus obras no pasa por el tamiz de las empresas de gastos, primero, ni depende de las relaciones de éstas con las empresas periodísticas después. No hemos alcanzado todavía el grado de adelanto necesario para comprender y admitir el concepto de la responsabilidad individual, y que por desgracia es así lo demuestra el hecho de que los méritos de un escritor o autor teatral se juzgan, no por el valor intrínseco de su producción, sino por la consideración que merecen el periódico en que escribe o el teatro en que estrena.



Allá, el talento, genio o lo que sea se ha independizado de la presión de ciertos intereses que entre nosotros tienen particularísima importancia.

Parecerá que todo esto no tiene relación con el tema insinuado en el epígrafe. Sin embargo, tratándose de demostrar que no es la competencia del bataclán, sino la decadencia, y casi diríamos "desorganización" del teatro dramático, la causante de su propia crisis, todos los detalles tienen importancia, no siendo el de la forma en que entre nosotros se encara y ejerce la crítica el menos apreciable.

Hace años aludíamos al criterio particularísimo que se pone en práctica al organizarse compañías y elegirse el repertorio. Hoy, salvo las mismas y escasas excepciones de entonces, estamos frente a idéntico problema. En resumen: que descartada la competencia del bataclán como posible causante de la bancarrota del teatro dramático, quedarían en calidad de principales responsables, entre otras muchísimas de menor cuantía, las siguientes causas:

Elencos pobrísimos;

elección caprichosa, efectuada por personas sin autoridad, del repertorio, y

crítica ahogada por intereses de índole comercial.

Debe tenerse presente también que los gustos han evolucionado, y que las exigencias del público actual difieren bastante de las que tenía el de ayer. No queremos decir — ¡qué esperanza! — que el mentado público haya progresado, sobreponiéndose a la calidad de teatro que se le ofrece, pero sí que exige otras cosas. La forma desordenada en que se lee, la profunda transformación de las costumbres y el concepto indefinible de la moral surgido de todo eso, han hecho de la masa anónima algo que sobre todas sus tendencias destaca, neta e inconfundible, una: el sensualismo. Ésta es la que ha hecho creer en la culpabilidad de bataclán. No. No todos los sensualistas integrantes del público lo son "plásticos". Los hay "analíticos", y éstos son los que han hecho triunfar al teatro "realista". A éstos procura satisfacer Crommelynck escribiendo "Le cocu magnifique", obra maestra del análisis sensualista, pero profundamente desagradable, inmensamente amarga.

Aquí no ha surgido todavía el Crommelynck reclamado. Autores que advirtieron las novísimas necesidades del público, se excedieron, cayendo en la pornografía, es decir: haciendo que la comedia fuera directamente en busca del bataclán, a provocarlo, a competir con él. ¿Les faltó vuelo? No nos atreveríamos a afirmarlo, pero enunciamos, simplemente, el hecho.

Lo indudable es que necesitamos siempre el ejemplo del viejo mundo. La creación de ese alucinado extraordinario llamado Bruno es prueba evidente de un afán constante de renovación que se efectúa con firmeza y genio. Bruno es la encarnación modernísima del hipersensible en un medio eminentemente sensual. Una encarnación realizada con enorme talento, y cuyo fondo de inexpresable amargura no puede escapar al observador.

Y bien: mientras en la vieja Europa se rejuvenecen, aquí nos envejecemos. Aquí se es mojigato o pornográfico, sin transiciones; y la crítica, fuera del momento en la mayoría de los casos, nos habla siempre de Sarcey — ¡la "técnica", la famosa "técnica!...," — y por poco no recurre a Boileau para imponernos la teoría del buen gusto.

Ante tamañas fallas de conjunto, démosle al bataclán el lugar que le corresponde. No lo ofendamos considerándolo competidor del teatro dramático. ¿Que pensará Gloria Guzmán al contemplar en el espejo sus divinas formas, recordando que existe quien a ellas culpa del fracaso de su talento? No queremos imaginarlo. Pero estamos seguros de que a la inmensa mayoría de sus admiradores no les interesan un comino las divagaciones magníficas de Bruno.





Soneto

Por FERNANDEZ MORENO

A una mujer que le fué presentada
y a la que no vió mas

En el tumulto blando de Florida
una tarde me fuiste presentada,
tarde primaveral, pero menguada,
porque te di al instante por perdida.

¿En qué barrio, mujer, mueves tu vida?
¿Por qué balcón ves la ciudad dorada?
¿Qué altar te suele ver arrodillada?
¿Por qué jardín paseas distraída?

Harto estoy de buscarte entre la gente,
de mirar automóviles y coches,
de ir a teatros, cines y conciertos...

Mirad lo que he logrado hasta el presente:
nublar mis días y encender mis noches,
los pies cansados y los ojos muertos.


Augusto Goethe

El hijo de Goethe


La curiosa personalidad de Augusto Gœthe, hijo del famoso escritor europeo, ha sido recientemente sacada a luz por varios eruditos alemanes.

Una importante obra le ha consagrado Wilhelm Bode, el hombre que mejor conoce, en la hora actual, al célebre Weimar de la gran época.

Era Augusto hijo de la florista Cristina Vulpius, de quien se enamoró Gœthe en 1788, durante un paseo por el parque de Weimar.

Convertida luego en criada y amiga del poeta, con gran escándalo de la corte y de la burguesía, en la pequeña capital, demostró gran afecto por su amigo y por el hijo de ambos.

Pero la educación no pudo afinar el espíritu rústico de esa naturaleza. No alcanzó jamás a comprender los deberes que se impuso al aceptar el amor de Gœthe. Dada a los placeres y diversiones, se abandonaba a ellos con entusiasmo. Particularmente era apasionada por el baile, y a él se consagró sin interrupción hasta edad bien madura.

"El ser primitivo", como le gustaba nombrarse en sus cartas, donde la ortografía y la sintaxis sufrían las mayores afrentas, rodeábase de un círculo de mujeres de su clase, de estudiantes, militares y cómicos.

En este medio, donde la reserva era desconocida virtud, Augusto Gœthe pasó gran parte de su juventud. Es indudable que allí contrajo su fatal inclinación a los excesos en la comida y en la bebida, predisposición acentuada por la herencia materna.

Y no solamente en los años adolescentes el pernicioso ejemplo de Cristina Vulpius ejerció sobre el joven pésima influencia.

Augusto inspiraba, desde el primer momento, una inquietante simpatía.

Madame Stein, que no pudo substraerse a su encanto y concedió viva amistad al hijo del gran hombre, descubría sobre el rostro del niño el trágico sello de dos orígenes tan diferentes que se oponían con violencia.

Por decirlo así, parecía resumir aires de gran salón y tufos de cocina.

El joven agradaba por sus maneras afables, la vivacidad de su espíritu y su carácter expansivo.

Aunque realista en el fondo, escribía en los instantes de ocio poemas sentimentales no desprovistos de mérito para ser comparados con muchos otros.

Holtein pretende que Augusto ocultaba su afición a la poesía por temor de parecer ridículo al lado de su padre: "Prefiero que me llamen imbécil a oír decir: "Quiere ser Gœthe, hijo." Si tal suposición fuera cierta, vendría a demostrar que Augusto poseía excelente sentido común.

A veintidós años el joven ingresó en la administración, y no tardó en obtener su nombramiento de "consejero". Pero la vida regular que impone el peso de una obligación cotidiana le molestaba. Prefería ayudar al padre en sus funciones de director del teatro de Weimar, o dirigir la palabra en público por él, pues Gœthe manifestábase, con el andar del tiempo, cada vez más enemigo de los actos oficiales.

Así fué cómo Augusto, en nombre de su padre, recibió el cráneo de Schiller cuando se remitió a la biblioteca ducal. El sagrado depósito le fué entregado por manos de un hijo del poeta.

Más tarde tomó la defensa de los intereses paternales, amenazados por el editor Cotta al iniciarse la publicación de la edición segunda de los obras de Gœthe.

Los importantes acontecimientos de 1813 sorprendieron a Augusto muy vacilante. Acaso sufría, como su padre, la profunda influencia del prestigio napoleónico. "Podéis sacudir vuestras cadenas — dijo el autor de Fausto, — pero no llegaréis a romperlas."

Cuando la ola patriótica invadió toda Alemania y no era posible abstenerse, Augusto se enroló.

No ignoraba el duque la inquietud que tal decisión produjo en Gœthe.

De cinco hijos habidos con Cristina Vulpius, solamente Augusto le quedaba. Por eso apresuróse a tranquilizarlo con estas palabras: "Mi hijo guardará al vuestro a su lado si acepta quedarse aquí."

Augusto aceptó sin discutir; pero esta actitud le granjeó luego una serie de disgustos y de humillaciones.

En 1817, al año siguiente de morir Cristina Vulpius, Augusto Gœthe casó con Otilia de Pognish, heredera de una familia noble pero arruinada.

Otilia fué para la vejez de su suegro lo que no supo ser Cristina ni aun después de convertirse en esposa legítima del genio, es decir, el ama de casa que exigían las relaciones aristocráticas del inmortal poeta.

Pero esta mujer romántica, perdida siempre en ensueños de quimera, no era la esposa requerida por Augusto. Necesitaba éste una voluntad impulsora que le obligara a dominar la suya.

Un rápido desacuerdo les separó, sin que entre ellos constituyera ningún lazo de unión el nacimiento de dos hijitos, Walter y Wolfrand.

Su constante anhelo fué vivir lejos uno de otro.

No faltan historiadores, entre los cuales está Wilkwski, que atribuyan el doloroso fracaso de la vida de Augusto al ascendiente de su padre, convertido en una suerte de tirano doméstico.

Por el contrario, las investigaciones de Bode prueban que el poeta dejaba a los suyos en la más completa libertad, aunque no fuera por otra causa sino la de obtener en torno suyo la "soledad absoluta" indispensable a su trabajo.

Toda la vida de Cristina Vulpius demuestra hasta el cansancio el respeto que a Gœthe merecía la independencia de sus allegados.

Tan poco temía la autoridad paternal, después de morir la madre, Augusto Gœthe, que en 1823 — con gran razón, por otra parte, — se opuso con violencia casi brutal al matrimonio del septuagenario, sensible siempre a los femeninos encantos, con la joven de diez y nueve años Ulrica de Lezevow.

El secreto del desgraciado sino de Augusto — nos dice Herval — tiene origen en la total ausencia de toda moral interior.


Cristina Vulpius y Augusto

No poseía temple suficiente, el desventurado joven, para imponerse un "imperativo categórico".

Cierta noche fué encontrado ebrio en una calle de Weimar... ¡Era demasiado! Sus relaciones creyeron urgente alejarlo. En la creencia de combatirle el vicio del alcohol, instáronle a emprender un viaje por Italia. Dejando a la esposa junto a su padre, Augusto Gœthe partió para Milán el 22 de abril de 1822.

Con su acompañante Eckermann fué en aquella ciudad recibido por Manzoni, a quien Gœthe había dirigido una tarjeta de presentación, conservada hoy en los archivos de Weimar. Decía así: "Que el hijo de Gœthe y su acompañante el doctor Eckermann sean bienvenidos a presencia de Manzoni, a quien llevan mil cordiales saludos." Esta entrevista se efectuó el 16 de mayo.

Visitó sucesivamente Augusto: Brescia, Verona, Padua y Venecia. Enviaba regularmente al poeta las hojas de su "carnet" de viaje y escribía a su esposa cartas muy cariñosas.

Pasó a Génova. Desgraciadamente su inclinación a la bebida no disminuyó.

A consecuencia de una escena de ebriedad, Eckermann lo abandonó para regresar a Alemania.

Solo en adelante, Augusto prosiguió su camino.

Permaneció algún tiempo en Florencia y luego en Nápoles, donde llevó una divertida existencia.

Hallábase en Pompeya cuando, en su presencia, exhumaron una casa, a la cual llamaron "casa de Gœthe".

Se le veía en todas partes entregado al canto y al baile, como poseído por febril demencia.

Por momentos, sin embargo, mostrábase hondamente apenado. Al hablar de su posible muerte en Italia, decía: "Nadie me echará de menos, y, no obstante mi loca vida, poseo un corazón más serio de lo que aparenta."

Tiempo atrás había confesado a Holtein: "Nadie me conoce. Se me cree un aturdido superficial y sin seso; pero hay en mí un gran fondo. Si arrojáis una piedra en él, tardaréis mucho tiempo antes de oírla llegar."

Augusto respondió a un amigo que le decía "adiós", la última noche de su estada en Nápoles: "Sí; adiós hasta Roma o hasta allá arriba."

Al llegar a la capital de Italia tuvo por guía — coincidencia curiosa — a Augusto Kestner.

Kestner, cuya madre no era otra sino aquella Lotte Buff que "Werther" inmortalizó, hízole conocer a todos los artistas alemanes refugiados en Roma, especialmente al célebre escultor Thorwaldsen.

Organizóse en honor de Augusto, el 24 de octubre, una fiesta germánica en la hostería de "Chiavica".

La alegría fué desbordante y las libaciones copiosas.

Al día siguiente, el hijo de Gœthe se sintió enfermo. Conducido a su aposento, hubo de guardar cama, custodiado por los jóvenes pintores Meyer y Preller.

Repentinamente, dominado por un acceso furioso, saltó de la cama y se precipitó al cuello de uno de sus enfermeros.

Con gran trabajo se consiguió volverlo al lecho. Mientras arreglaban su cabeza sobre las almohadas, los ojos del enfermo se cerraron, y se escapó de sus labios un suspiro prolongado: estaba muerto.

La autopsia comprobó un volumen anormal del hígado.

Augusto Gœthe fué enterrado en el cementerio protestante, al pie de la Pirámide Cestia, la misma en que su padre deseó hallar una tumba, en pasados tiempos.

Gœthe conoció la fatal noticia el 10 de noviembre, y se mostró desesperado. Con los ojos llenos de lágrimas, gritó: "Non ignoravi me mortalem genuisse." Luego, advirtiendo que Otilia entraba en el salón, le dirigió, con ternura, estas palabras: "Augusto no volverá nunca. Debemos unirnos más todavía uno a otro."

Justo es observar que Otilia comprendió sus grandes responsabilidades para el futuro. Adela Schopenhauer se las había recordado en estos términos:

"Toda Alemania mira en ti a la guardiana de un tesoro común a la nación.

"Cualquiera sea la debilidad que en tu vida haya señalado el mundo, ha llegado el momento de las grandes rehabilitaciones.

"Tu deber es embellecer los últimos días del padre de tu marido."

Así lo hizo. Hasta la muerte del poeta, ocurrida en 1832, supo rodearle de las más delicadas atenciones y le prestó sus mejores cuidados.

Los dos hijos de Augusto: Walter y Wolfrand, llevaron vida apacible y obscura.

Solteros ambos, envejecieron celosamente sobre los papeles del abuelo, confiados a su protección.

Con ellos desapareció la descendencia del poeta.

Europa en Buenos Aires

Por

GUILLERMO PEREYRA DENIS



Si un hombre cuerdo llegara en aeroplano de la Luna y aterrizara en Buenos Aires, creería, seguramente, hallarse otra vez en la Luna. La diversidad de idiomas que se hablan en Buenos Aires no sería su primera sorpresa. En muchos países hay ciudades tan babélicas como la nuestra. Pero, lo original es el acomodo que cada colectividad se conquista entre nosotros, instalándose en barrios que inmediatamente adquieren la fisonomía física y moral de sus pobladores.

Un breve paseo por la ciudad explicará ese injerto de ciudades y pueblos de Europa en plena ciudad argentina. En ninguna parte, como entre nosotros, la cultura nacional permite cumplir los mandamientos del amor al prójimo. "Dejar vivir a los demás" es la mejor interpretación que pueda darse al:

—*Amaos los unos a los otros.*

La ciudad de Petrogrado o la ciudad de Moscú, con sus características populares, puede encontrarse en el barrio comprendido por las calles Corrientes hasta Tucumán, desde Río Bamba hasta Pasteur:

Rusia en Buenos Aires

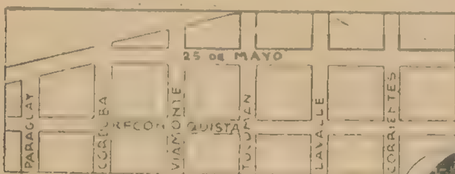
En este barrio no son únicamente las costumbres rusas las que imperan. Hasta en la naturaleza de las pequeñas casas de comercio ruso y en la distribución de las mercaderías en los escaparates, se experimenta la impresión de hallarse en los barrios bajos de Moscú o de Odessa. De noche, las aceras se llenan, como en Rusia, de hombres, mujeres y niños, que discuten a gritos y, más que a gritos, a furibundos manotones, como si las palabras moscovitas no tuvieran ruido suficiente para convencer al contrincante.

Los alimentos y las bebidas son las mismas de Rusia. Las sopas de ajo y el ajo restregado en el pan, como manteca, así como el te en samovar, y las copitas de "vodka", son cosas tan corrientes en los hogares y tabernas del barrio antedicho, que la calle Junín, desde Tucumán hasta Corrientes, huele a Moscú. Y huele de un modo tan típico, que en esa atmósfera de ajo, te y vodka la nostalgia de la tierra lejana llena de lágrimas las barbas hirsutas de los viejos mujiques que sueñan sentados en el umbral roñoso de las puertas de calle.

Pero si el *Barrio ruso de Junín y Corrientes* nos presenta el aspecto de los hogares humildes de Moscovia, existe otro barrio en Buenos Aires, que presenta las características de Constantinopla. Es el *Barrio de los turcos*, ubicado a lo largo de las calles 25 de Mayo y Reconquista, desde Corrientes hasta Paraguay.

Si bien allí se confunden los turcos de Constantinopla, con los asiáticos de Scutari y los sirios del Líbano, el barrio reúne a todos sus habitantes en la denominación genérica de "turcos". Turcos, en realidad, son sus hábitos familiares. Turca la manera de hablar, y turca su paciencia, capaz de acumular millones ganando medio centavo en cada diez mil pesos de venta...

He aquí la zona que abarca la Constantinopla de Buenos Aires:

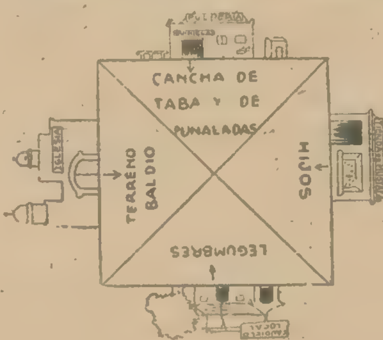


Turquía en Buenos Aires

El comercio del barrio de los turcos no se reduce, como el de los rusos, a almacenes, tiendas, mueblerías y despachos de bebidas. Además de estos negocios con productos propios de Turquía, el ramo de *mercería al por mayor* parece ser el fuerte de esta Constantinopla. Es interesante la evolución del turco en la Argentina. Comenzó como "mercachifle", recorriendo los pueblos del interior, a pie, llevando sobre sus pobres espaldas de hierro montañas de camisetas, pantalones, medias, corbatas, pañuelos, camisas, carreteles, agujas, horquillas, peines y peinetas. El "pobre turco" era la víctima de todos los bandidos del campo, que, a menudo, no conformes con robarle el dinero y las pilchas, lo acribillaban a tajos o a tiros... Sin embargo, los turcos mercachifles desafiaban el peligro, andando veinte leguas para vender un peine. Pedían por el peine cinco pesos, y, rebajando, rebajando, lo liquidaban en cuarenta centavos.

Poco a poco, el mercachifle comprendió — como los fenicios — que la invención de la rueda valía tanto como la brújula, el papel y la imprenta. De un salto, el turco trashumante se sentó en el "sulky", y siguió siendo mercachifle con ruedas... El negocio prosperaba. Pero las casas mayoristas, valiéndose de la inocencia de los mercachifles, y, sobre todo, de la paciencia con que se resignaban a trabajar demasiado para ganar muy poco, explotaban, sin misericordia, al pobre Mustafá de los pies como bofes; el mismo turco que provocaba burlas en el haragán Martín Fierro.

Entonces surgieron los turcos capitalistas que instalaron al fondo de la calle Reconquista esos depósitos de mercaderías vendidas honestamente a los connacionales. Y al tiempo que los "registros al por mayor" prosperaban, prosperaron también los mercachifles, que suprimieron el sulky, o, mejor dicho, le quitaron las ruedas y lo transformaron en *tiendita*. Así, hoy, muchos pueblos del interior están constituídos por una sola manzana de terreno, facilísimo de dividir geométricamente en esta forma:



En torno de estos cuatro elementos etnográficos: *el caudillo, el pulpero* y *el turco*, se va desarrollando el progreso argentino.

Tenemos también en Buenos Aires una extensión ocupada por la ciudad de Génova. Nos referimos a la célebre Boca del Riachuelo, donde los ravioles, el fainá, los tallarines, el vino barbera y la grappa dan a la atmósfera un típico aire genovés, como si no fuera suficiente para reconocer a un genovés el rico dialecto de Sampierdarena que se oye en todas partes.

Génova en Buenos Aires

En los detalles más insignificantes de la Boca se observa el orgullo con que los genoveses mantienen sus costumbres. Las "trattorias", las canchas de bochas, el "lotto" (o quiniela) y los demás negocios, nos transportan a Génova. Todo parece afirmar el lema genovés: *Nosotros los genoveses somos así...*

Hubo cierta vez un buen hombre, austriaco, que instaló en plena Boca del Riachuelo un "restaurant". Lo instaló frente a una "trattoria" genovesa.

El austriaco puso en el frente de su establecimiento un orgulloso y enorme letrero que decía:

> *Restaurant de Viena, Buda-Pest, Presburgo, Kecskemet, Pecs, Graz, Miskolcy Szegedin y Stuhlweissenburg.*

El propietario de la "trattoria" de enfrente — nativo de Génova — se molestó con aquel inocente cartel que suponía una ofensa a su pobre "trattoria" sin nombre. El italiano mandó hacer, también, un cartel, que puso sobre su negocio. El cartel decía:

> *Trattoria de Génova... e basta!*

La Gran Bretaña tiene también su representación en Buenos Aires, con sus casas jardines a orillas del Támesis. El barrio de Belgrano es un hermano de las islas Malvinas. Muchas de sus calles arboladas recuerdan los alrededores de Londres. Y a falta de un Támesis, no faltan las aguas de arroyos como el Maldonado o de las inundaciones del Bajo Belgrano.



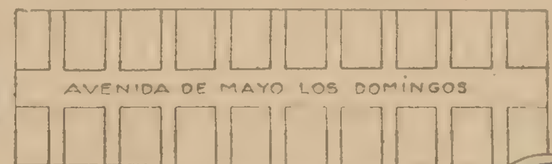
La Gran Bretaña en Buenos Aires

París no podía faltar en Buenos Aires. Sólo que nos hemos apropiado lo peor de París: Montmartre con sus trasnochadores y su cocaína.



París en Buenos Aires

Tampoco Madrid, con su Puerta del Sol, sus discutidores, sus cómicos, sus políticos y sus toreros disfrazados de horteras, no podía faltar dentro del perímetro bonaerense.



Madrid en Buenos Aires

Dentro de los límites que hemos señalado para el "barrio de los turcos" debe ubicarse Berlín y Munich en el siguiente radio:





Berlín en Buenos Aires

El perfume de la cerveza y de los guisos de lechón auténtico nos remontan con la imaginación a esas dos grandes ciudades alemanas.

Holanda, Suecia, Polonia, Suiza y demás países europeos tienen también su ubicación entre nosotros.

Esto prueba lo que algunos no creen: que Buenos Aires es la ciudad más inteligente y menos patriotera de la tierra...

El baile de los dos viejos

Por CHARLES FOLEY — Ilustración de Díaz



"Siento decíroslo, queridos papás, pero no entendéis nada..."

OS aseguro, papá y mamá, que tenéis que dar un baile. Vuestra grande y hermosa habitación del piso primero, con sus diez balcones a la avenida, parece dispuesta a propósito para una fiesta soberbia. Se hablará de ella en los periódicos de la buena sociedad, vuestros invitados os recibirán después en sus casas, y de este modo os encontraréis lanzados de pronto en el gran mundo.

Sentados en el borde de sus sillones de seda, nuevos y flamantes, y con los pies colgando, como si no se atrevieran a ponerlos en la blanda felpa de las alfombras todavía vírgenes de pisadas, el buen anciano señor Peroux y la no menos buena y voluminosa viejecita señora de Peroux escuchaban a la elegante joven con todo el respeto que unos padres sin gran educación deben a una hija única, educada en el colegio más caro y aristocrático de París. Pero en cuanto la joven acabó de hablar, los viejos se miraron como asustados.

— Precisamente, hija mía — se atrevió a decir el viejo, con voz temblona y vacilante, aunque le animasen los movimientos de aprobación de su mujer, — precisamente lo que nosotros no queremos es "lanzarnos al gran mundo", ni al mediano, ni siquiera al pequeño. No tenemos ganas de pertenecer a ningún mundo. Te repito una vez más, puesto que pareces olvidarlo, que nuestro origen es humilde. Yo he sido mayordomo y tu madre cocinera. En diez años, y a fuerza de economía, pudimos comprar cinco obligaciones de la Villa de París, y una de ellas nos valió el gran premio de amortización de quinientos mil francos. Como nos gustaba nuestro oficio, aunque esto te parezca raro, y nos encontrábamos aun demasiado jóvenes y activos para vivir de nuestra renta, pusimos un hotel en Niza. Observamos allí mucho orden y mucha exactitud, y conociendo, como conocíamos, todo lo que se refiere a la limpieza, a la buena instalación y a la cocina, nuestra casa fué mejor y menos costosa que las otras. Los clientes afluyeron, y después de veinte años de éxito, un poco cansados ya, pero contentos, vendimos nuestro hotel en diez veces más de lo que nos había costado, y nos volvimos a París muy ricos, millonarios, pero no por eso orgullosos. Como no tenemos instrucción, no somos vanidosos, y nos damos cuenta de que si hemos trabajado un poco más que muchas personas, también hemos tenido mucha más suerte. No estamos, pues, en el mismo caso que tú. Has sido educada en un medio muy diferente, con otros prejuicios y otras ideas. Gracias a tu buen dote, has podido casarte a tu gusto, hacer la vida lujosa que te conviene y atraerte las amistades que te agradan. Es perfectamente comprensible que tengas costumbres, gustos y caprichos que nosotros no sospechamos siquiera. Pero, así como admitimos que vivas a tu modo, lo menos que podemos pedirte es que nos dejes ir viviendo al nuestro.

La joven, impaciente, abría ya la boca para responder con viveza; pero la viejecita, envalentonada por la facundia y por la clara franqueza de su marido, hizo seña de que también ella quería hablar, y en tono de velado reproche dijo:

— Ya en lugar de dejarnos comprar un chalecito apacible y retirado, cerca de Auteuil o de Passy, nos has hecho alquilar un piso lujoso en plenos Campos Elíseos, que no nos conviene ni poco ni mucho. Instalados de este modo, necesitamos siete u ocho criados, y si ese gasto no excede de nuestra renta, la vigilancia, al menos, es superior a mis fuerzas. No nos hemos retirado de la vida activa para tener todos sus cuidados sin ningún beneficio. Convéncete bien de una vez para siempre de que somos viejos y no necesitamos ya más que descanso.

Tan molestada por las razones de su madre como por el discurso de su padre, y después de haberlos escuchado con el mismo imperceptible encogimiento de hombros, la joven se puso a abogar por su causa con el imperturbable aplomo y la desconcertante volubilidad que eran el sello distintivo de todas las alumnas de su colegio.

— Siento decíroslo, queridos papás, pero no entendéis nada, absolutamente nada, de la vida parisiense. Si os abandonase a vosotros mismos, antes de tres meses os habríais muerto de aburrimiento. Yo sé mejor que vosotros lo que os conviene. En primer lugar, el deber de los ricos es gastar su dinero sin contar. No hay mejor medio de combatir la anarquía. ¡Se trata, pues, de una cuestión social! Además, a vuestra edad se tiene gran propensión a una pereza peligrosa, se sale cada vez menos, se aísla uno, se mece en sus recuerdos al lado del fuego y se adormecen el alma y el cuerpo, lo que es malísimo, moral y físicamente. Para reaccionarse no hay más que un medio: la distracción. ¡Se trata, pues, también de una cuestión de salud! En fin, todos mis amigos, que saben que estáis instalados en París, encontrarían extraordinario, mezquino y hasta incomprensible que no dierais una fiesta para festejar vuestra instalación. Se creería que os daba vergüenza dejaros ver. ¡Ya veis que se trata, sobre todo, de una cuestión de conveniencias! He aquí por qué, mis queridos papás, vais a dar un gran baile, seguido de una cena, precisamente "del sábado en ocho días"...

Los dos viejos se estremecieron, y ante un peligro tan próximo, Peroux tuvo todavía valor para decir esta frase, como si fuera su último cartucho:

— Si tienes tanta gana de dar un baile, dalo en tu casa.

— En casa es imposible, y yo no tengo tres salones seguidos ni un personal de criados bastante numeroso. Además, hemos gastado enormemente este invierno, y nuestro presupuesto no nos permite ese aumento de gasto. Siento infinito contrariaros, pero es tarde para retroceder, pues he enviado ya más de trescientas invitaciones a las personas con quienes estamos obligados.

— ¡Trescientas invitaciones!... ¡Qué horror! — gimió el viejo, perdiendo toda fuerza de resistencia.

— ¡Misericordia!... — dijo la anciana como un eco de desolación. — ¡Qué trabajito!

— Nada de eso — respondió la joven con sonrisa un poco burlona. — No tendréis ni la más pequeña molestia. Me he entendido con Potel para el ambigú y la cena, y él me enviará sus criados, sus cocineros y marmitones. He pasado por casa de Bellon, y él decorará la casa. Y mi florista, que tiene ya mis órdenes, hará lo demás. Yo vendré temprano para recibir a los primeros invitados. Me encargo de todo, y vosotros no tenéis que ocuparos de nada absolutamente... más que de pagar.

Y prudentemente, sin esperar nuevas objeciones, la joven se levantó y se despidió de sus padres. Pero tuvo que bajarse mucho para dar un beso a los dos viejecitos, pues ambos tenían la cabeza inclinada, en actitud de abatimiento y de consternación.

II

EL día de su baile ("su" baile, ¡qué ironía!), los esposos Peroux no sabían dónde meterse, y estaban como perdidos en su casa. Los dos iban y venían como almas en pena, tropezando con uno, recibiendo un empujón de otro, sentándose aquí y allá en un cajón o en un rollo de alfombra, vagando de pieza en pieza con el aspecto asombrado e infeliz de dos pájaros a quienes se han quitado todas las cañas de la jaula.

Por la mañana temprano habían llegado los tapiceros y habían dejado vacía toda la casa, el billar, la sala de fumar, y amontonado cuanto en ella había en las alcobas. Después se habían puesto a cubrir las paredes de unos tapices rojos, de un rojo subido, y estaban clavando enormes clavos en las molduras doradas con ensordecedores martillazos. Unos mayordomos desconocidos se habían apoderado de los aparadores del comedor y de los armarios y manejaban a su antojo la plata, las porcelanas y los cristales. La cocina estaba llena de marmitones desvergonzados, que pululaban en un aquelarre de vajilla, de cacerolas y de botellas. Los electricistas plantaban por todas partes sus pesadas escaleras y multiplicaban los alambres, mientras que por todas las puertas, abiertas de par en par a las corrientes de aire, entraban los jardineros con sus zuecos llenos de barro y de estiércol, desempajaban grandes plantas, colocaban en tiestos multitud de flores, y lo rociaban todo, follajes suelos y tapices con el fino chaparrón de sus regaderas.

Los viejos habían querido al principio sublevarse e impedir el trastorno y el saqueo de su casa, tomada por asalto. Pero sus criados, creyéndose inútiles ante tantos reemplazantes, habían pedido y obtenido permiso para salir aquel día. Solos, pues, ante aquella horda de intrusos, los buenos viejos trataron en vano de gruñir, de jurar y de echárselas de amos; al verlos tan bonachones y sencillotes, nadie quiso creer que fueran los verdaderos dueños de la casa. Las órdenes de su hija, por otra parte, eran terminantes. La invasión continuó, y rechazados de umbral en umbral, maltratados y empujados, los viejos no resistieron más y se dejaron despojar con la inercia de la impotencia.

Sólo al llegar la noche toda aquella gente desapareció y cesó el ruido como por encanto. Las puertas se cerraron, y por toda la casa, bañada por una luz de oro, se repartió una tibieza de estufa, en la que vagaban fragancias de lilas, de rosas y de violetas. Los buenos ancianos se paseaban deslumbrados en medio de todo aquello con el aturdimiento del pastor cándido y de la ingenua pavera que en todas las comedias de magia son trasladados por los buenos genios a un palacio de apoteosis, en premio de servicios ignorados. Los dos lo admiraban todo tímidamente, no se atrevían a tocar nada y hasta respiraban poquito a poco, pensando que acaso vendrían a pedirles que restituyesen la parte que habían consumido de un aire tan precioso, tan raro y perfumado tan deliciosamente.

— Todo esto es demasiado hermoso y me intimida — murmuraba la pobre vieja, ya pálida y temblona. — ¡Qué vieja, qué amarilla y qué fea voy a parecerles en el brillo de estos tapices, de estas flores y de estas luces!

— ¡Bah! Tú estás bien conservada — suspiró Peroux. — Y harás todavía tu poco de efecto... ¡Yo sí que voy a estar torpe y ridículo!

— Si me crees tranquila, te engañas de medio a medio. Las amigas de nuestra hija, todas ellas del gran mundo, me van a quitar el pellejo. ¡Se me pone carne de gallina al pensarlo!

— Y los amigos de nuestro yerno, unos señores elegantes, desdeñosos y hartos de todo, me van a echar unas miradas que me dan escalofríos...

— No acabo de decidirme a ir a vestirme y lo estoy retrasando todo lo que puedo. ¡Si vieras el traje que Elena ha encargado para mí, sin permitirme hacer la menor observación a la modista. Es verde claro. ¡Figúrate a tu pobre vieja vestida de verde claro!... Y el cuerpo está tan escotado que me parece que voy al baño... Me van a tomar por una loca. Me enfermo sólo de pensarlo...

— No me hables... ¡Yo tengo un sudor frío! Cuando meto los pies en mis zapatos de charol me parece que les dan tormento. Pero eso no es nada al lado del frac que me ha hecho el sastre de mi yerno. Estoy dentro de él como una castaña en el asador, cuando siente estallar la cáscara. Y luego, tengo tal costumbre, que a falta de servilleta estoy siempre con el pañuelo debajo del brazo. ¡Bonito cuadro voy a hacer!

El sonido de un timbre interrumpió la conversación.

— Oye, mi pobre Esteban, ¿serán ya nuestros invitados? Me tiemblan las piernas y tengo miedo...

— ¡Calla, mi vieja, no me hables de los invitados!

— No estemos aquí... ¿Vamos a escurrirnos?

— Sí, sí, sin tambores ni trompetas.

Pero al dar media vuelta rápidamente para escaparse, tropezaron los dos con un gran lacayote que iba a abrir la puerta. Con medias blancas y librea de paño azul y botones de oro, más hinchado y solemne que un senador, aquel criado, a quien nunca habían visto, les cortó la retirada hacia los cuartos de dormir, y con un tono y un aire de agente de policía ante culpables los apostrofó bruscamente:

— ¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué os escapáis ahora de ese modo? ¿Qué quiere decir esto?

En la turbación y el pánico que les causaba aquel interrogatorio a quemarropa, los viejos se quedaron estupefactos, y sin darles tiempo para tomar aliento, el terrible lacayo los empujó delante de él.

— ¡Pronto, fuera de aquí y a callar la boca! No es este vuestro sitio... ¿Hase visto semejantes atrevidos? Si os vuelvo a encontrar curioseando os hago llevar a la comisaría. ¡Pronto y fuera! ¡A la calle!

Ciego a sus gestos indignados y sordo a sus protestas, el lacayo los empujó a la antecámara.

Una vez allí, la anciana se dirigió a la puerta de la escalera, pero aquel hombre dijo en tono de cínica burla:

— ¡Cómo! ¿Por la escalera de los amos?... ¡No faltaba más! ¿Para quién se ha hecho entonces la de servicio?

Y de otro empujón, el lacayo rechazó a los Peroux hasta las habitaciones de los criados y cerró la puerta. Allí, en medio de otros desconocidos, cocineros y marmitones muy ocupados, fué todavía peor. Estupefactos, sacudidos y maltratados, de empujón en codazo, los viejos pasaron en un abrir y cerrar de ojos del cuarto de los criados a la cocina y de la cocina a la escalera de servicio, en la que se encontraron solos después de un gran portazo.

— ¡Esto sí que es duro — dijo el anciano rabioso. — Ser puesto en la puerta por unos lacayos a quienes uno paga. ¡Es más que duro; es el colmo!

La vieja, una vez pasada la primera emoción de sorpresa, no pudo menos de echarse a reír.

— ¡Oh! Yo no me enfado por esto... ¡Lo encuentro tan gracioso!...

— Esto no puede quedar así. Voy a subir otra vez por la escalera principal.

— Olvidas, Esteban, que la puerta está guardada por el gran lacayón, que no te dejará pasar.

— ¡Bajaré a buscar al conserje; haré venir al comisario de policía, me haré abrir mi casa por la justicia!...

— ¡Qué escándalo! ¡Qué ridícula situación! — dijo la buena anciana sonriendo y encogiéndose ligeramente de hombros. — ¿Quieres que hagamos irrupción en el baile, vestidos de bata y seguidos de la fuerza armada? Sería un acontecimiento que nuestro yerno no nos perdonaría y que haría desmayarse a nuestra hija. Si quieres creerme, no haremos tanto ruido y aprovecharemos callandito, alegre y maliciosamente, la torpeza de ese gran imbécil de lacayo.

Al ver el bueno de Peroux el buen humor descuidado y algo burlón de su mujer, sintió que se disipaba lo más fuerte de su cólera, pero vacilaba todavía.

— ¿No queríamos escondernos? — le dijo su mujer.

— Sí, pero...

— Entonces era difícil, mientras que ahora es facilísimo. Ya veo que todo nos sale a nuestro gusto. Nuestros invitados se divertirán sin nosotros; divirtámonos nosotros sin ellos.

— ¡Cierto!... Es una gran idea — exclamó el viejo, que, no estando acostumbrado a permanecer mucho tiempo encolerizado, iba desarrugando el ceño al oír aquella proposición tentadora. — Ahora sí que vamos a divertirnos. Justamente tengo en el bolsillo la llave del cuartito del piso sexto, donde guardamos los recuerdos y las reliquias de nuestro modesto ajuar de otro tiempo. Ya que nos echan de abajo, refugiémonos arriba, es nuestro único asilo.

— ¡Oh! Sí, eso es, cenaremos en nuestra buhardilla como en los buenos tiempos en que éramos tan pobres, pero tan jóvenes... ¡Va a ser delicioso! Pero..., no tengo ni un céntimo para cenar. ¿Y tú?

— Yo tampoco. Estoy sin la cartera y sin el portamonedas... Sin embargo, espera, espera..., tengo aquí todavía dos monedas de un franco para mis pobres. ¡Dos francos! ¿Eh? ¡Qué suerte!

— Eso nos bastará. Vámonos pronto a comprar nuestra cena.

III

VIVARACHOS, alegres y encantados de la escapatoria, los dos viejecitos bajaron la escalera de servicio, ella con la mantilla echada sobre los ojos y él con el pañuelo en el carrillo como si tuviera dolor de muelas, para que el portero no los conociera al pasar. Y como la gran puerta estaba de par en par, llegaron sin dificultad a la calle.



"— ¡Y pensar que hay quien cree que los ricos pueden comer lo que quieren!..."

— ¿Tienes frío, vieja mía?

— Sí, algo, pero no mucho, así no tendré ganas de entretenerme en el camino. Dame un franco. Tú vas a entrar en el almacén de comestibles y vas a pedir una botella de vino de diez y seis; no de diez y ocho, que es demasiado caro; de diez y seis, ¿entiendes?

— ¿Y si me conoce el vendedor?

— No hay cuidado. Nunca ponemos los pies en su casa. ¿Cómo quieres que se figure que venimos nosotros mismos a buscar nuestras provisiones? Y además, si nos conoce será todavía más gracioso. ¡Date prisa! Mientras, me voy yo a comprar cuarenta céntimos de castañas. Eso hará un franco y veinte céntimos. Lo que sobre, para luz y para fuego, pues no debe de hacer calor allá arriba. Nos encontraremos ahí, en la esquina de la calle.

Diez minutos después los dos viejos acudieron a un tiempo a la cita.

— He comprado dos velas — dijo la mujer de Peroux, y con haber pagado la leña y las castañas, no me queda ni un céntimo. Toma, llévame la leña y las astillas, que es lo más pesado. Tengo los dedos ateridos de frío.

— Yo — dijo el bueno de Peroux, — he comprado cuatro pancitos de cinco céntimos y un limón de diez. Y también estoy sin un céntimo.

— Pues no es esto razonable. Hemos debido guardar algo para lo imprevisto.

Los dos se miraron sonriendo.

— Enteramente como en otro tiempo.

— Enteramente.

El marido y la mujer volvieron juntos a su casa, ayudándose mutuamente a llevar los bultos. Al llegar a ella se detuvieron y levantaron los ojos hacia el primer piso. El fulgor de la luz eléctrica atravesaba las cortinas de tul y se deslizaba a través de las persianas, lo que hacía llegar hasta la acera un reflejo de iluminación.

— ¡Es muy elegante, después de todo! — exclamó el viejo. — ¡Mira, mira!... Hace todavía más efecto fuera que dentro. Lo que es como baile, podemos decir que el nuestro es de primera.

— ¡Eh!... ¡Cuidado! — gritó un cochero, subrayando el aviso con una desvergüenza.

Y rozando con las ruedas a los dos viejecitos, un gran carruaje se detuvo a la puerta del caserón.

— ¿Veis? — dijo la de Peroux, — en ese coche llega una señora vestida de tul rosa. Pero cuidado, apártate... Ahí viene otro coche, y otro detrás, y otro... El agente los hace poner en fila. ¡Ah! Mira ese carruaje con dos señoronas de blanco, y un señor viejo que enseña por entre el gabán de pieles toda una ristra de cruces y condecoraciones.

— Y toda esa gente viene a nuestra casa. ¡Es gracioso!... ¿Y si nos conocen?

—¡Bah! No hay aquí más peligro que en el almacén de comestibles. Para conocernos sería preciso que nos hubieran visto alguna vez.

— Pero, ¿y nuestra hija y nuestro yerno?

— Están arriba, haciendo los honores, y se pasan muy bien sin nosotros. ¿Cómo se van a figurar que tú, con la botella y los leños debajo del brazo, y yo con las velas, las castañas, los panes y el limón en la falda remangada, estamos aquí, en la acera, mirando como unos bobos?

— Y burlándonos de nuestros convidados. ¡Tenemos un tupé!... Es chistoso...

Los coches, entre tanto, iban aumentando y nuevos agentes empezaron a empujar a los curiosos que se agolpaban para ver. Entonces dijo el viejo:

— Dime, Felicidad, ¿quieres que nos subamos ya? Todo este alboroto empieza a aturdirme un poco. Además, con este maldito trastorno de muebles, apenas he comido y voy teniendo hambre.

— Iba a decírtelo. Hace fresco, y además, el piso sexto está muy alto y yo no tengo ya mis piernas de los veinte años.

Se deslizaron a ras de la pared, y así llegaron diestramente a la escalera de servicio sin ser vistos.

Al principio subieron precipitadamente los escalones, no por miedo de encontrar a los criados, que estaban todos en el vestíbulo o en la puerta viendo desfilar los "fraques" y los trajes lujosos, sino porque subía del patio y de la calle un estrépito de bocinas, caballos, y de golpes de portezuelas que los asustaban instintivamente.

En el piso primero se pararon delante de la puerta de su cocina para tomar aliento, y además para prestar oído curiosamente. Se oía el mismo ruido y los mismos choques de cacerolas, de vasos y de vajilla. Después, cuando se abrían las puertas del cuarto de costura, llegaban hasta ellos los rumores de la multitud y voces entrecortadas por la intermitencias de una orquesta.

— ¡Qué estrépito, Felicidad! ¡Y qué apreturas debe de haber ahí dentro!

— No me hables, Esteban, deben de estar apretados como sardinas. ¡Qué calor hará en ese horno!

— Cuando pienso que podría estar ahí, siento escalofríos.

— Y yo mareos, como si fuese embarcada.

Y volviendo a subir la escalera, por miedo de que los atrapasen al paso y los arrojaran vivos en aquella hoguera. Una vez arriba, en el descansillo desierto y silencioso, no se percibía todo aquel ruido más que como un vago rumor de lejana marea.

— Por aquí, mi vieja. Dame una vela y tenme la botella un instante para que yo encienda una cerilla.

Encendida la vela, Peroux sacó la llave del bolsillo, abrió la puerta, y cuando estuvieron dentro, la volvió a cerrar con llave.

Y los dos dieron entonces un gran suspiro de satisfacción, como si acabaran de escapar de un gran peligro.

IV

LA buhardilla, estrecha, limpita y provista de una chimenea, no tenía como otras un tragaluz en el techo, sino una ventanita lateral. Mientras el viejo Peroux colocaba las astillas en los morillos y los leños encima para prenderles fuego, la vieja daba vueltas por el cuarto, y al reconocer su camita de nogal, sus dos sillas de caoba, la butaca de reps verde, el armario aparador y la mesita de tableros colgantes, todo su pobre y querido ajuar de otro tiem-

(Continúa en la pág. 51)


Trayectoria que, según este artículo, recorrería un proyectil en su paso de la Tierra a la Luna

Tierras del cielo

¿Podemos ir a los planetas?

Por A. BERGET

Profesor del Instituto Oceanográfico

De la Tierra a la Luna, conforme a Julio Verne... y de acuerdo con Esnault-Peltérie... ¿No es posible crear un "cohete a reacción" capaz de llevarnos a un viaje astral de ida y vuelta? Cómo la ciencia moderna puede asegurarnos las condiciones físicas, mecánicas y fisiológicas de la gran aventura interplanetaria.




N medio de los grandes descubrimientos y cuestiones que más interesan a nuestro espíritu, este es uno de los más atrayentes porque tiene algo del misterio del más allá.

El hombre se hizo siempre esta pregunta.

Hoy, después de los grandes progresos de la aviación, se presenta con más vivo interés. Los aviadores superan la altura de doce mil metros que hace apenas ciento cincuenta años el hombre ni imaginó siquiera.

¿La atmósfera no es acaso una especie de antecámara del cielo? Y, desde el momento que se puede alcanzar la altura de doce kilómetros, ¿no es posible ir deslizándose por el éter, en el espacio celeste, hasta aterrizar en la Luna o sobre alguno de los planetas, hermanos de la Tierra, que también gravitan alrededor del gran maestro común, el Sol?

La ciencia está bastante adelantada para dar una contestación precisa a esta pregunta.

¡Sí! Es teóricamente posible ir a los planetas, si se cumplen ciertas condiciones y si se realizan ciertos descubrimientos.

Bien entendido, no sería cuestión de globos ni de aviones; unos y otros están hechos sobre la acción suspensora del aire, sea estáticamente en virtud de la ley de Arquímedes, sea dinámicamente en razón de la resistencia del aire sobre las alas de los aeroplanos.

Luego, este aire deja de existir a cien kilómetros bajo el sol; ¿y qué son cien kilómetros, relativamente a las distancias astronómicas?

EL COHETE INTERPLANETARIO

Es necesario, pues, buscar "otra cosa". Julio Verne, con su imaginación prodigiosa puesta al servicio de las matemáticas y estudios cosmológicos, la expuso en su célebre novela "De la Tierra a la Luna".

El ilustre novelista supuso que algunos ingenieros habían hecho el proyecto de enviar a la Luna una bala lanzada por un cañón monstruo, apuntando verticalmente a un lugar del cenit, por el cual debiera pasar la Luna.

Esa bala llevaba tres pasajeros.

El cañón debía ser cargado de una cantidad de explosivo capaz de imprimir a la bala una velocidad inicial de doce mil doscientos ochenta metros por segundo, suficiente para vencer la atracción de la Tierra y alcanzar el punto del espacio donde ésta se contrabalancea con la Luna, y desde ese punto bajar nuevamente a nuestro satélite, donde sería refrenada su caída por la misma bala.

Este proyecto, por original que sea, era irrealizable.

En rigor hubiera podido construirse el cañón y la bala, pero después de llegar a la Luna fallaría en el regreso. ¿Acaso hay allí otro cañón capaz de impulsar a la bala en su viaje de regreso para volver a la Tierra?

Los viajeros, estando en reposo dentro del proyectil, hubieran sentido tan formidablemente el brusco golpe del impulso como si lo hubieran recibido sobre sí mismos.

Estar dentro o fuera de la bala sería la misma cosa.

Pero durante el año 1913 un sabio ingeniero, uno de los grandes "pionners" de la aviación francesa, el genial inventor de la "manche a balai", gracias a la cual, los pilotos del mundo entero conducen hoy día sus aviones: Roberto Esnault-Peltérie, indicó y puso en práctica un método diferente; este método, si bien es teórico, tiene el mérito de sus bases científicas y de llegar a conclusiones realizables.

Consiste en un motor capaz de propulsar un proyectil sin necesidad de un punto de apoyo fijo: el cohete. Este aparato, en efecto, del tipo de un cohete volador de nuestros juegos artificiales no se mueve más que por reacción; es el fenómeno de retroceso de las armas de fuego, y esta reacción, este retroceso empleado como fuerza motriz se ejercerá entonces mejor en el vacío interplanetario que en la resistencia del aire atmosférico.

Es posible la propulsión en el vacío pero para dar en el blanco es necesario inclinar el orificio de escape del gas, a fin de derivarlo hacia la dirección elegida.

Pero, ¿cuáles serán las condiciones de realización material de semejante cohete capaz de alcanzar a cualquier planeta o simplemente a la Luna?

Para apartar indefinidamente un proyectil de la Tierra, necesitamos imprimirle, como hemos dicho, una velocidad de once mil doscientos ochenta metros por segundo; en tales condiciones no sufrirá la atracción de la Tierra.

El trabajo necesario para realizarlo si el proyectil pesara un kilo sería de seis millones trescientos setenta y un mil ciento tres kilogramos, que en virtud de la equivalencia del calor y del trabajo corresponde a poner en juego catorce mil novecientas setenta y seis calorías. Luego, un kilogramo de radio que emanara durante "su vida" entera dos mil novecientos millones de calorías, contendría ciento noventa y cuatro mil veces más energías que la necesaria.

La descomposición de un gramo de este elemento radioactivo alcanzará a enviar al espacio un proyectil de ciento noventa y cuatro kilogramos si lo pudiéramos hacer descomponer a voluntad.

¿Cómo podría, entonces, efectuarse el viaje?

IDA Y VUELTA DEL PROYECTIL

Para salvaguardar las existencias de los viajeros, la velocidad crítica de once mil doscientos ochenta metros no debiera ser realizada sino gradualmente; pues la irradiación de la materia que constituye la propulsión propiamente dicha se detendría, y el proyectil continuaría su curso en virtud de la velocidad adquirida. Al fin, en la zona de atracción propia de la Luna, el proyectil se invertiría y la radiación, funcionando ahora como freno, acortaría la velocidad de modo de permitir a los viajeros posarse suavemente sobre el suelo de nuestro satélite. Aplicando a la partida una fuerza igual a 11|10es de su peso, para el caso que el proyectil llevara dos pasajeros, la distancia crítica estaría ahora a cinco mil setecientos ochenta mil metros del suelo terrestre, y el tiempo necesario para alcanzar este punto sería de veinticuatro minutos nueve segundos. El móvil llegaría a la Luna con una velocidad de tres mil setenta metros por segundo si no pudiera frenar.

El tiempo necesario para la segunda faz del viaje sería de cuarenta y ocho horas y treinta minutos. A los doscientos cincuenta kilómetros del suelo lunar el proyectil se invertiría, y el período del frenaje duraría tres minutos cuarenta y seis segundos.

Todos estos cálculos fueron suministrados por los astrónomos más conocidos.

La duración total del viaje sería luego de cuarenta y ocho horas cincuenta y ocho minutos.

El retorno (cosa esencialísima) se efectuaría en iguales condiciones, y en todo esto el propulsor no funcionaría más que veintiocho minutos.

Si tomamos un vehículo que pese cien kilos, sobre los cuales una carga de trescientos representa la provisión posible de explosivo, la velocidad de explosión del flúido debiera ser de sesenta y cinco mil trescientos metros por segundo, y sacamos por cálculo que un kilo de radio tendrá entonces cinco mil setecientos sesenta más energías que la necesaria. Suponiendo que el móvil se aparta hacia el infinito, si continuamos accionando el motor más allá del punto crítico, de modo que conserve una velocidad de diez kilómetros por segundo, veremos que se necesitan cuarenta y seis días y veinte horas para alcanzar a Venus, y noventa días y quince horas para llegar a Marte.

Pero existen por otra parte condiciones prácticas para un largo viaje y éstas tienen una importancia primordial.

LAS CONDICIONES DEL VIAJE

Examinemos las condiciones fisiológicas: la respiración. Gracias al oxígeno líquido podemos transportar el gas en cantidad suficiente para renovar el aire respirable durante mil horas, y el ácido carbónico sería absorbido por el álcali, soda o potasa.

Veamos la temperatura. El frío del espacio intersideral se conoce como una temperatura de 273° bajo cero: es decir, el cero absoluto. Podemos construir (para evitar el frío) un proyectil de dos paredes entre las cuales existe el vacío, es decir, algo como un termos.

(Continúa en la pág. 24.)



Algo sobre el amor

Por

MARGOT GUEZÚRAGA

Dibujo de Henry Raleigh





EL amor es misterio. Si los enamorados se imaginaran entre sí que ellos son vulgares y hacen tal o cual cosa, el encanto se disiparía como una nubecilla absorbida por el sol.

Hablo del amor romántico de los veinte años. Cierta vez contábame un amigo su primer entusiasmo amoroso y cómo, de la manera más vulgar, vino a morir aquel amor:

—Yo era estudiante del Nacional. Ya por esa época escribía versos. La influencia de Rubén Darío hizo estragos en aquella juventud romántica, que acabó por hacer cursi aquello de "la princesa está triste"... Estaba enamorado de una chica del Normal, a la cual encontraba todos los días a la salida del colegio. Era rubia y pálida como la princesita. La seguía con timidez. Cierta mañana primaveral, llena de sol, me propuse entregarle un soneto que había escrito la víspera. Iba a cruzar la calle en el preciso momento que ella se acercó a la pared y escupió. No sé lo que pasó por mí. Una oleada de calor me subió a la cara. Miré en todas direcciones y vi que nadie había visto. Al otro día pasé sin mirarla.

EL amor es belleza, y si no la encuentra tiene que crearla.

Un hombre que se enamora de una mujer fea suele decir que su amada tiene una belleza oculta que ejerce en él una poderosa influencia, distinta de las demás mujeres. Porque en este caso la belleza es puramente psicológica. Anatole France, en uno de sus cuentos de Dalevuelta, "La señorita Roxana", hace decir admirablemente al abate Coignard:

—Hija mía —le dijo:— oí con ternura y con interés el relato de vuestra historia, que, desde luego, me parece triste; pero imagino que vuestro mal tiene remedio. Como vuestro amante no merecía los favores de que le hicisteis objeto, y como se ha mostrado con vos ligero, egoísta y brusco, supongo que vuestro amor por él sólo era una inclinación natural de vuestra alma sensible. El objeto a quien lo consagrabais importa poco; lo importante del caso en ese amor es que provenía de vos misma; y nada se ha perdido, puesto que la fuente se conserva. Vuestros ojos, que daban color y relieve a una figura vulgar, no dejarán de cubrir otros objetos con sus ilusiones encantadoras.

HAY dos clases de amantes: los enamorados y los dominadores. A los primeros pertenecen los Werther; a los segundos, los don Juanes.

Werther entrega su voluntad al objeto amado; su amor es fe, y toda su satisfacción está en hacer de la persona amada algo así como un ídolo. Sueña. Su imaginación se hace fantástica y crea novelas maravillosas, en las cuales, casi siempre, él es el héroe que llega tarde.

Créese el más humilde de los hombres y el menos digno de merecer los favores de su amada. No obstante, goza. Su goce está en el renunciamiento, y, llegado el momento, es capaz hasta del sacrificio.

A Don Juan, por el contrario, sólo le interesa el amor como conquista galante. Es el amor mismo que reclama sus derechos y que impone su única voluntad. Su sed es insaciable; su soberbia, infinita. Cada corazón es una rosa que deshoja a su paso. Él no se entrega nunca, ni aun vencido; pero exige que se le entreguen, y, una vez dueño de su dominio, aquel corazón no es más que una bandera arrancada al enemigo, digna de ser paseada en sus gloriosas conquistas.

Don Juan sufre. Los celos, esa pasión egoísta, le muerden el corazón hasta sangrarlo en llanto. Desconoce la ternura. No perdona jamás una traición, porque la considera un ultraje a su persona. Para él no existe la palabra imposible, y, llegado el momento, es capaz hasta de una infamia...

Amor

Por

CONRADO NALÉ ROXLO



Amor, eres en mí un claro hilo
de agua sutil que entre peñascos grises,
dorado por el sol, fluyes tranquilo;
y yo dejo que lento te deslices.

No eres agua de riego, agua vendida
que se da por el fruto a la simiente;
eres, amor, una inefable herida
que se desangra melodiosamente.

SI Dante o Petrarca hubiesen llegado al matrimonio, quién sabe si habrían escrito, el primero sus célebres amores con Beatriz; el segundo, sus famosos sonetos a Laura. El matrimonio acaba por trocar el amor en costumbre. Poco a poco lo va desgastando, como un precioso metal atacado por el óxido...

Es el amor muy triste;
mas, triste y todo, es lo mejor que existe.
CAMPOAMOR.

ALGUIEN ha dicho que el amor es un momento musical. La obra genial de un artista, tal como la célebre "Polonesa" de Chopin, que es como un lírico desahogo de sus amores con la trágica Rachel; "Tristán e Isolda" de Wágner fué concebida en ese instante supremo.

Nada puede ser tan musical para un alma sensible, como el placer de estar triste que en ciertos momentos proporciona el amor.

NADIE sabe por qué se ama ni por qué se olvida. El amor es una sensación que, una vez muerta, no se enciende de nuevo. Sólo queda el recuerdo de haber sido feliz, y, por tanto, se sienten deseos de volver a querer. ¡Inútil afán de empeñarse en construir con falsas ilusiones el castillo que se desvaneció para siempre! El amor es una mentira por la cual nos dejamos seducir; pero al amor no se le engaña jamás. La mente puede crear más o menos fantasías que cautiven la imaginación y produzcan una emoción pasajera; pero donde falta la ilusión no es posible hallar amor.

No ama el que quiere. El amor es un accidente en la vida; es una celada que tiende el destino.

LOS placeres del amor tampoco satisfacen los deseos de un alma inquieta. Se dice de Gœthe que el amor le hizo sufrir por esta razón, y se atribuye que en estos versos, que pone en boca de Fausto, está pintada su intensa angustia: "Voy como ebrio del deseo al goce y en el goce echo de menos el deseo."

(Se tauml' ich von Begierde zu Genuss
Und im Genuss verschmacht' ich nach Begierde.)

Leyendo a Chamfort, me imagino que su escepticismo quizá provenía de esta inquietud espiritual. Se advierte que tuvo predilección por las mujeres intelectuales, las que, en aquella época, mal podían satisfacer sus deseos en materia de amor. Jamás he oído frases más duras. ¡Cuántas veces el sabio, que allá en la soledad de su gabinete investiga los fenómenos del amor, como el Fausto de la leyenda, firmaría con sangre un pacto infame, por gozar tan sólo de unas horas de amor!



"...Esta mujer que escondía su dolor..."

La herencia del huérfano

Por

NARCISO MUÑIZ





EL desorden imperaba en aquella casa, restando importancia a la tragedia que acababa de consumarse: se daban órdenes a gritos; se comentaban en alto voz los detalles del último momento, como pudiera comentarse la escena más culminante del drama estrenado la noche anterior; se murmuraba... Se murmuraba, también.

Allí, en la habitación contigua, yacía, aun sobre la cama, el cadáver del señor Ramón Peñaver, con los ojos espantosamente abiertos, asombrado, tal vez, de que el dolor de sus deudos y amigos no fuera capaz de amordazar los labios, de alejar, aunque sólo fuera en aquellos críticos instantes, a la intriga y a la murmuración. Una persona piadosa le cerró los ojos, que, diríase, cedieron resignados.

Alguien se ofreció para correr con todo lo concerniente al entierro; otro, envidioso o maligno, murmuró:

—¡Sinvergüenza! Éste lo hace por la comisión. ¡Si le conoceré yo!

Luego, como cuervos feroces, acudieron al olor de la carne muerta mercaderes y fariseos, ponderando las bondades de sus fúnebres mercaderías o de sus servicios, que hacían valer más caros amparados en lo apremiante de las circunstancias.

Y la estúpida vanidad rodeó a la muerte, grandiosa en su sencillez, de una innoble aparatosidad teatral: ante una mística decoración de caoba y cristales daban guardia de honor al féretro seis candelabros con gruesos cirios, que por ser todo fingimiento, eran simples artefactos de electricidad. El resto de la habitación, cubierta de crespones, lo ocupaban las flores: flores de todos los tamaños y de todos los colores; y pendiente de cada ramo, palma o corona, una tarjeta con el nombre del que las había pagado, porque es bien ofrendar a los muertos, pero también es justo que los vivos sepan quién pagó la ofrenda.

La familia estaba afectadísima; el caso no era para menos: don Ramón había sido muy bueno para todos... y dejaba una apreciable fortuna.

Una parienta lejana se deshacía en llanto y en exclamaciones, queriendo convencer a los demás que su dolor era inmenso. En un rincón, ocultándose de las miradas indiscretas, el llanto silencioso de una mujer humilde imponía respeto. Esta mujer, que escondía su dolor como una vergüenza, era el eje de todas las murmuraciones.

Llegó la noche y la casa se llenó de gente: la farándula de la farsa concurrió una vez más al coso de la tragedia, profanando, con su mueca ridícula de tristeza y el bullicio de sus ridículas lamentaciones, el religioso silencio de la pesadumbre.

El velorio resultó muy distraído: se conversó animadamente, se suscitaron discusiones... Se hablaba de política, de carreras, del último suceso policial...; hasta se contaron cuentos de un sabor inconfesable. Y se seguía murmurando... Se murmuraba siempre.

A las doce empezó el desbande; a las dos de la madrugada sólo quedaban los íntimos.

La noche caía pesadamente al compás del tic tac de un reloj de pared, que hacía más lúgubre el silencio. De tiempo en tiempo el reloj hacía sonar su campana, que era como toque funeral...

En una habitación retirada, unos hombres, personas de confianza, bebían alcohol y reían a carcajadas, groseramente, como si estuvieran en la taberna. Podía jurarse que alguno estaba borracho. Entre ellos había un señor muy gracioso... Ese gracioso que no falta nunca a las fiestas: lo mismo va a las bodas que a los entierros; es el eterno gracioso, el gracioso de oficio y por afición: es el alma de Bufón, que es eterna y nos persigue a todas partes.

Aprovechando la soez animación de los unos y el recogimiento de los otros, un hombre, un niño casi, entró en la capilla ardiente. El rostro de don Ramón parecía de cera, sus facciones no se habían alterado, la muerte, piadosa, no quiso desfigurarlo; diríase que fingía dormir, para enterarse mejor de la falsedad de las amistades y del egoísmo de algunos cariños. Después de contemplarlo unos instantes, respetuosamente, inclinóse ante él y le dijo, como en secreto:

—Padre: ahí fuera, en el rincón más apartado de la casa, llora una pobre mujer: mi madre. Llora escondida, avara de su pena, sin quererla compartir con nadie, sin buscar consuelo, avergonzándose si alguien advierte su dolor.

"Las mentiras de la vida obligan a ocultar los verdaderos sentimientos del corazón, es por eso que ella se esconde cuando pudiera aparecer como dueño y señora de esta casa y ganarse la adulación de esa gente despreciable y ruin; es por eso que yo camino por la vida con el dolor de no poder ostentar vuestro apellido. En el reino de la muerte, donde la vida no debe tener secretos, comprenderás la abnegación de esa pobre mártir y la crueldad de no dar nombre a los hijos que nacen del amor, haciéndoles aparecer como engendrados por el odio y la venganza.

"Escucha cómo murmura esa gente. Así murmura el mundo entero. El moscardón de la calumnia bordonea su canción perversa, que es como tela de araña que se va tejiendo con hilos apenas perceptibles y cae sobre la víctima, hecha red pegajosa y repulsiva que aprisiona e inutiliza.

"Las arañas tejedoras son buena gente: amigos íntimos, aduladores de profesión, parientes egoístas... Es gente buena que va por la vida encorvada, a ras de tierra, y se alimenta de gusanos... Hacen el mal quizá porque no sienten la grandeza de hacer el bien. ¿Qué culpa tienen? ¡Piedad para ellos, señor! Porque, gracias a ellos, los malos, los perversos, los desamparados, podemos tener gestos de altivez y sentirnos orgullosos de ser de otra casta, de despreciarlos con la tierra a que viven sujetos, de levantar la frente e invocar al cielo en la creencia de que allá arriba hay una justicia suprema reparadora de todas las miserias y de todas las injusticias de esta vida.

Después, hincándose ante el ataúd, murmuró, como en una invocación:

—Padre: Ya que ni apellido ni herencia me dejaste, haz que nunca deje de pensar en la forma que ahora pienso. Es lo único que te pido. Para mi madre, sí; a mi madre protégela siempre, cuida de ella para que no pueda ser víctima de mi locura.

Inclinóse de nuevo sobre el cadáver y dejó sobre su frente un prolongado beso. Luego salió de la habitación, e instantes después se fué de la casa para no volver más.

VOLVIÓ la casa a llenarse de gente. La hora del sepelio se acercaba, y la gente acudió con el uniforme reservado para estos casos. Las señoras, en una de las habitaciones interiores, entre lágrimas y lamentaciones, recordaban el último estreno, el figurín de moda o chismorreaban en secreto..., y de tiempo en tiempo se miraban a hurtadillas en el espejo de sus carteras, temerosas de que las lamentaciones y besuqueos hubieran malogrado los afeites. Los hombres, después de haber saludado ceremoniosamente a la familia, fingiendo un gesto de resignación, se hacían confidencias sobre futuras conquistas o enaltecían los encantos de ciertas coristas. Otros, los más respetables, hablaban de negocios: la plaza estaba mal; el capital apenas si rendía un sesenta por ciento...

Y la Muerte, a la que nadie daba importancia, sonreía irónica.

Por fin partió el fúnebre cortejo. El acompañamiento era numeroso, la fila de coches, interminable. Delante de la carroza mortuoria, sirviendo de guía, iba otra llena de flores, dando majestad al cortejo. La gente se paraba, admirada, haciendo comentarios sobre el precio de todo aquello. El entierro fué un éxito.

Detrás, muy atrás, sin quererse mezclar en el acompañamiento, caminaba un hombre agobiado por la pena, un niño casi, que, de cuando en cuando, se llevaba el pañuelo a los ojos. La gente que se había detenido a ver pasar el cortejo le miraba burlonamente. Él, ajeno a todo, seguía caminando con su amargura a cuestas.

Ya en el cementerio, unas manos groseras se hicieron cargo del cajón fúnebre, y con ayuda de unas cuerdas los sepultaron en un hoyo preparado de antemano. En seguida, despiadados e indiferentes, empezaron a echar paladas de tierra, que al chocar con el féretro producían un sonido horrible, que se clavaba en el cerebro. El ruido cesó; la tierra ya cubría por completo el cajón, y se iba amontonando, amontonando... Empezó el desfile; a los pocos minutos no quedaba nadie allí. Un hombre entonces se acercó a la fosa que acababan de cubrir, y hundiendo una rodilla en la tierra removida lloró amargamente.

El guardián lo sacó bruscamente de su ensimismamiento, diciéndole que iban a cerrar. El hombre salió tambaleándose como un beodo. Luego se sentó en un banco de la glorieta que hay frente al cementerio.

Las sombras caían sobre los árboles, sobre las cosas, obscureciéndolo todo, borrándolo todo; sólo el cementerio se destacaba entre las sombras como la única verdad de la vida.

La luna, surgiendo de la Ciudad de la Muerte, se elevaba sobre el crespón del firmamento como un alma privilegiada, en imponente y gloriosa ascensión a los cielos. Y su luz astral y fantasmagórica, filtrándose por entre las hojas de los árboles y extendiéndose por los caminos, sobrecogía el espíritu en un terror supersticioso, invitándolo a la meditación.

Y el hijo desconocido y despreciado de todos creyó

(Continúa en la pág. 24)

Antología de los grandes poetas

NACIÓ este **JORGE ISAACS** poeta colombiano en Cali el año 1837, y falleció en Ibagué el año 1895. Muy joven todavía, y después de haber escrito bastantes composiciones poéticas, se trasladó a Bogotá, donde fué acogido con gran simpatía por la sociedad literaria "El Mosaico", que a la sazón presidía el conocido escritor colombiano José María Vergara. Resultado de este auspicioso acogimiento fué que la sociedad "El Mosaico" resolvió editar por su cuenta el primer libro de poesías del joven poeta, que obtuvo un gran éxito, y quedó consagrado desde aquel momento el poeta colombiano por excelencia.



Cuatro años más tarde daba al público "María", la novela que abrió al poeta las puertas de la gloria. "María" es la novela americana que ha tenido más ediciones y que fué traducida a más idiomas.

Jorge Isaacs actuó también en la política de su país, y fué sabio naturalista y laborioso explorador de la riqueza minera de Colombia. Mas, sobre el hombre de trabajo y de ciencia primó siempre el literato estudioso y el artista.

Los desengaños políticos produjeron honda herida en el ánimo del poeta; así se refleja en muchas de sus composiciones.

Entre sus mejores poemas se mencionan "Saulo" y "En las cumbres del Chisaca".

Retirado a la vida de campo en las riberas del Combeima, pudo al fin disfrutar una existencia tranquila y holgada.

Y cuando en los últimos años proponíase reanudar sus actividades literarias, revisar sus composiciones poéticas y concluir sus novelas inéditas "Fania" y "Alma negra", le sorprendió la muerte, ocasionada por la mortal enfermedad que había contraído en las selvas vírgenes.

EN LA NOCHE CALLADA

(Traducido de Moore)

¡Ay! Cuántas veces en las lentas horas
de la noche callada, antes que el sueño
venga a cerrar mis párpados, recorre
mi memoria tenaz los bellos días
de lloros y de risas infantiles
¡a qué siguieron tan hermosos años!

Sus palabras de amor entonces oigo,
sus votos de constancia... no cumplidos,
y vuelvo a ver la luz de esa mirada
que hundióse en el Ocaso de la vida
para ya no lucir..., ¡ay!, ¡para siempre!

¡Ay!, cuántas veces los amigos caros
al corazón desde la infancia unidos,
que ya no existen..., mi memoria evoca,
y hallo en torno de mí sólo sus tumbas,
a do bajaron, como al soplo frío
del invierno, las hojas macilentas...

Imagínome entonces que recorro
un salón de banquete ya desierto,
do algunas luces oscilando mueren....
Donde se ven aquí y allá dispersas
las guirnaldas marchitas... Lo han dejado
todos, excepto yo; y así en la vida
¡ay!, ¡cuántas veces me contemplo solo!

LA VUELTA DE LA PALOMA

Paloma que di a la aldeana
que se goza en mi martirio,
pronto vuelves a posarte
sobre mi techo pajizo.

Triste vuelves, que tu arrullo
de dolor es claro indicio.
Ven y llora junto a mí.
que así lloraré contigo.

Ven y cuéntame tus penas
y causa de su desvío;
ven y pósate en mis hombros,
que aun desdeñada te envidio.

El perfume de sus manos
traerá tu plumaje lindo,
o bajo el ala de nieve
de sus cabellos un rizo.

¿Te ha guardado en su regazo
de los rigores del frío?
¿Sobre su seno turgente
insensible habrás dormido?

Tú sabes cuán deliciosos
son sus labios purpurinos,
porque acaso muchas veces
aprisionaron tu pico.

Paloma, vuélvete a ir
a contarle cómo vivo
en las ásperas montañas
por su sombra perseguido;

que he formado para ella
de *bellísimas* y mirtos
una gruta en que las flores
que mas le agradan cultivo;

que aquí el bosque es silencioso,
puro el cielo, manso el río,
embriagadoras las auras
y los lagos cristalinos;

que cuando la luna baña
los follajes movedizos,
oigo su voz en el viento
y en las sombras su suspiro.

¡Ay!, si tardas, cuando vuelvas
harás de tu amor el nido
en el soto de cipreses
do cavo el sepulcro mío.

Pero antes deja a mi boca
besar tu rosado pico,
y haz que pronto ella lo oprima
con sus labios purpurinos.

SONETO

A mi patria.

Dos leones del desierto en las arenas,
de poderosos celos impelidos,
luchan lanzando de dolor bramidos
y roja espuma de sus fauces llenas.

Rizan, al estrecharse, las melenas,
y tras nube de polvo confundidos,
vellones dejan, al rodar, caídos,
tintos en sangre de sus rotas venas.

La noche allí los cubrirá lidiando...
Rugen aún... Cadáveres la aurora
sólo hallará sobre la pampa fría.

Delirante, sin fruto batallando,
el pueblo dividido se devora;
¡y son leones tus bandos, patria mía!

¡SED BUENOS!

Y pusieron en mi comida hiel;
y en mi sed me dieron a beber
vinagre. — Salmo LXIX, v. 21).

No, no hay piedad ni tregua en el combate
con tu legión de inicuos, ¡oh Fortuna!
Y el lidiador valiente que se abate
ludibrio esperé, compasión... ninguna.

Desvelos y virtud, gloria y tormentos...
— "¡Atrás! Caed, gemid los temerarios".
— ¡De sed morimos! — "Hiel a los sedientos".
¡Sobran verdugos, cruces y calvarios!

Hijos de Pluto, reyes de la tierra
en la farsa infernal de sólo un día,
cuanto grande la mente humana encierra
mereció vuestra estúpida ironía.

Se abisman en los antros de la muerte...
Ni un eco en pos, ni huellas luminosas:
son ídolos de carne que convierte
un soplo en cieno y larvas asquerosas.

II

Cerca la dicha está, premio y venturas
que ansié para vosotros, hijos míos,
y aun arrostro miserias y torturas...
y de almas ruines los desdenes fríos.

Mañana, conseguida la victoria
que obtengo ya con los cabellos canos,
de sus víctimas de hoy no harán memoria
hombres sin fe que os tenderán las manos.

¡Sed buenos! Perdonad, que la venganza
nunca en mi corazón mulló su nido;
quien perdona merece bienandanza...
Lo torpe y criminal es el olvido:

recuerda y ama el nómada salvaje
selva en que miel halló, fuentes y lecho,
y cauto cruza sombras del boscaje
donde ha visto la víbora en acecho.

III

No envidiéis los palacios que levanta
en la inmunda ciudad orgullo insano;
en torno gime la miseria santa...
¡Labora y redención espera en vano!

¡Esperan paz y luz! Son los vencidos
que en la lid por la vida ¡oh vencedores!...
¡Qué tinieblas, sollozos y alaridos
en la sima espantosa de dolores!

¡Ah!, vosotros, mi orgullo, descendientes
del Macabeo, raza de proscritos...
Que en las almas llevàis nobles y ardientes
piedad humana, gérmenes benditos.

Tened cerradas de mi hogar las puertas
al lucro y vanidad que honor desdoran,
al mérito y virtud estén abiertas
y a desvalidos huérfanos que lloran.

Lágrimas de los pobres aliviados
son aureola celestial del bueno;
eran ellos de Job los amparados,
y amor, divino amor del Nazareno:

por él, por mí, por vuestro limpio nombre,
sed buenos, pues que sois la sangre mía,
y nunca os intimide ni os asombre
de la turba venal la befa impía.

LA CORONA DEL BARDO

Desata de mi frente esta diadema
de rojos mirtos y lujosas flores;
que ya mis sienes fatigadas quema
y emponzoñan el alma sus olores.

De fugitiva gloria vano emblema,
valióme de la envidia los furores;
de los del oro vil adoradores,
el rencor y sacrílego anatema.

Mas, ¿por qué tristes a la tierra inclinas,
muda ante mí los ojos virginales
inundados de lágrimas divinas?

El amor inmortal, hace inmortales;
y al llegar del sepulcro a los umbrales,
coronas, ¡ay!..., me sobrarán de espinas.

EL DIOS DEL SIGLO

No temáis de otro Dios la omnipotencia:
danzad en torno del Becerro de oro,
y ahogad, ahogad en estruendoso coro
la impertinente voz de la conciencia.

La virtud no es virtud, es impotencia;
humo el Dios de Israel a quien adoro;
bien en la faz del pobre sienta el lloro;
sólo un crimen es crimen: la indigencia.

Amad a vuestro dios, que sin medida
envidiados honores os concede
y con bellas esclavas os convida:

si de la tumba alzaros él no puede,
bastante es ya que de vosotros quede
bajo mármol aquí... carne podrida.

LA MAÑANA DEL ABUELO

Feliz quien ve las horas
de su vejez tranquila
pasar acariciando
su prole bendecida;
quien al campo nativo
do el lento buey aun guía
pide a un césped tan sólo
¡que cubra sus cenizas!
Cuando el sol en oriente
las cumbres cristalinas
de las montañas dora
y argenta la campiña
el venerable anciano
de la heredad vecina
con trabajo recorre
las alfombradas ribas.
Sentado sobre el tronco
do su cansancio alivia,
algún recuerdo grato
parece que acaricia.
Gozosa le acompaña
su nieta preferida,
llenando sus vestidos
de azules batatillas.
— ¡Ay,! ¡mira, papá, cuántas!
¡Azules todas, mira!
Para mamá las tuyas,
para el altar las mías.
— Y tú, ¿rezaste anoche?
— Si me quedé dormida
oyendo un cuento... Dime,
¿se ve el mar de allá arriba?
— Detrás de aquellas sierras
el mar está, hija mía.
— Eso es: allí es que se hallan
aquellas cosas lindas.
— ¿Qué cosas? — Pues corales
y perlas igualitas
como esas de que tiene
mamá una gargantilla.
— ¿Te gustan los corales?
— El cuento es que una niña
que se llamaba... ¿Cómo?
Di tú que se me olvida.
— ¿Que cuidaba los pobres?
— Ésa es, sí, sí: la misma,
en su palacio de oro
del mar en las orillas.
El venturoso abuelo
estudia con delicia
los sueños infantiles
de la preciosa nina.
Allí también pasaron
de su niñez los días
y pasan los postreros
de su vejez tranquila.

Siete años...

(Continuación de la pág. 5)

ba conocerte, deseaba ver con mis propios ojos todos estos lugares que tantas veces me has descripto, tu casita es aun más encantadora de lo que me imaginé, y tú... — Pero cambió de tema repentinamente, y le preguntó: — ¿Habrás hecho hoy algunos de tus paseos favoritos, no? ¿Hasta dónde llegaste? ¡Qué hermosos son estos alrededores!

Pero Estela, que desde las primeras palabras de Tregenna había palidecido, no lo dejó continuar.

Con voz entrecortada, que revelaba todo su sufrimiento, le dijo:

— Enrique: todo eso que te contaba en mis cartas era incierto. Yo jamás hago esos paseos que tan bien te he delineado, soy paralítica desde que terminó la guerra, y creo que jamás volveré a caminar. — Y continuó: — He vivido aquí casi toda mi vida, y conozco tan bien todos los sitios de que te he hablado en mis cartas que, a pesar de no poder recorrerlos más, se mantienen latentes en mi memoria.

Terminó su confesión ocultando el rostro entre las manos, para no ver el efecto que sus palabras producirían en Tregenna; y como queriendo prolongar el momento triste, prosiguió:

— Fué durante la guerra; presté servicios como enfermera de la Cruz Roja en un buque hospital que fué atacado por un submarino. Yo permanecí en el agua muchas horas antes de que me salvaran, y desde entonces no he podido caminar. Dicen los médicos que es una especie de parálisis, y al principio me aseguraban que me curaría, pero han pasado los años y voy perdiendo las esperanzas... Enrique, ahora que sabes toda la verdad, no dejes de escribirme, no me olvides.

Tregenna, muy emocionado, se levantó del sillón en que estaba, y su primer impulso fué llegar hasta Estela para estrecharla entre sus brazos, al mismo tiempo que decía:

— Te amo, Estela, pero yo...

Sus pies tropezaron en una pequeña alfombra, y cayó al suelo de tal manera que su pierna artificial quedó bajo el peso de su cuerpo, y resultaron inútiles sus esfuerzos por levantarse. Estela, que hasta entonces nada sabía, comprendió al momento toda la verdad, y en un supremo esfuerzo por socorrer al que tanto amaba, olvidando de pronto su mal, se levantó, dió unos pasos inseguros y cayó al lado de Enrique.

— ¡Puedo caminar, querido! — exclamó llena de gozo. — ¡El amor ha hecho este milagro!

Y allí, sobre la alfombra, sus labios se juntaron por primera vez.

Al poco tiempo se casaron, felices al pensar en la dicha que los esperaba, aumentada aún más con la promesa del médico de que Estela recuperaría el uso de sus piernas.

Gentile y los problemas actuales

(Continuación de la pág. 8)

— Mientras tanto, ¿cómo irán ahora las cosas prácticamente?

— Prácticamente... Aquí está la dificultad. Pero un problema, es problema porque ofrece dificultades y no por otra cosa. Cuando hablamos de la práctica de la enseñanza religiosa contamos ya con el contralor del Estado sobre los textos, los programas y la enseñanza misma.

Quiero hacerle notar, además, que, si la dificultad señalada es grave, creemos encontrar un decisivo apoyo para nuestra tarea en el hecho de que la gran mayoría del pueblo italiano es católico. Esto es capital. Pues, yo no creo que la enseñanza religiosa sea eficaz en los países donde existen y se profesan distintas religiones.

El timbre del bedel suena estridentemente a lo largo del corredor llamando a clase a los estudiantes. Es hora de despedirnos, y nos despedimos pesarosos de interrumpir una conversación con uno de los más hondos, y, al propio tiempo, uno de los más cordiales maestros de Italia.

Dónde hace más calor



OS asustamos aquí cuando apenas sube el termómetro un poco más de lo que conviene a nuestra comodidad, y nos asustamos cuando sabemos que en ciertas partes del país el calor llega en verano a 42°, entendiéndose que nos referimos a la temperatura media a la sombra.

Esto no es nada, sin embargo, comparado con lo que se observa al otro lado del Océano. Es verdad que en la costa de Argelia no hace el calor que en el Paraguay; pero más en el interior de África, la temperatura sube hasta el punto de que se ha visto cocerse huevos sobre el pescante de la diligencia que va de Orleanville a Ténés. Más al sur, junto al desierto, se encuentra Biskra, donde la vegetación es de una exuberancia asombrosa, por la doble razón de que hay mucha agua y más calor. En Biskra, los seis meses de frío se suda; en el verano hay 50° de temperatura a la sombra.

Túnez no se queda atrás. El ambiente es insoportable allí cuando bajo la influencia del "labedj" (viento sur) llega el termómetro a marcar 48°. En algunas partes de Túnez, los habitantes se libran de este incendio atmosférico trasladando sus petates a viviendas subterráneas, a diez metros de profundidad.

Famoso es también por sus infernales rigores el Senegal, donde la temperatura más baja durante el verano anda por los 45°. Junto a esto, Méjico, donde la media estival es de 35°, y Cuba, donde se calcula en 27°, son casi países frescos.

Acaso el sitio más famoso del mundo por el calor, es el mar Rojo. Si no hace allí tanto calor como en Biskra, pues el termómetro rara vez pasa de 48°, la temperatura resulta mucho más insoportable. El calor, un calor húmedo y pesado, debilita y adormece. Las ropas queman, y pese al doble toldo que cubre los barcos, los pasajeros sienten la cabeza abrasada por el sol y los ojos inflamados por el exceso de luz.

El mar no parece agua; es más bien una inmensa sábana de vidrio fundido que centellea bajo un sol de fuego. A lo lejos, detrás del horizonte, se adivinan desiertos de inflamadas arenas, horribles soledades que no pisa ningún ser viviente.

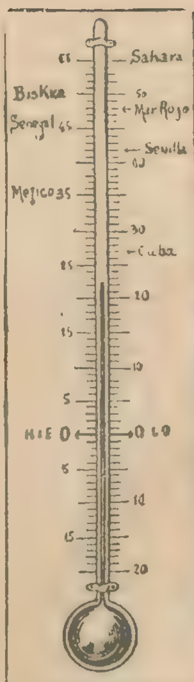
Aun por la noche, el calor no deja conciliar el sueño a los que cruzan aquella inmensa Estigia.

En vano se procura animar al pasajero presentándole el menú de la comida adornado con caricaturescas alegorías de aquel clima espantoso.

El paso del Mar Rojo, que tan caro costó al ejército faraónico, sigue siendo en los tiempos modernos una verdadera agonía.

Hace algunos años llegó a costar la vida a muchos soldados que se dirigían a Madagascar.

Con estos antecedentes, podemos forjarnos la ilusión de tener por ideal la temperatura más elevada que hayamos sufrido en estas latitudes.



Temperatura estival de los países más cálidos



Una columna marchando a través del Sahara



De un "menú" de los vapores de las Mensajerías Marítimas cuando pasan por el Mar Rojo

La caricatura en el extranjero



Los Sport en Verano

Para aprovechar bien las vacaciones se recomienda este sistema, en el que se combinan los placeres del motociclismo con los que proporcionan los baños de mar.

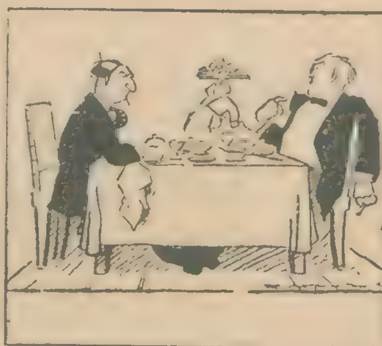
(De "Punch", Londres)



Propaganda Balnearia

El agente de publicidad. — ¿Qué traje de baño desea ponerse en el accidente de luego, señorita?

(De "Judge", Nueva York)



Especulación

— Si sabes quién robó tu coche, ¿por qué no lo reclamas?
— Porque voy a esperar hasta que lo pinte de nuevo.

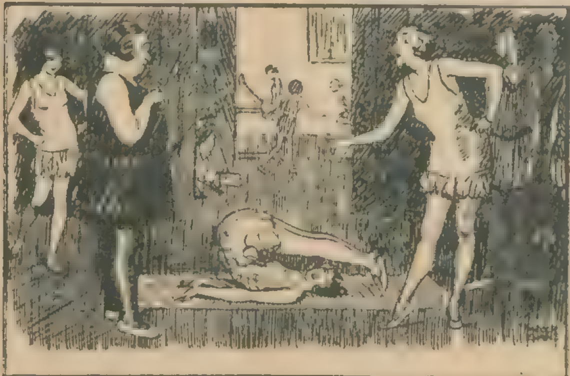
(De "Life", Nueva York)



La Moda en Verano

Un nuevo modelo de vestido, apto para playa y calle.

(De "Judge", Nueva York)



Una Preocupación

La nueva rica, que ha ido a la escuela para adelgazar. — Supongo que usted no querrá que yo haga esas pruebas..., porque debo decirle que no deseo ondularme permanentemente.

(De "The Humorist", Londres)



Prudencia

— No lo levantes, Coca; quizá haya un hombre debajo.

(De "Gaiety", Londres)



Mal Antiguo

Ella (discutiendo sobre la carestía de la vida). — Yo compadezco a todos los hombres que se casan hoy en día.
Él. — ¿Por qué sólo a los que se casan ahora?

(De "Judge", Nueva York)



Equivocación Lamentable

— ¿Por qué se está usted burlando de mi esposa?
— Está equivocado, señor. Yo estoy descorchando esta botella.

(De "Gaiety", Londres)



Una Buena Cualidad

— Que digan lo que quieran mis padres..., yo me voy a casar con Jorge porque es el único de mis conocidos del cual me puedo divorciar, sin apenarme por ello.

(De "London Opinion", Londres)



Explicación Sencilla

El padre. — Pero, ¿qué le indujo a usted a declarárselo?
El solicitante. — Qué quiere, señor; en un baile no se puede estar hablando siempre de la belleza del tiempo, de lo caluroso del día y de lo concurrido que está el salón.

(De "The Humorist", Londres)



En el Club

El charlatán. — No bostece así, señor; yo conozco a un muchacho que al bostezar se desarticuló la mandíbula.
El otro. — ¿De qué hablaba usted en aquel momento?

(De "The Humorist", Londres)



Amigo de las Emociones

— ¿Adónde vamos después de esto? Todavía es temprano.
— Vamos al biógrafo. A mí me gustan esos lugares donde uno siente siquiera un poco de emoción.

(De "The Humorist", Londres)



Pequeña Diferencia

— He decidido no casarme hasta tener treinta años.
— Y yo he decidido no tener treinta años antes de estar casada.

(De "The Humorist", Londres)



En Brookland, el corredor J. G. P. Thomas alcanzó a desarrollar una velocidad de 204 kilómetros por hora, durante tres horas consecutivas

Más velocidad y menos gasto



CUANDO el ingeniero agotó todas las posibilidades de acrecentar la velocidad de su automóvil sin aumentar su potencia, consultó a su compañero, el ingeniero de la aeronáutica, y éste fué quien le suministró la fórmula de construir coches mucho más veloces, empleando quizás hasta menos energía de la que hoy emplean la mayoría de los vehículos.



Esta carrocería representa una adaptación a la silueta ideal de un automóvil

Fueron construídos pequeños modelos de madera unas diez veces menores que el natural que representaban, que se suspendieron en una corriente de aire.

Alrededor de esa silueta ideal (figura 4), el aire circula o, por mejor decir, resbala suavemente, como lo indica el diagrama, sin que se formen remolinos ni haya fricciones, resultando, en consecuencia, que la moción de esa figura ideal y esquemática a lo largo del espacio se realiza de la manera menos dificultosa, desarrollando su máxima velocidad.



Pero esta carrocería es más perfecta aún que la anterior para coches de gran velocidad. No barre, sino elimina el aire

Las capas de aire números 1 y 8 apenas se hallan influenciadas por el paso del vehículo; en cuanto a la número 9 permanece insensible, siendo las más alteradas en su estado de reposo las números 4 y 5, aunque relativamente en bien poca medida.

Este tipo ideal torpedo, sin embargo, necesita ser aplastado en su parte inferior. Por otra parte, con objeto de hacer un coche de todo tiempo, es necesario proveerlo de una carrocería o cuerpo superior.

Con objeto de apartarse lo menos posible del tipo absolutamente ideal, se ideó una adaptación del tipo inicial.

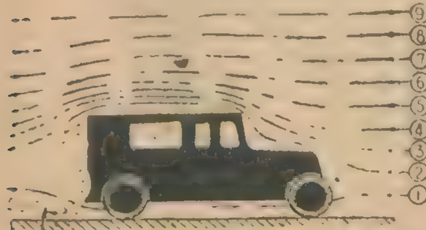
A primera vista (figuras 1 y 2), el nuevo tipo ideal de coche desde el punto de vista que consideramos no deja de ser algo extraño, y uno piensa por qué la parte superior del coche se halla tan echada hacia atrás, pues de otro modo el conjunto parecería más armonioso.

Era necesario, sin embargo, colocar esa parte superior atrás si se deseaba obtener el rendimiento que se perseguía, porque la línea de la corriente es muy sensible a cualquier alteración en las ondas del aire, que se evita por medio de este procedimiento.

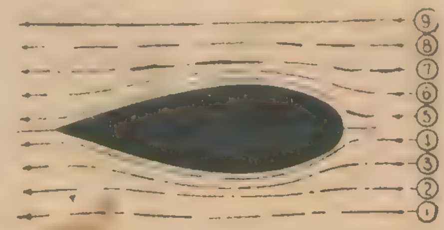
En cuanto a la figura número 3, que representa un automóvil de corte corriente, no hace falta detenerse a demostrar, viendo los remolinos que forma el aire en torno al vehículo cuando éste marcha a gran velocidad, el esfuerzo necesario para vencer la resistencia del aire, el consumo, por consiguiente, de energía, el gasto, en una palabra.

Ahora bien: ¿hasta qué punto son conciliables la estética y la idea pura, la comodidad, la velocidad máxima y el gasto mínimo?

Aquí hay que dejar la palabra a los ingenieros y a los carroceros, cuyas dos competencias, al parecer opuestas, lleguen, quizás, al común acuerdo del coche ideal del porvenir.



Los remolinos de aire que forma un automóvil de carrocería corriente a gran velocidad. Las corrientes que chocan con sus ángulos se oponen a la marcha y es necesario un gran consumo de energía para vencerlas



Silueta ideal de un automóvil y remolinos de aire que se forman a su paso: la resistencia resultante es mucho menor que la fricción del cuerpo del vehículo con el aire. Las corrientes 4 y 5 son las más desplazadas

¿Podemos ir a los planetas?

(Continuación de la pág. 15)

Hay, también, las condiciones mecánicas del mismo viaje.

Hemos dicho que la fuerza está arreglada en forma que los pasajeros graviten los 11|10es de sus propios pesos— lo cual sería difícil — pero... ¿qué sucedería en el momento en que la propulsión se suspendiera?

Los pasajeros cesarían de "pesar" y tendrían la sensación de caer.

Es necesario, entonces crear un "pesador artificial". Para hacerlo debemos mantener la irradiación del flúido propulsor de tal suerte que la aceleración corresponda a mantener constante la pesantez.

Aplicando el cálculo a este nuevo caso el proyectil debe ser invertido a una distancia de la Tierra igual a 29.5 veces el radio del globo, porque el vehículo invertido frenaría. En estas condiciones el viaje a la Luna no duraría más que tres horas y cinco minutos, pero la cantidad de calor necesario sería de sesenta y siete millones doscientas mil calorías. Un kilo de radio contendría entonces cuatrocientas treinta y tres más energías que las necesarias; es decir, que con tres gramos de este cuerpo podríamos asegurar el viaje de "ida y vuelta", a condición de poderlo descomponer a nuestra voluntad. Luego, para alcanzar a Venus necesitaríamos treinta y cinco horas y cuatro minutos, a la velocidad de seiscientos cuarenta y tres kilómetros por segundo.

Tales son las conclusiones sacadas del encomiable trabajo que M. Esnault-Peltérie, publicó hace tiempo en el "Journal de Physique" y en sus conferencias de la Société Française de Physique.

Vemos, pues, que el viaje a los planetas es teóricamente factible, siempre que podamos descomponer a voluntad la energía molecular del radio.

La herencia del huérfano

(Continuación de la pág. 17)

sentir sobre él el prodigio de una bendición celestial, y sobre sus mejillas la bienaventuranza de un beso.

Como mano maternal que acaricia era la suavidad del viento. Muy lejos, muy cerca, las estrellas parpadeaban como advirtiendo a los mortales la existencia de otra vida. El hijo triste cree que son las almas de los muertos que se asoman para mirarnos, y se quedó extasiado contemplándolas, pidiéndoles, tal vez, la solución del porqué impera en esta vida tanto absurdo y tanta injusticia.

A la familia de don Ramón le preocupaba aquel hijo sin nombre. No había testamento, pero la madre podía exhibir ciertas cartas... Se establecieron los hechos y se discutió el punto. Alguien propuso ofrecerle una casita de escaso valor para evitar el pleito. Prevaleció esta opinión y se le encomendó al abogado la misión de hacer resaltar el desprendimiento de los herederos en la reunión que al día siguiente se verificaría en la casa.

El hijo sin nombre acudió al llamado, y ante la propuesta que hábilmente le expuso el letrado, contestó, altivo:

—Ni pedí ni quiero nada. Únicamente quisiera la cartera que mi padre usaba a diario.

El asombro que causaron estas palabras fué general. Se le entregó la cartera. Inmediatamente comprobó que en su interior aun se ocultaban dos retratos: el de su madre y el suyo cuando era chico, y se la guardó, satisfecho.

El abogado, entre incrédulo y asombrado, insistió:

—Y ¿la finca?...

—La finca y todo lo demás para ustedes. He dicho que no quiero nada.

—¡Tiene usted mucho orgullo! —dijo, amostazado, el abogado.

—Ya lo ve usted — contestó con sencillez el intruso. — Es la única herencia que me ha dejado mi padre.

Esencia de lecturas

De DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Es cosa averiguada, así lo siente Metrodoro Chío y otros muchos, que no se sabe nada y que todos son ignorantes. Y aun esto no se sabe de cierto: que, a saberse, ya se supiera algo; sospéchase.

Sábete que ese alguacil no sigue a este ladrón ni procura alcanzarle por el particular y universal provecho de nadie; sino que, como ve que aquí le mira todo el mundo, córrese de que haya quien en materia de hurtar le eche el pie delante, y por eso aguija por alcanzarle.

Venía una mujer hermosa trayéndose de paso los ojos que la miraban y dejando los corazones llenos de deseos. Iba ella con artificioso descuido escondiendo el rostro a los que ya la habían visto y descubriéndole a los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba por velo, tal vez por tejadillo. Ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto, ya se hacía brújula mostrando un ojo solo, y, tapada de medio lado, descubría un tarazón de mejilla. Los cabellos martirizados hacían sortijas a las sienes. El rostro era nieve y grana y rosas que se conservaban en amistad, esparcidas por labios, cuello y mejillas. Los dientes transparentes y las manos, que de rato en rato nevaban el manto, abrasaban los corazones. El talle y paso, ocasionando pensamientos lascivos. Tan rica y galana como cargada de joyas recebidas y no compradas... ¡Qué ojos tan honestamente hermosos! ¡Qué mirar tan cauteloso y prevenido en los descuidos de un alma libre! ¡Qué cejas tan negras, esforzando recíprocamente la blancura de la frente! ¡Qué mejillas, donde la sangre mezclada con la leche engendra lo rosado que admira! ¡Qué labios encarnados, guardando perlas, que la risa muestra con recato! ¡Qué cuello! ¡Qué manos! ¡Qué talle! Todos son causa de perdición, y juntamente disculpa del que se pierde por ella.

Nuestros sentidos están en ayunas de lo que es mujer y ahitos de lo que le parece.

Si la pretendes, te cansas; si la alcanzas, te embarazas; si la sustentas, te empobreces; si la dejas, te persigue; si la quieres, te deja.

El mundo por dentro.

Si te amarga la verdad escrita, échate un pedacito de enmienda al alma y la endulzarás.

La Fortuna: — Más son los que me hacen fuerza que los que yo hago ricos; más son los que me hurtan lo que les niego que los que tienen lo que les doy. Muchos reciben de mí lo que no saben conservar; piérdenlo ellos y dicen que yo se lo quito. Muchos me acusan por mal dado en otros lo que estuviera peor en ellos.

Acuérdome del cuento del que, enfadado de que los ratones le roían papelillos y mendrugos de pan, y cortezas de queso y los zapatos viejos, trujo gatos que le cazasen los ratones; y viendo que los gatos se comían los ratones y juntamente un día le sacaban la carne de la olla, otra se la desensartaban del asador, que ya le cogían una paloma, ya una pierna de carnero, mató los gatos, y dijo: "Vuelvan los ratones". Aplicad vosotros este chiste, pues como gatazos, en lugar de limpiar la república, cazáis y corréis los ladrones ratoncillos, que cortan una bolsa, agarran un pañizuelo, quitan una capa y corren un sombrero, y juntamente os engullís el reino, robáis las haciendas y asoláis las familias. Infames, ratones quiero, y no gatos.

Ser príncipe de pueblo pobre más es ser pobre y pobreza que príncipe. El que enriquece los súbditos tiene tantos tesoros como vasallos; el que los empobrece, otros tantos hospitales y tantos temores como hombres y menos hombres que enemigos y miedos. La riqueza se puede dejar cuando se quiere; la pobreza, no. Aquélla pocas veces se quiere dejar; ésta, siempre.

Engendrarse los unos de la corrupción de los otros es natural, y no violento: causa es quien se corrompe de quien se engendra. El cadáver no se queja de los gusanos que le comen, porque él los cría; cada uno mire que no se corrompa, porque será padre de sus gusanos. Todo se acaba, y más presto lo poco que lo mucho. Cuando nos tenga miedo quien nos tuvo lástima, tendremos lástima a quien nos tuvo miedo, que es buen trueque. Seamos, si podemos, lo que son los que fueron lo que somos.

En la ignorancia del pueblo está seguro el dominio de los príncipes; el estudio que los advierte, los amotina. Vasallos doctos, más conspiran que obedecen, más examinan al señor que le respetan; en entendiéndole, osan despreciarle; en sabiendo qué es libertad, la desean; saben juzgar si merece reinar el que reina, y aquí empiezan a reinar sobre su príncipe. El estudio hace que se busque la paz, porque la ha menester.

Las leyes por sí buenas son y justificadas; mas, habiendo legistas, todas son tontas y sin entendimiento.

Yo elijo ser llamado bárbaro vencedor y renuncio que me llamen docto vencido: saber vencer ha de ser el saber nuestro, que pueblo idiota es seguridad del tirano.

Como mentiría el mar si dijese que no mata su sed con tragarse los arroyuelos y fuentes, pues bebiéndose todos los ríos que se los beben, en ellos se sorbe fuentes y arroyos, de la misma manera mienten los poderosos que dicen no reciben de los mendigos y pobres, cuando se engullen a los ricos, que devoran a los pobres y mendigos.

Es el dinero un heresiarca bienquisto de los discursos políticos y el conciliador de todas las diferencias de opiniones y humores.

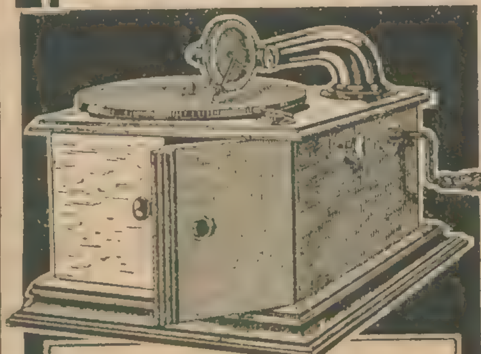
La hora de todos y la Fortuna con seso.

La ciencia *(del médico)* es esta: Dos refranes para entrar en casa; el *que tenemos* ordinario, *venga el pulso*, inclinar el oído, *¿ha tenido frío?* Y si él dice que sí primero, decir luego: "Se echa de ver. ¿Duró mucho?" Y aguardar que diga cuánto, y luego decir: "Bien se conoce. Cene poquito, escarolitas; una ayuda." Y si dice que no la puede recibir, decir: "Pues haga por recibilla." Recetar lamedores, jarabes y purgas, para que tenga que vender el boticario, y que padecer el enfermo. Sangrarle y echarle ventosas; y hecho esto una vez, si durare la enfermedad, tornarlo a hacer hasta que o acabes con el enfermo o con la enfermedad.

Libro de todas las cosas.

Para ser rico habéis de ser ladrón, y no como quiera, sino que hurtéis para el que os ha de envidiar el hurto, para el que os ha de prender, para el que os ha de sentenciar y para que os quede a vos.

El entremetido y la dueña y el soplón.





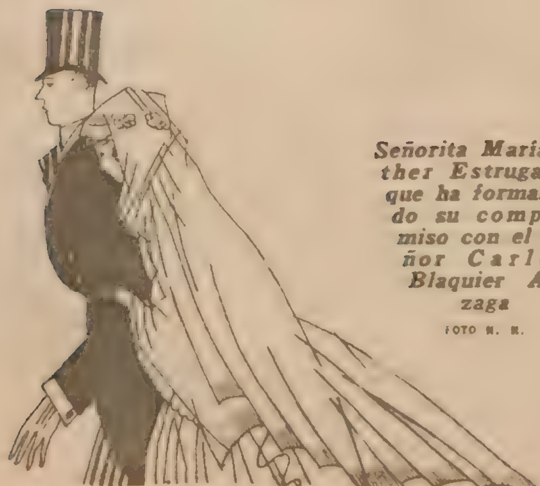
Actualidades gráficas

Nuestro gran mundo: Las novias



Señorita Laura Lynch, cuyo compromiso con el señor Luis Cárdenas ha sido formalizado recientemente

FOTO VAN RIEL



Señorita María Esther Estrugamou, que ha formalizado su compromiso con el señor Carlos Blaquier Alzaga

FOTO R. R.

De la capital y del interior

FESTIVAL ESCOLAR EN SAN FERNANDO

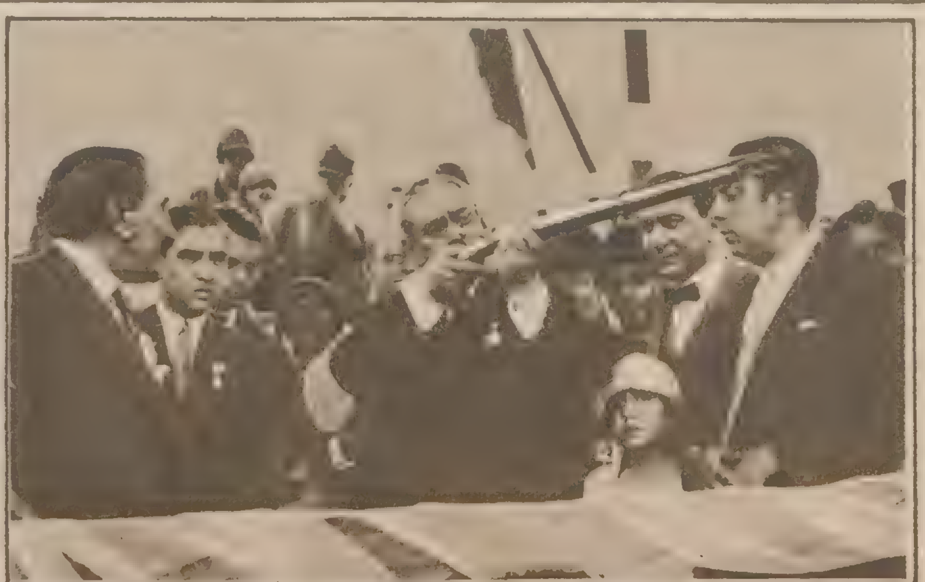


Parte de la numerosa concurrencia que asistió al acto realizado el día 19 del mes último, en los salones de la Escuela Normal, por la Asociación de Ex Alumnos, celebrando el "Día del Egresado"

ECOS DE LA VISITA DEL GOBERNADOR CANTILO A JUNÍN (Buenos Aires)



El gobernador de la provincia, Dr. Cantilo, señoras de Tassara, Damasco y Mendoza, Srta. de Couget, diputado Dr. Poblet Videla e intendente Sr. Salerno, en el acto de la colocación de la piedra fundamental del Asilo de Huérfanos



El doctor José Luis Cantilo, en el stand del Tiro Federal local, disparando ante numeroso público el tiro inicial, en el acto de la inauguración del mismo, que se realizó en ocasión de la visita del primer magistrado

EL AÑO NUEVO EN LA CAPITAL



En el Club del Progreso. Mesas ocupadas por los señores Gustavo Lynch y familia, Francisco Viñas y familia, María Basavilbaso de Rolando y familia, Carlos de la Serna y familia, Ricardo Dellepiane y familia y Alberto Ortiz Basualdo y familia, durante la cena con que fué recibida la entrada del año nuevo en la aristocrática sociedad

El ejemplo de las señoritas Curie



Mlle. Irene Curie, la mayor de las hijas de los descubridores del radio, que ayuda a la madre en las investigaciones científicas del Instituto Curie



La más joven de las dos hermanas, Eva, que ha obtenido brillantes éxitos como concertista de piano

POCOS nombres femeninos tan justamente famosos han sonado en estos últimos tiempos como el de madame Curie, la viuda del gran Pierre Curie, que despues de haber colaborado con su esposo en las investigaciones que dieron por resultado el descubrimiento del radio, prosigue sus trabajos científicos al frente del instituto que lleva su nombre. Pero parece que el glorioso apellido estuviese destinado a servir ante el mundo de ejemplo de emulación y dignificación femenina.

La famosa Marie Curie tiene dos hijas, Irene y Eva, que, no obstante la cómoda y holgada situación social y economica que han heredado, ofrecen el caso raro en este siglo de frivolidades, de haber adoptado profesiones, si bien diametralmente opuestas, por igual brillantes, útiles, destacadas y que necesitan un gran esfuerzo de voluntad, estudio e inteligencia. Irene ha seguido la carrera de sus padres; bachillera a los diez y seis años, se consagró en absoluto a las investigaciones científicas ayudando a la madre en las tareas penosas del laboratorio. Por su parte, Eva se dedicó con singular celo a la carrera musical, llegando en pocos años a ser una eximia concertista, solicitada recientemente por empresarios yanquis para dar una serie de conciertos en Estados Unidos.

En esta época en que la frivolidad y todos los hábitos derivados de la misma, dominan el mundo femenino, y en que la mujer joven vive únicamente cautivada por el "dancing", el lujo, los afeites y por todas las exterioridades livianas que mejor satisfacen sus anhelos de vanidad y placer resulta encantador poder señalar a la admiración pública el ejemplo digno y singular de las señoritas Curie, de estas dos hermanas cuya vida laboriosa y abnegada debe consignarse como una saludable y consoladora enseñanza.

En el mundo del cine



Una escena en un establecimiento de modas, desarrollada en la película "La Sinfonía Fantástica", filmada por la Paramount, y en la que aparece Gertrude Short, célebre belleza de Mack Sennet

FOTO FAMOUS PLAYERS LASKY CORPORATION



FOTO FAMOUS PLAYERS-LASKY CORPORATION

William Collier (hijo) y Pauline Starke, en una escena de "La Carga Maldita", última producción presentada por la compañía Paramount





La más reciente fotografía de los esposos Lytell, que contrajeron enlace últimamente en Méjico. La señora de Lytell es la conocida actriz Claire Windsor

¡Marea alta!...

Por TEIXEIRA DE QUEIROZ

Ilustraciones de Díaz

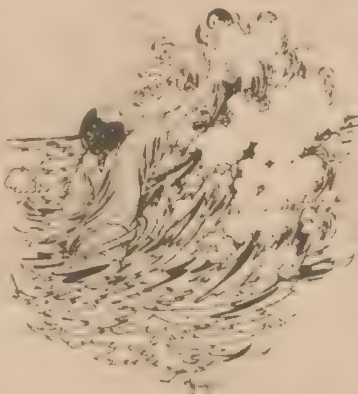


TARDE serena y deliciosa! ¡Hermosa tarde de otoño! Azul pálido en el cielo y la brisa, ligera como el pensamiento, pasando sobre la superficie de la arena y rozando las peñas que ciñen la playa. ¡Bajamar tranquila! Mécense en los aires las blancas alas de las gaviotas, que van hacia el norte, y las velas de los pescadores parecen a lo lejos otras gaviotas saliendo de las aguas. Está desierto el arenal; comienza a nacer el murmurio del vacío infinito, que viene rondando a la superficie con voz cariñosa y suave. Crece por momentos, aúlla al comienzo como un león pequeño, principia a dar color al silencio, que desciende con la tarde, allá, del infinito cielo. El majestuoso sol fulgura, inclinando la antorcha de luz sobre las aguas; la polvareda de oro que le rodea le forma la blanda cama, donde reposará durante la noche.

¡Tarde serena y deliciosa! Hermosa tarde de otoño, que, engendrando sensaciones amorosas en toda la Naturaleza, atrajo a dos tiernos niños a la admiración del mar argentado y del misterio formado de tranquilidad y luz que en el aire se cernía. Eran dos hermanos, hijos de una viuda, cuyo marido había ocultado el mar para no restituírselo nunca, y que vivía frente a las ondas, con la esperanza de volver a oír la voz que la había enamorado. El niño tendría siete años y la niña tal vez cinco... no más, de seguro. Abismados en la serena paz del universo, palpitando sus cándidos corazones de satisfacción íntima, vivían juntos en las sublimes regiones de lo absoluto, fijos los inocentes ojos en el reflejo plateado de las aguas, atentos los oídos al murmurio sonoro que los llamaba como si fuera la voz de su padre. No era la primera vez que se encontraban en la playa escuchando aquella voz suave, de un ritmo que les dominaba por su tristeza; y ya en muchas ocasiones la cariñosa madre los había prevenido contra las innegables maldades que las olas encierran. Sin embargo, todo ese pavor artificial habíase apagado en la convivencia con el mar; esas olas que de lejos venían creciendo en amenazas, deshacíanse impotentes contra los peñascos dentellados de la playa, y la espuma, blanca y ligera como una ilusión, venía a lamerles, a ellos, humildemente, los piececitos, enterrados en la arena.



"...dijo recelosa, llorando:
—Tengo miedo..."



Aquella tarde serena y deliciosa, mientras la madre estaba entretenida en su trabajo de campesina, Tonio y Pepa contemplaban el mar, el pavoroso mar que les había arrebatado a su padre, y reconocían en aquella tranquilidad bondadosa a un amigo que les sonreía para enamorarlos. Mostrábase cariñoso y tierno; las aguas claras dejaban ver en el fondo blanco las más hermosas de sus joyas: piedrecillas semejantes a huevos de paloma; conchitas vacías y cóncavas, como pétalos de rosa; algas multicolores, como encajes; moluscos sobrenadando agarrados unos al musgo de las peñas, presos otros a la piedra, formando con ella un solo cuerpo, inseparable e insensible. El baluarte formado de negros peñascos, que ellos acostumbraban respetar en los días de niebla, como fantasmas que se irguiesen del abismo, y que en las noches tempestuosas permanecían allí, afrontando impávidamente el peligro, aquel día y aquella tarde serena y deliciosa eran tranquilos y fuertes sostenes que los defendían contra las asechanzas de las olas. Las repetidas pruebas que tenían de su estabilidad y solidez animábanlos a considerarlos como protectores desvelados. ¿No era instable la luz que desaparecía, el cielo que palidecía, las aguas que se agitaban, la movediza arena que cedía al peso de sus piececitos? Sí. Solamente la roca, la roca obscura y áspera, merecía su confianza; solamente a ella reconocían como bastante fuerte para resistir al mar y a la furia de las tempestades. Para aquellas conciencias nacientes y tímidas, las piedras feas eran apoyo único y protección contra los recelos escondidos en las palabras de su madre, que siempre había procurado enemistarlos con el mar.

Por el arenal extenso, blanco como una larga tela de hilo, Tonio llevaba a Pepa de la mano. Principiaba a enrojecer el sol en el horizonte. Una vez más sus inexpertos ojos sufrieron el singular deslumbramiento de ver en medio de la gloriosa llama a los ángeles del paraíso con toda su hermosa leyenda; más allá de aquella entrada de fuego era donde estaba el cielo, el lugar escogido para lo maravilloso e inenarrable. Así se lo indicó Tonio a Pepa con la magnificencia de su saber:

—Mira, Pepa: aquel es el cielo donde están los ángeles de Nuestro Señor.

Extasióse una vez más la niña en la contemplación de la patria celestial. Su mirada azul prolongóse hasta el infinito, en una visión sublime de candor. Su imaginación veía todas las maravillas en la atmósfera sutil e impalpable, en el dorado de la luz, en la angelical blancura de figuras cariñosas como su alma inocente.

—¡Qué bonito es! —exclamó Pepa.

Caminaron por la blanca arena, las manos recíprocamente apretadas, sintiendo en este contacto amoroso realidad de existencia y protección mutua. Dirigiéronse a una roca que se les ofrecía en suave y blanca subida, y desde donde podían gozar sin temor de cuanto les maravillaba.

En lo más alto de esa piedra obscura, roída por las ondas, una brisa suave agitaba las ligeras camisitas de pobre hilo con que cubrían su desnudez. Como el día había sido caluroso, sentían agradablemente la benéfica sensación de frescura pasarle por los cabellos y suavizarle la piel. De lo alto de la enorme roca que les servía de pedestal, lanzaban sus miradas a lo largo y aspiraban el olor acre y fuerte que venía de las aguas que susurraban. Impávidos y llenos de toda aquella grandeza imponente, reconocíanse extasiados ante las maravillas que los sentidos percibían en las olas y en el cielo. Y Tonio dijo con efusión:

—¡Mira el mar, Pepa! ¡Allí está padre!

Apuntó vagamente hacia ese infinito del Más Allá, que la mirada azul de la niña abrazó con una sombra de tristeza y *saudade*. Había en su expresión de limpidez seráfica algo de dolor o de cariñosa ternura, que se extendió por el aire, obscureciéndolo. ¡Allí era donde estaba padre! ¿Y qué sería *allí*?...

El sol semejaba fuego voraz que incendiase el cielo. Parecía un instante de peligro tremendo para el universo aquel en que la inmensa llama irradiaba del horizonte. ¡Sólo el grande poder de Dios, con un gesto formidable y omnipotente, podía extinguir la hoguera amenazadora! Si no fuera así, ¿qué sucedería a la tierra, al mar y a las estrellas si esa cólera de fuego se extendiese a toda la amplitud infinita? Sería una grande desgracia reducir a la Nada todo cuanto era hermoso y grande y les maravillaba, llenándoles el alma de grandiosas aspiraciones! La brisa agitaba sus camisitas de grueso hilo, los enmarañados cabellos se agitaban, y los dos niños vivieron un momento en un grande terror!

Pero la intervención providencial se manifestó: lo que era incendio fuése apagando, la luz hízose de un deslumbrante anaranjado primero, luego de un morado suave, nimbado de azul. Una nube, que estaba suspendida a lo lejos, sonreíales desde lo alto con su rosada ternura. Parecía un resto de túnica de ángel que anduviese perdida por el aire.

Sentían tan gran encanto los dos niños, que ni se enteraban del murmurio de las olas, que ya se agitaban cerca. Y cuando sus hermosos ojos se fijaron otra vez en las aguas, entretuviéronse contemplando el remolino caprichoso que hacían, subiendo lentamente hasta la base de la roca, para retirarse después con humildad. Había en esto cariño y no cólera; la espuma, tan bonita y tan blanca, venía temblando sobre el dorso de la ola hasta deshacerse; las algas rojas, verdes y azuladas fluctuaban durmientes como en una cuna; las hermosas piedrecillas que formaban mosaico en el fondo, encrespábanse como si fuesen de blanca cera. Muy unidos, encontrando cada uno mutuo apoyo en el cuerpo del otro, observaban interesados cómo subía ahora la marea, aunque muchas veces hubiesen visto tal fenómeno, que siempre los encantaba. La ola es constantemente nueva; nunca tiene la misma fuerza en dos momentos sucesivos, ni su manera de enrollarse es igual en dos de estas hermanas gemelas, nacidas a la par; el hecho de hacerse y rehacerse perpetuamente da la sensación de un principio de vida que surge. Así, Tonio y Pepa, unidos y risueños, viendo una ola levantarse sobre otra ola, pensaban en lo que había de cariño y de amistad en estos besos de la espuma al peñasco en que estaban. El grande ruido que venía de lejos, creciendo siempre, hasta estallar en la playa, entorpecíales deliciosamente, dejándoles en los oídos una resonancia quejumbrosa. Era música suave y rara, cuya melancolía se hermanaba de modo admirable con ese gradual obscurecerse del cielo, de la tierra y del mar

(Continúa en la pág. 44)

Notas de provincias

LA ENTRADA DEL AÑO NUEVO, EN ALTA GRACIA



Durante el "reveillon", del Sierras Hotel. La mesa presidida por el gobernador de la provincia, doctor Cárcano







Algunas otras de las mesas ocupadas por distinguidas familias de la sociedad cordobesa

CORONEL BRANDZEN (Buenos Aires)



El ministro de Gobierno de la provincia, doctor Casás; el intendente municipal, doctor Manuel Alcuaz; señor cura párroco y otras personalidades locales, a la salida del Tedéum oficiado con motivo de celebrarse el cincuentenario de la fundación del pueblo

Nuestras joyas coloniales

EN LA PROVINCIA DE CÓRDOBA



Pórtico de entrada al cementerio particular, de Santa Catalina







La iglesia parroquial de Ischillín (Deán Funes), una de las iglesias de más curiosa arquitectura de la provincia



La iglesia de San Antonio, en el departamento de Valle Hermoso

El traje nupcial

Por

MILLY DANDOLO

Ilustraciones de Donald Mackintosh

(Traducción de S. Pico)



"...Adelantóse erguida, a paso lento..."



I prima Elena se casaba, y como la casita que habitaba con sus padres en la orilla opuesta del Po era demasiado pequeña y modesta para la ceremonia, se había resuelto que ésta se celebrara en la gran casa de nuestros abuelos, en esta orilla. Mi madre tenía gran predilección por Elena y yo sentía una admiración indecible por mi hermosa prima. Venía con mucha frecuencia a casa de los abuelos, donde yo vivía con mis padres, y tocaba el piano y cantaba en el salón del piso bajo, sacudiendo los rizos obscuros de su melena y los innumerables brazaletes que repiqueteaban en torno a sus muñecas delicadas. Lo que con mayor nitidez he recordado siempre de mi prima ha sido el estremecimiento de sus rizos y el retintín de sus pulseras.

La víspera de la boda (la casa estaba ya preparada y comenzaban a llegar los huéspedes) fuimos mi madre y yo a buscar a mi prima a su casita de la otra orilla del Po. En la ceremonia del día siguiente estaba yo encargada de llevar la larga cola del traje de novia, y esta obligación, aunque me intimidaba un poco, también me enorgullecía. Era yo la única niña de la casa y me veía transformada así, de un momento a otro, en una persona útil e importante.

Aquella tarde atravesamos el Po en la barca con mi madre. El río era sumamente ancho en aquel sitio; parecía un mar si se le miraba volviendo las espaldas a una de las orillas. Yo hacía esto siempre que cruzaba el Po; miraba sólo la orilla que se alejaba y me imaginaba avanzar poco a poco en un mar inmenso y misterioso. Fingía que emprendía un largo viaje y me decía que dentro de muchos días o tal vez de muchos meses llegaría a algún país maravilloso. Dejábame transportar por las ondas del río y por las de mi ensueño, hasta que el choque de la barca contra la opuesta orilla me volvía de nuevo a la realidad inmediata y vulgar. Pero acontecía con el río lo contrario de lo que en general pasa en la vida: se parte creyendo llegar pronto a la ribera adonde se dirigen nuestra audacia y nuestras ilusiones, y no reparamos que nos internamos en un mar enorme y misterioso, sin calma y sin punto de abordaje, de donde a veces volvemos desilusionados y otras veces no volvemos.

Poníase ya el sol y la niebla bajaba sobre los montes de álamos, desnudos de hojas todavía; hacía mucho frío, bien que la primavera estuviera ya cercana, y esta vez miraba yo ansiosa la orilla que se aproximaba, porque veía a lo lejos la figura obscura de Elena, erguida, inmóvil, expectante. Tenía la vista fija en ella; pero su figura parecía más bien alejarse y volverse cada vez más indistinta, por más que la barca avanzara. Era que aumentaba la densidad de la niebla, de la terrible niebla de las regiones poco distantes de las fuentes del Po.

En cuanto la barca chocó contra la ribera, Elena se nos apareció de improviso, inclinada hacia nosotros. Traía un sombrerito obscuro y un espeso velo le cubría el rostro. Saltó con agilidad a la canoa y se sentó junto a mi madre.

La niebla era tan espesa y parecía tan obscura entre los álamos de la ensenada donde habíamos atracado la barca, que yo veía sólo dos sombras frente a mí. Pero a medida que fuimos adelantando hacia el medio del río, tornóse más clara si no más transparente; la sombra de los álamos se disipó y la luz del ocaso se difundió por ella tiñéndola levemente de rosa, de violeta y de anaranjado. Miré asombrada en derredor, pero no alcancé a distinguir nada más que aquella niebla ligeramente irisada que envolvía en espesos velos mi persona. Extendí el brazo y mi mano desapareció entre aquellos velos.

Iba a lanzar una exclamación de asombro y de sorpresa cuando un grito que oí cerca de mí me dejó muda: era un grito cercano y quedo, sofocado y angustiado, que salía de una boca invisible:

— ¡No puedo!

Avancé el cuerpo hacia adelante y pude ver con más claridad las sombras de Elena y de mi madre; distinguía sus cabezas inmóviles, pero no sus rostros, y no podía adivinar cuál de las dos había lanzado ese grito. Alguna de las dos era, de seguro, pues no se oía en derredor rumor de barcas ni de voces. Me eché atrás pensativa; las dos sombras, más lejanas ahora, se tornaron casi invisibles, y la niebla irisada me envolvía de nuevo y de nuevo fuí presa de aquel encantamiento de tules y de silencio. El barco se adelantaba lenta y fatigosamente y la masa de velos avanzaba también ondulando, cambiando de sitio y formando a cada instante nuevas combinaciones de colores. De pronto, el grito cercano resonó otra vez, más sofocado aún y más angustioso:

— ¡No puedo!

Me incliné hacia adelante con ímpetu. ¿Quién "no podía"? ¿Mi madre? Vi en mi imaginación su rostro dulce y sereno y recordé la placidez de su carácter y la placidez de su vida. Jamás había salido de sus labios un grito tan desesperado, y sentí como por instinto que nunca podría salir. ¿Sería acaso Elena? Pensé en su rostro infantil, en su melenita rizada, y creí oír el repiqueteo de sus pulseras. Elena, más aún que mi madre, se me aparecía como la imagen de la juventud y de la alegría.



¿Qué no podría Elena? Lo podía todo, como lo puede quien tiene veinte años. Estos razonamientos se presentaban a mi mente indeterminados y pueriles, y estaba absorta en ellos cuando el grito se repitió más cercano y más fuerte:

— ¡No puedo!

Me puse en pie de un salto, pero no pude par un paso porque en ese momento la barca dió contra la orilla y el choque me hizo caer sentada de nuevo.

La embarcación se estremeció, crujiendo, y luego se detuvo. Salté a la orilla seguida por mi madre y Elena, las que se inclinaron casi al mismo tiempo sobre mi rostro. Vi entonces que los suyos me sonreían, bellos y jóvenes ambos, aunque cubiertos con sus velos.

Era tarde ya y estaba casi obscuro. Caminamos en medio de la niebla en dirección a nuestra casa, que estaba muy próxima, y yo escuchaba su conversación sin pensar ya en aquel grito que quién sabe de dónde había venido..., de alguna barca que no hubiéramos visto pasar junto a nosotros, tal vez... Elena hablaba tranquilamente.

— Estoy casi arrepentida — decía — de haberme hecho ese vestido blanco; para la iglesia hubiera estado bien, pero para casarse en casa es un poco aparatoso, ¿no te parece? Y además es de un género tan grueso, tan rico... Es confortable, eso sí; pero... ¿qué voy a hacer con él una vez pasada la ceremonia?

Llegamos a casa. El recuerdo de aquella noche está algo indistinto en mi memoria. Veo mucha gente, muchos objetos, mucha confusión. Alguien me reprende, mi abuela llora; a Elena no se la ve. Me mandan a la cama temprano y yo no quiero ir; entonces mi padre me sacude por el brazo; yo suelto el llanto y me dejo llevar con mi arlequín roto, abrazado. Me duermo. Me despiertan temprano porque es la mañana de la boda. Pongo al arlequín debajo de las cobijas y me dejo vestir y peinar con una cinta rosa.

Me sobresalto, sorprendida de mis palabras... Ahora de Elena, que ni siquiera me mira: alto, rígido, feo. ¿Dónde está Elena? Ya viene. Baja la escalera. ¿Es ella, en realidad? ¿O es otra?

Es ella. Está palidísima; sus rizos negros le cubren las orejas; sus ojos parecen inmensos, y su boca más delgada y más firme. Un velo blanco le ciñe la frente y cae en largos pliegues. Lleva un vestido de raso blanco lindísimo, cuya larga cola, aunque Elena ha bajado ya, está todavía extendida en la escalera. Adelántase erguida, a paso lento; se detiene en el centro del vestíbulo y me dice con calma:

— Julieta, ponte detrás de mí y levanta la cola con las dos manos. Te pesará un poco, pero...

Obedezco. Las manos me tiemblan mientras me bajo. Cojo la tela, pero es tan pesada que no puedo sostenerla; trato de levantarla de nuevo, pero inútilmente. Entonces se me escapa un leve grito que nadie oye:

— ¡No puedo!

Me sobresalto sorprendida de mis palabras... Ahora creo comprender. Tal vez la persona que ayer lanzó este mismo grito debía levantar alguna cosa muy pesada... y no podía..., y por eso imploraba piedad.

Esto lo pienso vagamente; pero quizá pienso además otra cosa, pues me siento invadir por un malestar extraño, por una angustia mezcla de ternura y de miedo, y murmuro muy quedo para que sólo Elena me oiga:

— Elenita, oye..., no te cases... Quítate ese traje que te pesa tanto y quédate aquí... Nosotros te queremos mucho...; no te vayas con ese hombre..., Elenita. Te doy todos mis juguetes... Quítate ese traje...

Elena se da vuelta. Sus ojos se fijan en los míos, inmensos, profundos. No se sonríe, y me dice muy bajo, para que nadie la oiga:

— Prueba otra vez, Julieta. Pesa, sí; pero te acostumbrarás. A mí también me pesa, te lo

(Continúa en la pág. 56)

Las primeras curiosidades observadas en Mar del Plata



FOTO BAT BAUDOIN

Una bañista que aspira a propagar la moda de los "maillots"



FOTO BAT BAUDOIN

De las primeras gentiles ondinas que han disfrutado en esta temporada las brisas de Mar del Plata



FOTO BAT BAUDOIN

Una veraneante que suele ser "blanco" de miradas indiscretas, en la Rambla

MAR del Plata es ya un balneario al cual convergen personas de los puntos más opuestos del globo. Ha perdido el encanto familiar que le impuso la "muñeca" de Pellegrini y que supieron mantener Emilio Mitre y Adolfo Dávila. No es, por tanto, el centro social donde el rigorismo del protocolo imponga normas, desde el momento en que cada cual hace allí su soberana voluntad; esto en cuanto a costumbres, que en cuanto a indumentaria — ya sea de paseo como de baño, — el desacuerdo es absoluto. En vano han aparecido en estos días por la Rambla los representantes de alguna sastrería, dispuestos a imponer el "uniforme" masculino a base del consabido pantalón blanco, saco azul y sombrero de paja; una indiferencia despreciativa fué el único saldo que alcanzaron estos maniquíes circulantes, que ya han desaparecido del paraje.

En materia de trajes de baño imperan los prejuicios tradicionales, pero como una nota de violento contraste han surgido algunas ondinas — americanas del Norte, — que han traído a Mar del Plata un soplo fugaz de Atlantic City.

Modelos masculinos, restauradores de una moda vulgarizada y decaída

FOTO MAZER





FOTO MAZER

El doctor Jorge Agrelo Parravicini, paseando en la Rambla como en la estancia

Los actores jóvenes

Camiña

Por

FEDERICO MERTENS





FOTO CABADA

Una caracterización de Camiña



FOTO CABADA

En "Aprovechen la bolada"



APARTE una que otra palabra de camarín, nunca había hablado unos minutos seguidos con Camiña. No tenía la menor idea del espíritu cultivado de este joven actor, del que espérase tanto en la renovación necesaria y deseada de nuestra escena. Le creía, como a la mayoría de los actores, extraño a todo movimiento artístico que no fuera aquel en el cual se desenvuelve en las proximidades de su persona y de sus intereses. No imaginaba oírlo y verlo disfrutar en el análisis inteligente acerca de las cosas evolutivas del teatro en general; no esperaba verlo apoyarse en verdaderos conocimientos estudiosos del asunto. Él no desconoce tampoco el último éxito de librería, ni es indiferente a lo que ocurre en el mundo, social y políticamente; no es de los que consulta en los diarios, tan sólo, la página de teatro, y en ésta lo que a él se refiere con exclusividad.

Es un hombre que lee, que se ilustra. Como todo actor, gusta, desde luego, de la vida nocherniega, de café, de cabaret, de jarana; pero esto no le quita tiempo para dedicar alguna hora diaria a su biblioteca. Si Camiña vale ya como actor, intuitivamente, más ha de llegar a ser por estas cualidades tan poco comunes en la gente de tablas.

Hablándome de su jira por el Pacífico, con Camila Quiroga, no me dijo, como lo habría hecho otro: "Gusté en esto, en aquello, en lo de más allá." Hizo un estudio respecto de las causas por las cuales gustaron todos, la compañía en masa, recordando a Camila en primer término y con frases elogiosas. Luego habló de aquellos pueblos, en su parte pintoresca, en sus aspectos sociales. Se metió con Norte América, al hablar de Méjico, para cuyo pueblo guarda un cariño fraternal muy sensible. Habló de Bolívar y San Martín, al recordar la actuación de la compañía en Venezuela. Claro está que habló como argentino, y lo puso verde a Blanco Fombona, sin ser irreverente con los venezolanos, desde luego... ¡Bien estaban ellos en defender lo suyo, pero sin dejar de reconocer lo de los otros!...

— Es un pueblo inteligente, por otra parte. Allí gustó Florencio Sánchez como merecía. Es que es un país de gente que vive la mitad del año en Europa. La gente aristocrática hace su viajecito a París todos los años. La que no lo hace, sufre, naturalmente, en su condición social.

Evocó las primeras emociones antes de debutar en Méjico. Habían sido invitados todos a una corrida de toros. En la plaza había treinta mil personas. Ellos estaban entre el montón, pero Camila tenía un palco de honor adornado con las dos banderas hermanas. Al llegar la actriz a la plaza, una banda de cien instrumentos atacó el himno argentino.

— Yo no sé lo que me pasó. Sentí que el cuerpo se me achicaba y se me agrandaba. Sentí que me corrían lágrimas. No era para menos. Treinta mil personas de pie, que coreaban el himno. El único que no lo coreaba era yo; no podía, tenía en la garganta un garfio de emoción que me lo impedía. De pronto, no pude más y grité: "¡Yo soy argentino, canejo!" Agregué este "canejo" para darle mayor fuerza de expresión criolla a mi entusiasta y orgullosa exclamación. Me aplaudió todo el gentío que me rodeaba, hasta donde se oyó mi voz... ¡Si viera usted qué momento aquel!...

Luego me habló de La Habana. Es un pueblo encantador, pero que toma todas las cosas a la buena de Dios. No le importa nada de nada. Se vive en farra perpetua. Es su modalidad así; pero no por eso deja de ser un país progresista, de extremas amabilidades para el artista extranjero.

— Bueno. Háblenos de usted, de su temporada del Sarmiento, el año próximo.

— De "nuestra" temporada. Yo soy uno de tantos allí...

— ¡Bueno! Vaya por la modestia...

— Según el empresario, se piensa cultivar el género de comedia y de sainetes; es decir, la pieza en un acto, sin restricciones de clasificación. Yo voy con un gran entusiasmo.

Camiña es un excelente elemento para esa temporada, sin desmerecer a otros, de los que ya me ocuparé. En él hay dos actores: el genérico y el galán, igualmente eficaces. Por lo demás, si se le ha apreciado el último año en la revista, puede decirse que la revista fué en él un accidente. Él comenzó a destacarse en el sainete, con Vittone, en el Nacional y en la Ópera, y luego en la comedia con Camila Quiroga. Esto, sumado a las cualidades expresadas anteriormente, hará de él un primer actor de arrastre en poco tiempo, no lo dudo.

— ¿Se cuenta con muchas obras para esa temporada?

— Así afírmase en la dirección. Repito que yo soy un contratado. Todo es cuestión de obras en una temporada. A buena obra, no hay mal actor, y si tenemos suerte...

— ¡Otra vez modesto! Usted no parece actor...

— Es una verdad innegable.

— ¿Que no parece usted actor?

— No; que sin obras... Pero hablemos de otra cosa...

Evidentemente, Camiña no desea exponerse en el comentario de la futura temporada del Sarmiento. Lo comprendo así, y derivo el tema.

— ¿Alguna anécdota, algún triunfo suyo...?

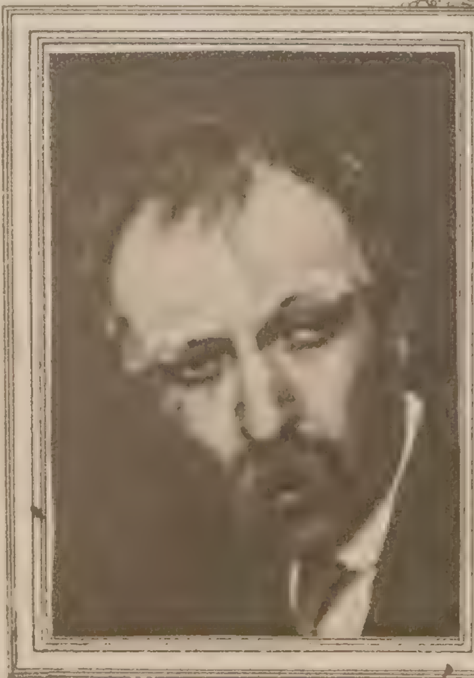
— Uno de mis triunfos más definitivos lo obtuve en Lima, en el drama de Berisso, "Con las alas rotas". Yo interpretaba el papel de traidor en dicha pieza. Usted recordará, me refiero a aquel que entrega, en el segundo acto, las cartas de la heroína a su marido. En el tercero yo no trabajaba, y me fuí a la platea a saborear las sensibleras emociones del público, que llenaba la sala. Al terminar la obra, la gente salía con el pañuelo en los ojos. Una mujer me descubrió. Se adelantó a mí, y me dijo: "¡Miserable!" Yo no me sorprendí del elogio, pues en verdad — y ya ve usted que no soy modesto — estaba muy bien en el traidor aquel, estaba muy bien en aquel papel, y respondí: "¡Señora, muchas gracias! ¡Jamás me han encomiado de tal manera!"

Tal anécdota, además de dar idea del éxito obtenido por Camiña en el mencionado personaje, lo muestra en sus cualidades de observador, capaz de comprender un estado psicológico, aunque superficial, en un segundo.

Me despido de Camiña.

— ¿Para dónde va? Yo voy por Corrientes arriba. Si va usted para allá...

—No, voy hasta aquí a la vuelta, a una librería. Voy a comprar el último libro de Cancela...



En "La Fuerza Ciega"



En "La Venganza de la Gleba"

De Alemania e Inglaterra



Con motivo de la firma del tratado de Locarno en Londres, las tropas inglesas recibieron orden de evacuar la ciudad de Colonia, para establecer su cuartel en Wiesbaden. Nuestra fotografía representa a dos soldados de la ocupación, despidiéndose de sus esposas alemanas que más tarde les seguirán también



En el "Baile de las Tres Artes" efectuado en el salón del Covent Garden de Londres, fueron expuestos los autógrafos de las personalidades más conocidas del teatro inglés. Vese aquí a la famosa actriz miss Evelyn Laye, firmando el suyo



Al mismo baile del Covent Garden asistieron numerosos actores disfrazados. Este grabado representa a los esposos Fife Schaw en traje de "Bailarines Japoneses"

La obra de Pablo Curatella Manes

Por ANDRE LHOTE



SI hay hoy un hecho innegable en cuestiones de arte es la ausencia de todo criterio que pueda servir a establecer la excelencia de una obra, sea ella de orden arquitectónico, escultórico o pictórico. Los juicios que el público y los críticos emiten sobre las obras de arte dependen, en su mayor parte, de la camaradería, del snobismo o de la venalidad. La incomprensión más absoluta preside a su formación. Sólo los artistas podrían hallarse autorizados a pronunciar ciertas sentencias sobre las obras ajenas, pero la historia del Arte nos muestra, ¡ay!, que la imparcialidad, que es lo único que puede suscitar una opinión válida, falta a la mayoría de los creadores. Conocemos el odio que dividía a los maestros del Renacimiento, que practicaban, sin embargo, un arte sujeto a las mismas reglas fundamentales. Si artistas que tenían, por así decir, la misma educación, fueron incapaces de comprensión mutua, con mayor razón deben estar privados de este sentimiento los que viven en una época como la nuestra, en la cual se exponen, se venden y se crean simultáneamente las obras más opuestas en que las teorías más antagónicas se hallan frente a frente, desde aquellas exangües, del Instituto, hasta las de la extrema izquierda, que tratan de justificar las libertades del cubismo. Solicitado a derecha e izquierda, el público oscila lamentablemente entre esos dos polos; compra y vende sin fe y sin amor, y sufre profundamente de la incertidumbre general; sin duda experimentaría una gran impresión de alivio si alguien le procurase de pronto el medio infalible de distinguir el buen cuadro o la buena escultura de la "croûte" o del "navet", para emplear la jerga pintoresca de los talleres. No es mi ambición substituir a esta hada e indicar a cada uno el medio infalible de formarse un buen juicio, sino simplemente dar a cierto público algunas indicaciones elementales, que puedan ayudarle a adoptar el ángulo de visión indispensable para la elaboración de aquel buen juicio. En esta materia todo en efecto es cuestión de un buen punto de partida. Si el aficionado se coloca delante de la obra de arte en la misma actitud que ante la naturaleza, renuncia para toda la vida a la comprensión artística. Pues es en absoluto raro que la obra bella coincida en los puntos suficientemente necesarios con el modelo, para dar al espectador la ilusión de la verdad.



Bajorrelieve del monumento "La dulce Francia" FOTO MARC VAUX



"Guitarrista" FOTO MARC VAUX



"Acordeonista" FOTO MARC VAUX

La primera cosa que hay que comprender, y que es esencial, es el hecho de que la obra de arte es un mundo cerrado, diferente del mundo en el que nos agitamos sin ninguna armonía.

Un cuadro, una escultura poseen su atmósfera especial, que no es aquella en que se condensan los gestos de nuestros actos cotidianos. Esta atmósfera impropia para alimentar las cosas impuras no debe admitir más que seres seleccionados. Para experimentar ante una obra de arte un placer sin mezcla, conviene, pues, limpiar nuestro espíritu de reminiscencias terrestres y no exigir a los seres plásticos las mismas virtudes que a nuestros vecinos carnales. Los habitantes del agua son diferentes de los habitantes del aire. No exijamos a los habitantes del elemento pictórico o escultórico el asemejarse a éstos o a aquéllos. Los seres que pueblan la superficie de las telas o de los muros no necesitan respirar ni hablar. (¿No se dice delante de un retrato que creemos bueno: "Se diría que está por hablar!"); no necesitan volar ni nadar: les basta mostrar sus maneras armoniosas y mantener con sus vecinos un equitativo equilibrio, ocupar su lugar con firmeza, y dar al espectador la impresión de la concordia absoluta. El mundo misterioso constituído por la obra de arte es el mundo mejor vigilado que existe; ¡a eso se debe que difiera tanto del nuestro!

La actitud típica del aficionado debe ser, pues, la del *desinterés sentimental*; es la del hombre que quiere experimentar en toda su extensión el deleite artístico, en el sentido en que lo entendía Nicolás Poussin. Ante un cuadro que represente un desnudo, por ejemplo, sepamos olvidar las "roseurs" y las "moiteurs" de la intimidad para no considerar sino el sereno juego de las líneas y relaciones de los tonos y valores.

PERO abordemos el problema plástico en su esencia misma, y antes de hablar de pintura, de música o de poesía, coloquémonos hoy en el terreno de las formas puras. Cuando un artista se encuentra ante una iglesia románica o gótica, no se le ocurre comparar la obra maestra con una criatura o un espectáculo terrestre, sino que asiste emocionado a una creación del espíritu humano; goza de la belleza, de las relaciones de las cimbras con las verticales y las horizontales, de las partes trabajadas con las partes desnudas, de los planos de sombra con los planos luminosos; se siente proyectado a un mundo superior, donde toda forma tiene una significación pura y se desenvuelve en relación con la forma vecina. Si este artista considera los detalles escultóricos se dará cuenta de que las estatuas que animan el edificio obedecen a la disciplina general y realizan en sí mismas el ritmo que anima todo el edificio, en vez de asemejarse a un hombre o a una mujer.

Este ritmo es geométrico. Los pliegues de los vestidos de un santo del siglo XII o XIII no flotan al azar, sino que se retuercen o caen siguiendo las leyes del edificio entero. Por esto es que, aun separado de la iglesia, visto aparte en un museo, este santo sigue siendo plásticamente completo y superiormente emocionante. En efecto: refleja el orden y la medida de la catedral y despide una armonía geométrica, como el radio desprende su flúido; está saturado de belleza pura. A la luz de este ejemplo, mucha belleza

(Continúa en la pág. 56)

Hogares porteños



El escritorio tapizado en damasco de seda granate, presenta diversos muebles antiguos de madera tallada, entre los que se destaca un arca florentina, notable por sus detalles, y dos sillones episcopales, hechos en Venecia. El cuadro que se advierte en el centro del muro es de César Fratino, titulado "La tocadora de guitarra"; hay, además, dos marinas de Villegas, y cuadros de Michetti, Albertis, Corot, Díaz, Anglada, Volpi y Derval

AS modernas residencias porteñas — magníficas y suntuosas — presentan, en la sobriedad del conjunto, una impresión que no es precisamente la íntima y cordial que ofrecían la de los viejos abuelos argentinos. El aparente confort moderno ha barrido con todas las tradiciones en materia de albergue, y pocas son las residencias que, como templos, conservan a través de los años el añejo sabor de museos.

Tal es el ejemplo que ofrecen los descendientes de don Lorenzo Arvijo y doña Juana Grondona, que han querido perpetuar el recuerdo de sus antepasados dejando en pie la casa solariega, que encierra, dentro de la sencillez de un marco severo, un tesoro de obras de arte que cubren las paredes e iluminan los rincones apacibles.

Digno homenaje a los que fueron, y que en esta época tumultuosa de renovación de valores merece señalarse como un estímulo para los que de esta manera saben aislarse de los peligros del torrente.



El comedor, de estilo antiguo, está revestido en zócalo de madera lustrada: el tapizado de la pared es en seda azul obscuro, que armoniza con los cortinajes, carpetas y alfombras. En el fondo se destaca un gobelino antiguo, que representa una cacería (motivo romano); figura también una tela de Morincourt, titulada "Bretonnes", ejecutada el año 1878



FOTOS DE FIORIN

La sala, estilo Luis XVI, ha sido tapizada en seda amarilla, que acompaña la tonalidad de los muebles. Al frente se destacan dos espejos de madera tallada y un gobelino que reproduce la escena de una cacería. Las puertas han sido patinadas color marfil viejo, como asimismo los zócalos, los cortinajes y alfombras acompañan la tonalidad de la tapicería

El Golf Club de Mar del Plata


FOTO BONNIN

Vista panorámica del Golf Club



MAR del Plata cuenta entre los magníficos palacios recientemente erigidos, el que corresponde al Golf Club, y donde habrán de realizarse durante la temporada que se inicia grandes reuniones deportivas y sociales.

El núcleo cada vez mayor que cultiva el aristocrático juego del golf y las comodidades que ofrece la flamante residencia habrán de convertir, sin duda, aquel punto en el predilecto de la sociedad porteña.

Poco a poco Mar del Plata va ensanchando su radio de acción, y llegará el día en que se opere el fenómeno que se produjo en Trouville, donde por la virtud de su democratización se creó Deauville algunos kilómetros más allá.

Playa Grande, elegida por el Presidente de la República para sus baños en el mar, el nuevo palacio del Golf Club, la existencia de chalets suntuosos, todo contribuye a suponer que hacia ese rumbo se orientará la creación del Deauville argentino con el andar de los años.




FOTO CAÑADA

Durante un partido de golf



Una perspectiva de la costa, tomada desde la terraza



Frente del nuevo edificio del Golf Club

Las actrices bonitas

FOTO HAL ROACH STUDIOS



Marie Mosquini, Blanche Mehaffey y Ena Gregory, interpretando la canción del ukelele a orillas del mar

El chic femenino

La moda de las vinchas



Vincha en lamé azul y oro, con moños del mismo tono



Este modelo de vincha a base de moños, constituye una novedad que no tardará en difundirse



También admite la fantasía femenina estos modelos trenzados en oro y con el adorno de pequeñas perlas



La exigencia de llevar pelucas para disimular la melena en los bailes de alto tono, obliga el uso de vinchas que ejercen funciones de sostén



FOTO HENRI MANUEL - PARIS

Para completar el traje de "soirée", he aquí un modelo de vincha hecho con moños y perlas



El Conquistador del Desierto Mongolico

El Dr. Roy Chapman Andrews--que hace algunos años sorprendió al mundo científico con el descubrimiento de un nido de huevos de gigantescos dinosauros, que se calculan fueron puestos hace como diez millones de años -- llegó a New York en Noviembre de este año de retorno de su Tercera Expedición Asiática patrocinada por el American Museum of Natural History.

Atribuye de nuevo mucho del éxito de su exploración al pasmoso trabajo de sus cinco automóviles Dodge Brothers.

A continuación citamos textualmente la declaración oficial que al respecto hizo el Dr. Andrews a su llegada a los Estados Unidos:

> **"El desierto mongólico de Gobi o Chamo, entre Siberia y Manchuria, constituye todavía la mayor región inexplorada que queda en el mundo. Hasta hace unos años sólo se conocía el lento transporte mediante las caravanas de camellos. Pero ahora los automóviles lo cruzan y recruzan en todas direcciones; o, mejor dicho, los automóviles Dodge Brothers. De sesenta a setenta automóviles Dodge Brothers mantienen un itinerario regular de viajes al interior del vasto yermo, retornando cargados de costosas martas, pieles finas, lanas y otros productos.**
>
> **No se encuentran allí otros automóviles que los Dodge, porque los hemos puesto a la dura prueba en cada una de nuestras tres expediciones y nos hemos podido convencer que el Dodge es el *único automóvil que resiste el duro trabajo que implica viajar sobre el desierto sin camino alguno y hacer todo cuanto se le exija."***

En realidad, son muy pocas las personas que infligen tal castigo a sus automóviles. Empero, es algo muy tranquilizador saber que, en caso de necesidad, los automóviles Dodge Brothers están construídos para vencer los obstáculos.

Estos atributos de durabilidad y fortaleza también explican el hecho de que más del 90% de todos los automóviles que, durante los once años pasados, ha construído la fábrica Dodge Brothers estén en servicio activo.

JULIO FÈVRE Y CIA.
Av. LEANDRO N. ALEM, N. 1620-40
BUENOS AIRES
Sucursal Rosario: Calle Entre Ríos, 579



¡Marea alta!...

(Continuación de la pág. 31)

que los envolvía como en un misterio.

La tenue sombra que de todo el horizonte venía, diluída en tenue rocío, cercábales de una atmósfera de gozo triste, que daba palidez a sus rostros porque sentían mucho.

Subía la marea, la luz del sol se apagaba; ya aparecía el pestañear de las estrellas en el cielo. Cerca, muy cerca ya, notaban el golpear de las olas en la base de la roca y el trepar de las aguas por el arenal arriba. Aquellas almas de niños volaban por la amplitud, como serenas y doradas nubes que se llevasen todas las quimeras celestiales que habían soñado. Lo que sus ojos veían aún, y lo que sus oídos percibían, eran cosas que mecían su entendimiento, llevándolo hacia mundos sidéreos y encantadores. Ese gemir de la sombra que obscurecía el mar inmenso, el brillar de la bóveda celeste en la gran fiesta de la noche otoñal, acariciábales el cerebro, sin causarles pavor. ¡Olvidadas las existencias terrenas, aquellas pobres almas ingenuas vivían sólo en la amplitud infinita!...

Sus cuerpos sin peso vagaban suspensos en el mundo etéreo; ensanchábaseles la imaginación como el humo del incienso al escaparse de los incensarios sagrados en la fiesta pascual. Caminaban sin miedo por la amplitud del mar, fortalecidos por las ideas de misterio con que la noche estrellada reduce las imaginaciones infantiles.

La sombra espesa había caído pesada e igual sobre la rugosa superficie de las aguas, disolviendo las rocas de las playas, esfumando, con suave sombreado el terreno en que se hallaba la casa que habitaban. Encantábales la fosforescencia de las olas, hechizábales el lagrimear argentino del cielo, sentían elevarse sus corazones en éxtasis... De todas las realidades sólo percibían la blancura de la arena extendida como una sábana y el ruido del mar que gruñía a sus pies. Sus oídos, no obstante, muy habituados ya a este sonido, tantas veces amenazador, tantas otras cariñoso y tierno, presintieron que rugía por todos lados. Estaban rodeados por las revueltas aguas, y no se dieron cuenta de ello hasta que subió por la roca una ola, cuya espuma les salpicó completamente los cabellos incultos que fluctuaban a placer de la brisa. Asustóse la niña, y cogiéndose más fuerte a su hermanito, dijo recelosa, llorando:

—¡Tengo miedo!...

¡Tonio despertó del sueño de poeta en que había vivido! Como tenía dos años más, sintió el peso de sus responsabilidades. Estaba obscuro y el bramido erguíase enérgico y temeroso. Ocurriósele entonces bajar de la roca y huir del peligro; pero, extendiendo alrededor la mirada inquieta, reconoció en seguida el bloqueo que el mar había establecido. Titubeando, pero queriendo fingir valor, dijo:

—No tengas miedo, Pepa. Vamos a irnos ahora mismo...

¿Qué clase de socorro esperaría Tonio, sabiendo que todos los días aquellas rocas de la playa se escondían en las aguas, amedrentadas por la furia del terrible mar? Tal vez no sabría decirlo; y, sin embargo, el corazón esperanzado había oído siempre que, más allá de la bóveda celeste, existía el Dios omnipotente que socorría a los desgraciados en las horas de los grandes infortunios. ¡Un acto sencillo de su querer, manifestado hacia el mundo en un gesto formidable, sería obedecido en seguida por los mares y por los montes, por las estrellas y por el sol! ¡Bastaba sólo poner su confianza en Él, levantar su pensamiento hasta su trono celestial, todo oro y luz, y allí, suplicar llenos de vehemencia y fe!

Necesitaban hacer un grande esfuerzo, pues tenían que ir más allá de cuanto se veía en el espacio infinito. Y luego que el Padre del cielo los oyese, aquel mar enfurecido se calmaría, su voz horrenda sería apenas un cántico, las aguas retrocederían mansas hasta los confines del mundo, y ellos verían extenderse delante de sus piececitos un camino sencillo y corriente, que los con-

(Continúa en la pág. 59)

Lo que va de ayer a hoy en las elegancias íntimas

Por BIJOU



Elegantísima camisa de crêpe georgette blanco combinado con encaje "Binche" ligeramente ocre

NUNCA habéis pensado en el asombro con que nuestras abuelitas observarían las modalidades de la boga actual?

Pero junto al asombro y cuando de la lencería se tratase, de nuestras veneradas y queridas antepasadas, se pondría de manifiesto la admiración de las elegantes de la antigüedad, de aquellas que lucían esa maravilla que se llamó camisa túnica egipcia, de un tejido transparente y casi impalpable y cuyo secreto de fabricación se perdió junto con mil otros de la época de los faraones; la admiración, también, de las mujeres de la Grecia clásica cuyas túnicas de lino, muy cortas y ceñidas a los talles por medio de cinturones, constituían a veces sus únicas vestimentas.

Y en verdad que la lencería de hoy es digna de ser admirada por las más refinadas elegantes de milenios atrás

Aunque éstas poseían riquísimos tejidos de oro y plata, gasas impalpables, sedas maravillosas, perfumes exóticos, jamás llegaron a la camiseta leve de hoy trocada en flor de seda policroma y perfumada.

DE AYER A HOY

EN cuanto al ayer, en que los ajuares de nuestras abuelas eran constituídos por docenas de prendas a cual más amplia, casta y modesta, ha muerto para la moda. ¿Quién recuerda aquellas camisas largas, extremadamente púdicas, aquella lencería voluminosa, llena de volados, fruncidos y adornada con pesadas puntillas?

La reducción progresiva de la lencería y su creciente inmodestia, iniciada en los comienzos del siglo presente, llega hoy, merced a las imposiciones de la moda, a su casi supresión. Así ha quedado de reducida y simplificada. Pero si la reducción es positiva, la simplicidad es sólo aparente, pues presenta un verdadero alarde de inspiración, tanto si se observan las originalidades de su realización como los encantadores caprichos que la adornan y embellecen.

NUESTRA LENCERÍA

LA lencería de hoy constituye un lujo por el cual las elegantes se apasionan. Y en verdad, ¿qué puede haber de más hermoso que esas camisitas delicadas, ligeras y tan bonitas, o que esas originalísimas camisas calzón, combinaciones en una sola pieza que evitan el abultamiento de los frunces, antes inevitables, con lo que la silueta gana en esbeltez y soltura?

La moda exige de sus cultoras la línea esbelta; sin esa característica de la figura no es posible lucir con ventaja las deliciosas toilettes del momento. Ello ha contribuído a excluir de la lencería todo lo que implicase complicación. De ahí que el tema de la temporada, en lo que con este tema se relaciona, sea lo sencillo y gracioso.

CAMISITAS CORTAS

LAS camisas son cortas y primorosamente adornadas. Ello atestigua que la sencillez no excluye el refinamiento. Sus ribetes, cuando no terminan en encaje, presentan bordados que armonizan con los del escote. La forma Imperio es la que predomina en los modelos del día.

LA ENCANTADORA CAMISA CALZÓN

LAS mujeres celosas de la coqueta elegancia de sus toilettes interiores, y deseosas de evitar todo espesor que pueda perjudicar la esbeltez le las siluetas, han adoptado con marcadísimo entusiasmo, cada vez más decidido, la encantadora camisa calzón. La camisa permanece ajustada a la espalda, frunces muy delicados dan, por delante, la amplitud necesaria al pecho, mientras que por abajo, mediante una presilla o por botones, se convierte en calzón.

Son éstas creaciones elegantísimas y admirables. La deliciosa flexibilidad de



Combinación de crêpe mongol de un rosa suave, lleva bordados sencillos en punto turco en un tono más fuerte

las telas se une a los encantadores adornos que admiten, tales como sutilísimos vuelos de encaje o pequeñísimos plisados de tul, calados a mano con incrusta-

(Continúa en la pág. 48)

PAGINAS VIEJAS

El yelmo de San Miguel

Por NICOLAS GRANADA



Don Eusebio de la Santa Federación

YA vez derrumbado el poder de don Juan Manuel de Rozas, la mayoría de sus fieles cayeron envueltos en los escombros de su ruina.

Uno de éstos, aunque sin atingencia política de ninguna especie y sin más representación personal que la muy irrisoria de bufón del dictador, siguió la suerte de sus mejores adeptos, y, triste, degradado, sirviendo de mofa a los mismos sobre quien poco tiempo antes ejerciera la zafia prepotencia de su cómico orgullo y valimiento; despojado del abigarrado uniforme y apócrifas y ridículas preseas con que adornara su pecho, infiriendo un sangriento ultraje a la caballeresca dignidad del ejército, don Eusebio de la Santa Federación, como irrisoria y farsaicamente fuera bautizado el patizambo y rechoncho mulato, "fou" del restaurador de las leyes, se echó a vagar por esas calles, despertando la conmiseración del nobilísimo pueblo porteño, que no recordaba en él al insolente bufón del pasado, tristemente caído, de un golpe, en la miseria y el desamparo.

Muchas familias acaudaladas del tiempo del Supremo se cotizaron para no dejar morir de hambre a aquel infeliz inconsciente, y don Eusebio, vestido humildemente de particular, con ropas ajenas, que generalmente ultrapasaban o no llegaban a sus medidas corporales, vagaba por esas calles de Dios con el aspecto de un vencido en una lucha en que no había tenido otra participación que la que podría tener un cascabel en una pandereta.

No por esa circunstancia el "generalísimo" don Eusebio dejaba de concurrir a ciertas fiestas públicas, preferentemente las religiosas, en las que, en sus buenos tiempos, se le asignaba un puesto especial, mezclando su nota caricaturesca, en la que pintorescamente ponía una vívida mancha de color su roja casaca recamada en oro, sobre la que cabrilleaban sus cruces y medallas de hoja de lata y cartón dorado.

Una de las conmemoraciones eclesiásticas por la que él demostraba especial predilección era la de San Miguel Arcángel, que, como siempre, se celebraba con gran pompa en su iglesia titular el 29 de septiembre de cada año.

Regía aquella parroquia, por aquel entonces, como cura vicario, el canónigo honorario don Gabriel Fuentes, distinguido sacerdote, de maneras cultísimas y dotado de una muy clara inteligencia.

El cura Fuentes recibía siempre con afables modos al pobre mulato, a quien auxiliaba en lo posible, y como era, por lo demás, un ser inofensivo, anuladas sus pretensiones de antaño, le permitía el acceso en las interioridades de la iglesia, y hasta un apartado sitial en el coro, desde donde pudiera asistir a las ceremonias religiosas.

Don Eusebio, por otra parte, se ofrecía siempre voluntariamente a ejercer las funciones de sotosacristán, limpiando los candelabros, sacudiendo las alfombras, colocando las velas, plumereando los altares, ayudando a vestir a los santos, generalmente armados en un esqueleto de palitroques, sin más manifestaciones plásticas, dentro de la forma humana, que le cabeza y las manos.

"¡Sic transit gloria mundi!", le solía decir el señor cura, latinajo que don Eusebio atribuía a una indirecta de Su Señoría a propósito de la vida airada llevada por dos sobrinas suyas, llamadas una Tránsito y la otra Gloria, que andaban por esos mundos de Dios como dos bolas sin manija.

Una mañanita, víspera de San Miguel Arcángel, don Eusebio se presentó, como de ordinario, en el antiguo templo de Piedad y Suipacha, enfilando el largo corredor de la izquierda que conduce directamente a la sacristía.

Ese día llevaba en su alma mil nostálgicos recuerdos de los buenos tiempos en que había atravesado el viejo claustro vestido de mariscal de un ejército fantástico, haciendo resonar en las toscas losas del pavimento la contera de su sable de latón, mientras revoloteaban en el airecillo sahumado del sombrío corredor las rojas plumas de su casco de oro.

Al abrir la pesada puerta de cedro del Paraguay, de una hoja, a la que servía de contrapeso para cerrarla automáticamente una cuerda rematada por una barra de plomo, don Eusebio se topó de manos a boca con la imagen del glorioso Arcángel, que sólo se sacaba para las grandes solemnidades, y a la cual doña Romualda Fuentes de Ferreyra, hermana del párroco, adornaba con la respetuosa al par que prolija dedicación que ponen en los actos más familiares de las intimidades eclesiásticas las señoras creyentes y piadosas.

Como la señora se ocupara en esos momentos en armonizar artísticamente la profusa cabellera de rizos que cubre la cabeza del vencedor del demonio, el casco de plata sobre el que culmina la airosa garzota de blancas plumas, igual a la del legendario Lohengrin, con que entrara en pelea el bravo paladín de Cristo, estaba allí, sobre una mesa, destellando brillantes rayos de luz, herido por uno de sol que atravesaba diagonalmente un alto ventanal.

Don Eusebio quedó como hipnotizado ante la presencia del flamígero yelmo.

Un hondo suspiro hizo irrupción de su pecho acongojado. Luego, acercándose lentamente hacia el brillante capacete, al que envolvía en una mirada ávida de sus ojos de batracio, dijo con voz dolorida:

— ¡Yo también fuí arcángel en mi tiempo!

Doña Romualda rió alegremente ante esta salida del loco, y le observó:



— Pero usted no venció a nadie, don Eusebio.

— Sí, señora — contestó éste con soberbia. — Vencí a los salvajes unitarios.

— No me parece, don Eusebio; pues ahora son ellos los que tienen a usted sujeto por el pescuezo.

— Cosas de la vida, misia Romualda. Así le sucedió al glorioso San Miguel, que se dió el corte de haber vencido al demonio y hoy no hay un cristiano que no lleve un demonio a babucha.

Lo que va de ayer a hoy en las elegancias íntimas

(Continuación de la pág. 45)

ciones a punto turco, aplicaciones de encaje y bordados muy finos, estos últimos casi imprescindibles.

Los modelos realizados en crespón de China, rosa, se adornan con puntillas valencianas en tono ocre, aplicadas a punto "bourdon", que da un precioso relieve a todas las incrustaciones de encaje.

La camisa calzón no tiene rivales para el verano. La deliciosa frescura de su contacto, cuando ha sido realizada en linón o en batista, es en realidad insuperable.



Estas encantadoras prendas para la "toilette" íntima de la mujer están hechas en linón blanco con bordados en realce sobre tul rosa suave

Pero no por ello se hallan abandonadas las creaciones realizadas en seda, crespón, voile, crêpe de China o jersey.

¿Los colores? El blanco y el rosa son los preferidos; pero, aunque no con tanta frecuencia, en las colecciones se ven también los azules, malvas y amarillos.

LENCERÍA DE SEDA Y DE HILO

LAS características de la camisa calzón se hacen extensivas a todas y a cada una de las prendas de la lencería de hoy.

La de seda constituye el tema favorito. En primera línea figuran el crêpe de China y el voile triple, por lo que tienen de flexibles y ligeros. Generalmente son adornados con encajes color rosa.

No menos agradable es la lencería que ostenta bordados en blanco.

No obstante el triunfo de la seda, el hilo, por un tiempo relegado a segundo término, vuelve a imponer su éxito. Nada más lógico desde que los modelos en fina batista de hilo o en linón ligero son realmente encantadores. Unos y otros se adornan con puntillas. En cuanto a las formas, son las mismas que predominan en la lencería de seda.

El retorno de la batista y del linón ha causado una verdadera alegría a muchas elegantes, que no podían acostumbrarse a la idea de hacer abandono completo de las prendas blancas adornadas con encajes.

Pero si bien acepta con entusiasmo los encajes, tampoco le desagradan las guarniciones de broderies maravillosamente ejecutadas sobre telas suizas.

LOS CAMISONES

TAMBIÉN ligeros y graciosos, tienen el privilegio de prestarse, más que toda otra prenda, a los alardes de una fantasía creadora de originalidades. De ahí que el camisón permita a la mujer elegante el despliegue de su gusto personal, dando lugar a que ponga de manifiesto el poder de sus coqueterías traducidas en motivos decorativos.

Más corto que el de antes y, por lo general, sin mangas, es embellecido por tules, gasas y encajes de colores tenues.

El modelo chemisier se recomienda por lo práctico a la vez que por lo que tiene de elegante. Se caracteriza por un cuello abierto en pico con dos pequeñas solapas; unos calados a mano forman una pechera que puede ser redonda o cuadrada, pero siempre parecida a la de las camisas de hombre.

No menos elegante es este otro modelo en crespón de China, rosa, adornado con encaje y calados. Una ancha cinta forma las hombreras, y pasa, a un lado, a través de unos ojales.

Repertorio bibliográfico

NOVELAS Y CUENTOS

ARMAND (Paul). — *La Vida Heroica.* Novela. 216 páginas. (Ed. Establecimiento Gráfico A. Biffignandi, Córdoba.)

CASANOVA. — *Los más delicados recuerdos de la vida amorosa de.* Versión castellana por J. M. Aguado de la Loma. 248 páginas. (Ediciones Españolas, Madrid.) Agencia General de Librería y Publicaciones, Buenos Aires.

FARRÈRE (C.). — *Humo de Opio.* Prólogo de Pierre Louys. Versión castellana de Miguel García Rueda. 312 páginas. (Ediciones Literarias, París-Madrid.)

MORRISON DE PARKET (María). — *Los Altunes.* Novela. 162 páginas. Carátula de Óscar Soldati. (Editorial Tor, Buenos Aires.)

NOELLE (Roger). — *El Nuevo Adán.* Traducción de Juan de España. 240 páginas. (Ed. "Crítica, volumen XII, Buenos Aires.)

ORTELLI (Roberto). — *Miedo.* Ocho cuentos. Obra premiada en el primer concurso de literatura de la "Asociación Amigos del Arte". (Ediciones de la revista "Inicial", Buenos Aires.)

ZÚÑIGA (A. R.). — *El Charrúa.* Novela histórica. 148 páginas. (Ed. del autor.)

POESÍA

ADLER (Raquel). — *Cánticos de Raquel.* 96 páginas. Retrato de la autora. (Editorial Tor, Buenos Aires.)

BOSELLA (Juan). — *El Huerto del Ruiseñor.* Poesías. Prólogo de la Editorial Muro. 102 páginas. Carátula de M. Lucioni. (Editorial Muro.)

DEPASCALE (Alfonso). — *Poesie scelte di Alfonsina Storni.* Primi saggi di traduzioni delle migliori liriche della grande poetessa argentina. 60 páginas. (Ed. Cappellano Hermanos, Buenos Aires.)

LEAL (Margarita). — *Las Estrellas.* Poemas. Portada de Delia Castellanos de Etchepare. 96 páginas. (Ed. Tipografía "La Industrial", Montevideo.)

MARTORELLI (José). — *Vibraciones íntimas.* Poesías. Prólogo de Rafael J. Bruno. 120 páginas, formato mayor. (Ed. del autor. Río Cuarto.)

NEBEL (Fernando). — *El Color de las horas.* Poesías. Prólogo de Luisa Luisi. 158 páginas. Carátula de Roberto Riambau. (Imprenta Editorial Renacimiento, Montevideo.)

TRONCOSO SAGREDO (Arturo). — *Solveig.* 56 páginas. (Ed. del autor, Concepción.)

HISTORIA, DERECHO Y POLÍTICA

CARRILLO (Horacio). — *Los límites con Bolivia.* 196 páginas, 7 mapas. (Edición L. J. Rosso y Cía., Buenos Aires.)

VEDIA Y MITRE (Mariano de), CORREA LUNA (Carlos), HERAS (Carlos). — *Centenario de La Carta de Mayo.* Conferencias pronunciadas en el Instituto de Conferencias, en la Junta de Historia y Numismática y en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata. 104 páginas. (Ed. de Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez, Buenos Aires.)

CRÍTICA Y ARTE

LYNCH (Ventura R.). — *Cancionero Bonaerense.* Introducción de Vicente Forte. Sección de folklore, segunda serie, tomo 1º, Nº 1, con ilustraciones musicales. 64 páginas. (Ed. de la Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.)

MAUCLAIR (Camilo). — *Leonardo de Vinci.* Traducción de Manuel Abril. De la colección "Maestros Antiguos y Modernos", bajo la dirección de Gustavo Geffroy, de la Academia Goncourt. 160 páginas. (Ediciones Españolas, París-Madrid. Agencia General de Librería y Publicaciones, Buenos Aires.)

ORGAZ (Arturo). — *Crítica Democrá-*

tica. 134 páginas. Prólogo del autor. (Ed. del autor, Córdoba.)

TISCORNIA (Eleuterio F.).—*"Martín Fierro" comentado y anotado*. 500 páginas en octavo prolongado. Tomo I. Texto, notas y vocabulario. (Ed. Coni, Buenos Aires.)

VÁZQUEZ CEY (Arturo). — *El teatro de Florencio Sánchez*. 40 páginas. Publicación de "Humanidades". (Ediciones Coni, Buenos Aires.)

VIAJES

ARAMBURU (Julio). — *Jujuy*. Prólogo del autor. 176 páginas. (Ed. de la Cooperativa Editorial Limitada "Buenos Aires".)

CAPDEVILA (Arturo). — *Tierras Nobles*. Viajes por España y Portugal. 202 páginas. (Ed. de "El Ateneo de Pedro García, Buenos Aires, 1925.)

PIÑERO (Sergio, hijo). — *El Puñal de Orión*. Apuntes de viaje. 224 páginas. (Editorial Proa, Buenos Aires.)

INDUSTRIA, TECNOLOGÍA

PASTORINO (José C.). — *La Industria de la Seda en la República Argentina*. Folleto ilustrado con instrucciones prácticas sobre la cría del gusano de seda. Segunda edición, corregida y aumentada. (Est. Gráf. de Grandi y Solari, Buenos Aires, 1925.)

TEATRO

ANÓNIMO. — *El Amor de la Estanciera*. Sainete. (Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.)

COLLAO. — *Las Bodas de Chivico y Pancha*. Sainete. (Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.)

VARIAS

CAO MOURE (José). — *La Coruña a través de un siglo*. Catálogo de la Coruña. Volumen encuadernado, edición de lujo. 132 páginas, 83 grabados. (Editorial "P. P. K. O.", Vigo).

CAO MOURE (José). — *Catálogo ilustrado de Asturias*. Un volumen, encuadernado, edición de lujo. 194 páginas, 204 grabados. (Editorial "P. P. K. O.", Vigo.)

COSTA ÁLVAREZ (Arturo). — *La mala suerte del Instituto de Filología*. 10 páginas. (Edición de "Valoraciones", La Plata.)

DÁVILA (Vicente). — *Jaculatorias*. Prólogo del autor. Segunda edición, aumentada. 168 páginas. (Imprenta Bolívar. Caracas, Venezuela.)

DÁVILA (Vicente). — *Discurso pronunciado en el centenario de Carabobo ante el Panteón Nacional*. (Imprenta Bolívar. Caracas, Venezuela.)

FERNÁN CISNEROS (Luis). — *La sugestión de la Sonrisa*. Conferencia pronunciada en "El Círculo". (Ed. de "El Círculo", Rosario.)

IN MEMORIAM. — *Juan J. Atencio, periodista, político y legislador* (1870-1918). Prólogo de Manuel Trigo Viera. 520 páginas. (Ed. Olivieri y Domínguez, La Plata.)

LARDE DE VENTURINO (Alice). — *Sangre del Trópico*. 48 páginas. Retrato de la autora. (Editorial Nascimento, Santiago de Chile.)

ROMERO DE TORRES (Enrique). — *Exposición de Guadamecíles*. Catálogo ilustrado de la celebrada por el Excelentísimo Ayuntamiento de Córdoba en la feria de Nuestra Señora de la Salud. 44 páginas y 62 grabados. (Ed. Hauser y Menet, Madrid.)

FOLLETOS, REVISTAS Y MEMORIAS

Céltiga, revista gallega de arte y crítica. Número 23. Diciembre 10 de 1925.

Club del Progreso, órgano oficial de la institución. Publicación de fomento cultural dedicado a los socios. Número 1. Año I. Octubre 28 de 1925.

El Taxi, revista técnica automovilística. Núm. 42. Noviembre de 1925. Buenos Aires.

El Progreso, periódico, Buenos Aires. Número extraordinario de 60 páginas, editado en colores, celebrando el trigésimo aniversario de su fundación.

La Panificación, revista técnica de la industria panaderil. Número 10. Octubre de 1925.

Nativa, revista mensual ilustrada, núm. 23, correspondiente a noviembre 30 de 1925.

Nosotros, revista mensual de letras, arte, historia, filosofía y ciencias sociales. Núm. 198. Noviembre de 1925.

Revista de la Escuela Normal de Profesoras de Rosario. Número especial, ilustrado, correspondiente a noviembre de 1925.

Revista de Arquitectura. Número 60. Diciembre de 1925. Número dedicado al concurso de planos para el Palacio de Justicia de Córdoba.

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales. Órgano del Centro Estudiantes de Derecho y Ciencias Sociales. Año XLII. Volumen I, 222 páginas.

Riel y Fomento, revista mensual, editada por los Ferrocarriles del Estado. Núm. 43, correspondiente a noviembre de 1925.

Revista Sud-Americana, de Endrología, Inmunología, Quimioterapia. Número 2, correspondiente al 15 de noviembre de 1925.

Revista de Filosofía. Año XI, núm. 6. Noviembre de 1925.

El baile de los dos viejos

(Continuación de la pág. 14)

tiempo, sentía en el corazón dulces latidos.

—¡Qué bien has hecho en conservar todo este viejo mobiliario! ¡Es tan agradable recordar la juventud!

—Sí, sí, ciertamente, mi vieja —dijo el buen Peroux abriendo el aparador, —pero no es este el momento de vagar ni de enternecerse, sino de que recuerdes tus talentos de cocinera. Aquí tienes nuestra cacerola de aquel tiempo y nuestra primera sartén. Aquí está también el limón cortado en rodajas y la botella descorchada. Asa las castañas y calienta el vino mientras yo pongo la mesa.

Y muy serios, ella con la falda todavía levantada a modo de mandil, y él con la servilleta debajo del brazo, se pusieron a preparar la cena.

—¿Está eso, mi vieja?

—Ya está.

—Pues a cenar.

—Has puesto bien la mesa, Esteban, tiene muy buen aspecto.

—¿Verdad? Y con nada. Por todo cristal, dos vasos. Como plata, una sola cuchara de estaño; nos la prestaremos mutuamente. Confiesa, mujercita mía, que no estoy todavía tan "mohoso" como parece y que podría aún ganarme la vida.

—¡Por supuesto! No hay ya personas como nosotros... Prueba, prueba este vino caliente perfumado con limón y relámete con él. Me parece que las castañas necesitaban una vuelta más en la sartén.

—Están en su punto.

—Es que yo entiendo de esto y no he perdido mi olfato ni mis buenas manos. Tú y yo hemos sido dos grandes artistas en nuestro género.

—Claro que sí. ¡A tu salud, Felicidad!

—¡A la tuya, Esteban!

Los dos se echaron a reír, pero la anciana se puso de pronto pensativa, y siguió diciendo:

—Es encantador encontrarnos en nuestra casa, solos, como en este momento. Esta buhardillita, que está, sin embargo, debajo del tejado y llena de estos muebles pasados de moda, se ha puesto en seguida tibia y agradable. ¿Verdad?

—¡Y qué tranquilidad! Esto da la vida. Hay para nosotros más recuerdos en este cuartito que en todo nuestro suntuoso piso de abajo. Volveremos a subir, ¿quieres?

—¡Oh! Sí, bien quisiera; pero, ¿será fácil cuando los criados y nuestra Elena nos vigilen?

—Volveremos a dar un balie. Tus castañas están exquisitas, mi vieja. Me he atracado y ahora me ahogo. Dame más de beber.

—A ver si te hace daño.

—No hay cuidado. Esto es más sano que las drogas que tendría que tragar abajo. ¿Te figuras la cara que pondrían los mayordomos si fuese al comedor a pedirles un vaso de vino caliente?

—¿Y las miradas de desprecio de la cocinera si le pidiese mañana castañas para cenar?

—¡Y pensar que hay quien cree que los ricos pueden comer lo que quieren!

—¡Y vivir como se les antoja!... ¿Por qué te ríes?

—Porque pienso que nuestra hija y su marido nos buscan; no nos encontrarán, de seguro, en este escondite.

—No creo que nos busquen. Deben tener otra cosa en que pensar. No les hacemos ninguna falta.

—Ninguna... Pero dices eso con melancolía. ¿Es que sientes haber subido?

—¡Dios mío! No; lo que me entristece es la idea de volver a bajar.

—No tenemos prisa ninguna.

—Afortunadamente; pero tarde o temprano, dentro de unas horas, cuando se marche toda esa gente, habrá que dejar todas estas cosas viejas que nos rejuvenecen para volver a las cosas nuevas que tan viejos nos hacen.

—¡Ah sí, es triste! —suspiró el buen anciano. —Sin contar con que en nuestra gran casa nos vamos a ahogar todo el resto de la noche. Aquello debe apestar a cocina, a perfumes, a flores ajadas y a restos de comida. ¡Y qué polvo, qué desorden debe de haber allí!

—Es un suplicio tener que dormir en semejante casa.

—Oye —dijo el viejo, irguiendo el cuerpo y mirando con malicia, —¿quieres que, para acabar nuestra escapatoria, no bajemos y nos acostemos aquí?

—¡Ay, si no es posible! ¿Para qué hacerme entrar en tentación?

—Sí que es posible. En el armario hay dos sábanas y una funda de almohada. El colchón, las mantas y el edredón están en su sitio. Y entre los dos ya recordaremos cómo se hace una cama.

—Si no es más que eso, yo me encargo de hacerla sola.

—¡Ah, viejecita mía! —dijo el anciano, en tono arrullador. —Me parece que tenemos veinte años, que acabamos de casarnos y que nos encontramos los dos en un cuartito de una posada de aldea en una noche de primavera...

—¡Adiós! Creo que estás un poco alegre, Esteban, y que vas a decir tonterías.

—¡Vamos! Da un beso a tu viejo; dale un beso muy apretado y muy franco, como querrías dárselo abajo, cuando tu yerno, tu hija y los criados están vigilándonos para burlarse de nosotros... ¿Qué nos importa aquí ser ridículos? Nadie nos ve. ¡Si nuestras caras han envejecido, el corazón no tiene arrugas!

Y la viejecita, devolviéndole el beso, murmuró con voz dulcemente conmovida:

—Tienes razón, Esteban; el amor es como las rosas: siempre huele bien, aunque esté marchito...

V

AL día siguiente, a eso de las cinco de la tarde, los dos viejos, sentados en el borde de sus sillones de seda nuevos y flamantes y con los pies colgando como si no se atrevieran a ponerlos en la blanda felpa de las alfombras, vieron entrar a su hija Elena en el salón apenas puesto en orden.

—Y bien —dijo la elegante dama, después de los besos de costumbre: —vuestro baile ha tenido un éxito enorme. Todos los periódicos del gran mundo hablan de él y no se cansan de elogiaros. Después de esto, supongo que estaréis convertidos para siempre al mundo elegante.

—Sí, sí —dijo la viejecita, sonriendo maliciosamente a su marido; —nuestro baile ha tenido algo bueno, convengo en ello.

—Mucho bueno —apoyó el viejo con un guiño significativo. —Por nuestra parte, nos hemos divertido anoche lindamente.

—¡Oh sí! Muy lindamente —confirmó la anciana.

—¿Lo veis? —exclamó la joven, un poco sorprendida por aquel entusiasmo. —La cosa no os ha incomodado tanto como creíais.

—Al contrario —dijo Peroux, —nos ha gustado por completo.

—Entonces habrá que dar otro baile el mes que viene.

—¡Oh! El mes que viene es demasiado pronto, hija mía.

—No, no; no es demasiado pronto —dijo valientemente el viejo. —Me siento dispuesto a volver a las andadas para complacer a mi hija.

—¡Vamos! Veo que le habéis tomado el gusto —hizo constar la joven, dirigiendo al uno y al otro miradas de extrañeza por su cara regocijada. —La verdad es que todo ha estado bien.

—Sí, muy bien.

—No ha podido estar mejor.

Después de un corto silencio, el viejo continuó hablando con su hija.

—Tu madre y yo no somos difíciles de contentar; pero tú, que entiendes estas cosas mejor que nosotros, quisiera que me dijeses si realmente no ha faltado nada en nuestra fiesta.

—Absolutamente nada —dijo la joven con convicción; —todo ha estado muy bien. Cuando llegué tuve que corregir en la sala de fumar algunos detalles, pero insignificantes. Ya sabía

(Continúa en la pág. 55)

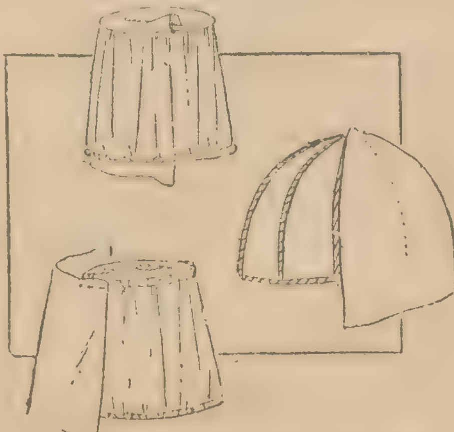
Guía de la mujer práctica

Algo de utilidad doméstica La confección de un abat-jour o de un plafonnier es una de las cosas más entretenidas que puede hallar una mujer que dedica atención y esmero a las cosas de la decoración de su casa. Pero si las formas de adornar y combinar tales menesteres, varían, no sucede lo mismo con la manera de cubrir la armazón. Claro está que pueden adquirirse a gusto en los establecimientos del ramo, donde suelen hallarse las formas más caprichosas y variadas, pero también es cierto que importa cierto placer y satisfacción proveerse por mano propia de este artículo, distrayéndonos en su preparación, para lo cual se tratará únicamente de adquirir la armazón de una forma que agrade.


Pantalla de forma abovedada, cubierta de cretona estampada a manera de pañuelo plegado de forma especial. Cuentas de madera del color del dibujo de la cretona completan el adorno, en las extremidades del pañuelo

Para cubrirlo será necesario en primer término enrollar todos los montantes de la armazón, y la parte de arriba como la de abajo, con un extra-fort blanco, o una tira de tela del mismo color. Será sobre esa tela que envuelve los alambres, donde se coserá la tela de la cubierta. La bóveda se tiende en dos partes iguales, colocando la tela al bies; se utiliza ordinariamente para esto un pongé bastante fuerte. Las costuras se cubren ya sea con un galón, o ya con una tira de tela igual, según el modelo elegido; todo debe estar cosido muy cerrado. La parte de la bóveda no se forra nunca.

Para el largo de la tela en un abat-jour de estilo Imperio se medirá la redondez de la armazón, en su parte baja, añadiéndole un tercio de tela para los frunces, y un centímetro de más para la costura del costado. La altura será la de la armazón más dos centímetros. Si la armazón tiene cuatro ramas, la tela entonces se dobla en cuatro partes. Se hace entonces una muesca sobre un centímetro de profundidad, y cada muesca se adapta a una rama de la armazón, de esta manera los frunces quedarán después repartidos regularmente. No resta más que hacer un doblez para adentro.


Esquema de la confección de un abat-jour

Se toma para el forro el largo exacto de la armazón más un centímetro. En la parte de abajo se hace un dobladillo disimulado.

Consejos y observaciones Los vestiditos de los niños deberían ser siempre pasados por una agua conteniendo alumbre, pues este baño los vuelve incombustible.

— Frecuentemente, se producen eritemas cuando el cutis es expuesto al aire fuerte de la playa o al sol durante los paseos en el campo. Se aconseja en este caso como preventivo, una solución de cloridrato de quinina al dos por ciento, en glicerina, que ofrece la ventaja de hacer muy poco refrangibles los rayos perjudiciales.

Durante el día es conveniente locionar el cutis con vinagre aromático y cubrirlo de noche con cataplasmas de almidón frío rociado con una solución de cloral alcoholizado.

De este modo pueden afrontarse sin temor los peligros que el verano encierra para los cutis más delicados.

— Para volver el calzado verdaderamente impermeable, es muy eficaz lavar la suela con agua bien caliente y después frotarla con aceite de ricino hasta hacer penetrar el aceite en el cuero. Una vez seco, se unta ligeramente con cera o un encáustico; debe también untarse con ésta la costura que une la suela y la capellada, que es por donde más fácilmente penetra el agua.

— Si en un tiempo demasiado largo no se han podido dedicar a las manos los cuidados habituales, pueden prepararse éstas en menos de media hora, procediendo de la manera siguiente:

Se mezcla una parte de jugo de limón fresco en dos partes de glicerina, y con este preparado se untan bien las manos, metiéndolas después en unos guantes viejos, un poco holgados. Al cabo de media hora se habrá visto el excelente resultado.

El arte del planchado Continuamos en este número las instrucciones sobre el arte del planchado iniciadas en una de las publicaciones últimas.

Camisas y combinaciones. — La parte alta de la camisa, los hombros, las aberturas de las mangas y éstas, si la camisa las tuviese, deben plancharse por el revés. Si la camisa es descotada, el redondo se pasa la plancha al bies, a fin de no deformar la redondez; las aberturas de la manga en forma se tratan de la misma manera. En seguida se tiende la camisa a lo largo, sobre la costura izquierda, y se plancha así la mitad de la pieza. Se procede de la misma manera sobre el lado derecho, procurando no tocar nunca la escotadura. Si la camisa tiene el delantero plegado se termina el planchado de la espalda levantando arriba y, después, abajo, el paño de adelante; en seguida, tomando la tela a hilo derecho entre los dedos, se traza al medio del delantero un ancho pliegue plano, y se continúa acostando cada uno de los otros pliegues hacia la costura más próxima. Una vez que estos pliegues han sido formados arriba, se le sostiene con una plancha tibia, después se continúa formándolos abajo, un poco más profundo a partir del talle; y se plancha después todo de un solo golpe.


Se sacuden ligeramente las mangas antes de plancharlas, en la dirección de su longitud

El pantalón. — La forma del pantalón actual facilita singularmente su planchado. Frecuentemente, si se le quita la cinta elástica, el pantalón afecta la forma derecha, sin pliegues ni frunces. La parte alta del pantalón, que sostiene la mano izquierda, se plancha primero al derecho, y después al revés, operando de abajo arriba. Tomando después alguna de las piernas, la una después de la otra, por las extremidades de las costuras, se las tiende y se las plancha cuidadosamente; a continuación se ponen las costuras de las piernas directamente

la una sobre la otra; se ajustan las puntas en forma de darle una línea derecha; se plancha todavía una vez más y se dobla en dos sobre la línea de su longitud.

Planchado de una camisa de hombre. — Se sabe ya que los cuellos y los puños de las camisas de hombre se pasan por almidón crudo, al cual, después de desleído, se añade una pequeña cantidad de bórax (doce gramos por litro de agua). Una vez que después de oreada se toma la prenda para plancharla, se empieza la operación por los paños del cuerpo. Vienen después el cuello y los puños, que se planchan primero por el derecho y después por el revés. Se toma después las mangas por la costura superior y se la sacude ligeramente antes de plancharlas, a lo largo, formando algunos pliegues encima del puño, sobre una parte del antebrazo. Colocando después la camisa sobre la tabla de planchar se separan los delanteros, que se echan a los lados, a fin de plegar tan regularmente como sea posible la tela de la espalda. Se comienza por el cuello, y se le mantiene con una plancha tibia el alto de los pliegues así formados; después, levantando el bajo del delantero, se ajustan aquéllos abajo, y se les plancha, finalmente, en toda su extensión, observando el movimiento clásico de derecha a izquierda.



La camisa se tiende a lo largo, se alinea la tela sobre la costura y se plancha así la mitad de la pieza

Si se desea que la camisa quede flexible, se desliza un moletón sobre la espalda y se procede en seguida simplemente al planchado de los delanteros. Si la pechera ha de quedar lustrosa, el trabajo debe hacerse con una plancha a propósito para dar brillo. Se moja la pechera con una esponja húmeda, pasada sobre un pedazo de jabón blanco; empezando el movimiento por el botón del cuello, y conduciéndolo en ciszás, a lo ancho, y volviendo después de abajo arriba. Una plancha bien caliente sirve mejor para sacar buen brillo. Si la pechera tiene pliegues, se le despega con un cortapapel de hueso o de madera, sin esperar a que se seque.

Una vez que se ha acabado con la pechera, se vuelve la camisa sobre la tabla, se doblan los costados sobre la espalda, después, las mangas retiradas hacia el hombro, se extienden sobre lo largo del cuerpo, dobladas en dos y vueltas hacia el cuello, que deben sobrepasar a la altura del puño. Cuando se han tomado bien estas medidas, se aplana de nuevo la prenda con un rápido y sólido planchazo.

Particularidades sobre el calzado — Es conveniente disponer de más de un par de calzado y no usarlos continuamente hasta que estén bien amoldados al pie. Al quitárselos por la noche conviene también colocarlos en la horma, para que conserven el aspecto de nuevos.

Nunca debe llevarse continuado, dentro de lo posible, el mismo par de zapatos; la humedad forzosa de los pies no tiene tiempo de evaporarse, y así nada se aventaja y aun puede sufrirse de los pies.

Después de haber caminado mucho o de haber corrido, es prudente cambiar los zapatos puestos por otros que estén secos y que sean más livianos, si uno desea permanecer en casa. Es una imprudencia calentarse los pies estando calzado, porque el cuero de los zapatos se resiente con el calor artificial.

No conviene siempre embetunar el calzado; según la calidad y el color, en muchos casos es preferible barnizarlos, después de haberlos cepillado cuidadosamente.

El baile de los dos viejos

(Continuación de la pág. 51)

yo que no os vería al entrar en los salones, pues era de suponer que tantos preparativos os habrían retardado y estaríais vistiéndoos. Me disponía a ir a buscar a mamá a sus habitaciones, cuando llegaron los primeros invitados. Os excusé como pude, y llegó tanta gente en seguida, que tuve que quedarme para atender a todo el mundo. Preludió la orquesta, me rodearon treinta aspirantes solicitando que les concediera un baile, y en cuanto empecé a bailar, ya no lo dejé. Aquello fué un vértigo, un torbellino, hasta el alba. Mi marido no pudo separarse ni un momento de la sala de juego. Cuando, ya muy cansados, quisimos retirarnos, ya os habíais metido, sin duda, en vuestro cuarto. Os vi muy poco, pero lo bastante, sin embargo, para juzgar que el sastre de mi marido había transformado a papá y que mi modista había rejuvenecido a mamaíta lo menos en treinta años...

La joven se calló, ligeramente descontenta al ver los guiños que los viejos se dirigían.

—Pero, ¿qué os pasa? —preguntó. —¿Qué veis en mí tan ridículo que os hace reír? ¿Os burláis de mí porque os felicito?

—¡Vaya! No te sulfures tan pronto —dijo en tono conciliador su madre. —Agradecemos mucho, por el contrario, los cumplimientos que nos dices. Nos reímos porque no creemos haberlos merecido.

—¡Oh sí! —respondió Elena. —No hago más que repetir lo que todo el mundo decía a mi alrededor: "¡Qué bien lleva el frac su papá de usted, y qué aire tan serio y tan inteligente tiene!... ¡Y su mamá está guapísima todavía con su delicioso vestido verde claro!"

—Es lo más gracioso del mundo —exclamó la anciana, que no cabía en sí de júbilo.

—¡Eso sí que tiene gracia! —dijo el viejo Peroux, dándose golpes en las piernas.

—Pero, ¿qué os sucede? —preguntó Elena, que empezaba a impacientarse. —¡Qué extraños estáis los dos!

—Tú sí que estás graciosa —dijeron ambos a un tiempo.

Y el viejo continuó:

—¿Conque te pareció que el frac me estaba bien?...

—Sí; perfectamente bien.

—¿Y que el vestido verde claro de tu madre...?

—Le estaba a las mil maravillas.

—Eso sí que es gordo, ¿eh, vieja?

—Es el colmo, Esteban.

Y tantos esfuerzos hacían para estar serios, que la hija acabó por enojarse.

—Me estáis ya fastidiando —dijo. —Si es para burlaros de mí para lo que me hacéis contaros lo que ya sabéis...

—No sabemos ni jota —confesó, imperturbablemente el bueno de Peroux.

—¿Iréis a sostenerme que no sabéis lo que ha pasado en vuestro baile?

—Lo ignoramos por completo.

—¿Cómo es eso? ¿Por qué?

—¿Por qué?... ¡Porque no estuvimos en él!...

Y, ante la cara asombrada de su hija, los dos viejos no pudieron contenerse, y con el pañuelo en la boca, prorrumpieron juntos en una ruidosa carcajada.

El traje nupcial

(Continuación de la pág. 34)

juro, y tengo que llevarlo todo. Ayúdame a llevar esta carga, Julieta mía..., por favor...

Yo me inclino de nuevo. Levanto la cola haciendo un gran esfuerzo; Elena se pone en camino y yo la sigo paso a paso. Andamos despacio y con poca seguridad, es cierto, pero pronto nos acostumbramos y seguimos bien.

Y fué así cómo ayudé yo a mi prima Elena a llevar su pesada carga en los primeros pasos de su camino hacia el calvario.

La obra de Pablo Curatella Manes

(Continuación de la pág. 38)

pura. A la luz de este ejemplo muchas bellezas falsas se desvanecen y nuestros ojos se encuentran preparados para el deleite plástico.

PODEMOS ahora echar un vistazo a las obras de Pablo Curatella Manes, este valiente escultor que ha osado renunciar a los efectos fáciles, a los éxitos mundanos, y que se ha resuelto a abordar el problema escultórico en toda su pureza. En vez de dejarse embriagar por el "coup de pouce" falsamente hábil de los malos obreros, que torturan las formas humanas a fin de darles una pobre apariencia de vida efímera, Curatella Manes se ha planteado el problema escultórico en toda su amplitud, y, haciéndose fuerte en la comprensión de las obras de los maestros insuperables de Atenas, de Roma, y de la Francia de los siglos XII y XIII, se ha atrevido a transcribir la belleza humana, muelle, acariciadora, volátil, en formas escultóricas, sobrias, macizas y duraderas. Los ojos habituados a las vibraciones impresionistas de la escultura de ayer (que perdía de vista sus orígenes arquitectónicos para complacerse en el dominio de lo evanescente reservado a cierta pintura y cierta música) no dejarán de sufrir un choque ante los ángulos absolutos, las curvas netas, los planos separados de las obras de Curatella Manes. Pero la pronta comprensión de las bellezas de esta escultura sólo les será posible si tienen el coraje de adoptar esa actitud desinteresada que yo preconizaba al comienzo de este artículo, si olvidan momentáneamente el objeto terrestre que ha servido de pretexto a la obra de arte para sólo gozar del resultado. La palabra monumental es la que conviene mejor para calificar las producciones de Curatella Manes. Cada una de sus estatuas, cualesquiera sean sus dimensiones, está concebida según el ritmo geométrico propio de las creaciones arquitectónicas. Ella realiza, pues, en sí misma una especie de pequeño monumento, así como hemos visto que el monumento gótico se reflejaba en las estatuas de sus portales.

A falta de un ejemplo palpable, una reproducción de obra antigua, sacada de un libro de historia del arte, pondrá a la vista del aficionado indeciso las mismas curvas, opuestas a ángulos francos, los mismos atrevidos contrastes entre moldes simples y flores complicadas, los mismos juegos armoniosos de dimensiones. Si este aficionado ideal, ávido de hacerse una nueva educación, quiere adoptar ante la obra moderna la actitud que el artista moderno adopta cada día ante las obras del pasado, contribuirá él también, en la medida de sus fuerzas, a renovar esta cadena que une nuestra época tumultuosa a las épocas pasadas, más meditativas, más atentas a las leyes de la materia, al juego de los números y más ingenuamente dispuestas a las espontáneas efusiones del espíritu. Dejémosle maravillarse, por añadidura, de que esas obras que él comprende, por fin, desde el punto de vista plástico, hayan sido creadas a propósito de tal o cual objeto material: mujer sentada, cabeza de hombre, o desnudo. El placer, en el arte, no debe tener límites; debe tener una marcha progresiva: empezar por ser de orden plástico y geométrico para, poco a poco, orientarse hacia lo humano, lo cotidiano. Será ocioso seguir un camino contrario, pues sólo se puede saltar apoyándose en trampolines probados por el tiempo. Y no hay mejor trampolín para el espíritu que las obras que, como las de Pablo Curatella Manes, han salido directamente de la madre de las artes plásticas: he nombrado a la divina Arquitectura.

Para la gente menuda

Por LA ABUELITA

SOLILOQUIO DE UNA MUÑECA

ESTOY de mal humor, y no sé si con motivo o sin él. Mi amita es muy buena para mí, extraordinariamente buena. Pero hace muchas cosas que no me parecen bien y que hasta me molestan.

Ya sé que todo lo que hace mi amita o mi *mamita*, como ella quiere que la llame, es por puro cariño hacia mí, porque, eso sí, me da una de besos y me hace una de mimos, que ni un solo momento puedo dudar de su afecto. Lo primero que hace es acostarme con ella. Si tiene frío y yo estoy tan calentita, me produce un efecto tan desafradable que hasta me parece voy a enfermarme. Figúrense ustedes que cuando me sacaron del bazar y me trajeron con esta niña, me sujetó con una faja muy oprimida unas mantillas y apenas podía respirar.

Indudablemente, debe haber otras maneras de vestir que sean mejores y la dejen a una mover las piernas y el cuerpo con más comodidad Al fin me sacó ese suplicio y me puso unos vestiditos cortos, con los que estaba muy bien. Pero no me los quitaba al acostarme, por no molestarme, decía mi mamita. ¡No le daba lástima dejarme dormir incómoda con los vestidos y los zapatos puestos! ¡Qué mal entienden las cosas algunas mamás!

A mí me hubiera gustado que me metiesen en un baño bastante a menudo. ¡Qué rica es el agua! ¡Cómo me gusta manotear y jugar con ella en el verano, que es cuando únicamente dejaba mi mamá que me bañasen! Después decía que hacía frío y me pasaba meses y meses sin que el agua llegase a mi cuerpo. Sólo me lavaba la cara con agua caliente, lo cual me puso muy pálida. ¡Claro! Yo he oído decir siempre que lavarse con agua fresca y bañarse todos los días es cosa muy saludable.

También me tienen bastante mal de humor y de salud las horas de sacarme a la calle. Cuando vienen visitas a casa me gusta escuchar la conversación desde la sillita dorada donde estoy siempre sentada en la sala.

Muchas visitas vienen a ver a los papás de mi ama; hablan de los niños, y las mamás son partidarias de pasearlos en las horas de sol, en invierno, y luego a casita, para no tomar frío ni humedad. A mí me parece esto muy razonable.

¡Es tan bonito el sol! Pues no, señor; a mí me envían a la calle a toda hora y paso mucho frío. Ademas, me pongo pálida y ojerosa. No, no estoy como otras a las que su mamá solamente llevan a horas convenientes.

Aun hay más: con un cariño que no entiendo, me ponen trajes muy elegantes; seda, terciopelo, encajes, cintas, nada me falta, nada más que la libertad para jugar libremente y moverme como quiero.

"¡Ay, que se va a manchar! ¡Que se estropea el traje! ¡Que se arrugan las puntillas! ¡Estate quietita, no te vayas a ensuciar!" ¡Válgame Dios! ¡Cómo envidio a las que visten un delantalcito y comen y brincan a su antojo!

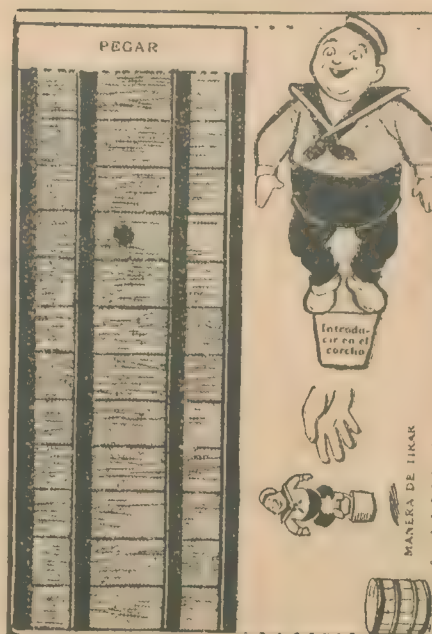
Ya ven ustedes las quejas que tengo de mi *mamita*. He oído decir, desde mi sillita, que las niñas hacen con sus muñecas lo mismo que con ellas hicieron las madres.

¡Pobre amita mía! ¡Qué mal lo habrá pasado de pequeñita, si esto es verdad!

Bien decía un señor médico el otro día, que *no todas las mamás saben serlo.*

SECCIÓN RECREATIVA

TED EL MARINERO



Armar sobre cartulina al barrilito pegándolo como si fuera un cilindro

SECCIÓN RECREATIVA

EL PAYASO



Recortando los fragmentos negros, trátese de pegarlos sobre un papel de manera que constituyan la cabeza de un payaso. ¿Quién lo hará más ligero?

ROMPECABEZAS



Separar con la tijera cada uno de los fragmentos del grabado y ordenarlos sobre un papel, de manera que represente un bonito cuadro.

SU ESTOMAGO NECESITA UN TONICO

Si Tiene Ud. los Síntomas Que Describe Este Residente de Matanzas

No hay un tónico para el estómago que no sea también un tónico para cualquier otra parte del cuerpo, pero en casos de indigestión nerviosa, por ejemplo, un tónico general actúa sobre la digestión porque regenera la sangre y fortifica los nervios. La sangre y los nervios ejercen control sobre la digestión, y estando ellos en buenas condiciones el estómago puede entonces ejercer sus funciones normalmente.

Cuando la sangre está empobrecida y los nervios exhaustos, la digestión se hace a veces difícil y la sigue una serie de síntomas molestos. He aquí un caso como prueba:

"Me encontraba enteramente mal del estómago, con mucha palpitación del corazón," escribe el activo comisionista Sr. Celestino Rodríguez Ibáñez, calle 24 de Febrero No. 92, Matanzas, Cuba. "Mi enfermedad, según me dijo mi médico, era debido a la falta de glóbulos rojos en la sangre. Seguí varios tratamientos para enriquecer la sangre, pero sin resultado práctico.

"Un amigo mío, al ver mi intranquilidad, me recomendó las Píldoras Rosadas del Dr. Williams, las que empecé a tomar en seguida. Cual sería mi sorpresa al notar a los pocos días que mi estómago ya digería mejor, ya podía comer más a gusto y el corazón funcionaba con más regularidad. Solamente llegué a usar cuatro frascos de dichas píldoras, quedando fuerte y sano, no habiendo vuelto a sufrir ninguno de los molestos síntomas.

Escriba a The Dr. Williams Medicine Co., Schenectady, New York, solicitando el librito titulado "La Dieta," el cual se le enviará libre de todo gasto.

El oxígeno quita la tez mala

Úsase ahora el oxígeno para mejorar la tez. Su conocida y extraordinaria potencia destructiva de toda materia gastada, sin perjudicar los tejidos sanos, lo hace indicadísimo para tal fin. Los malos cutis prodúcelos solamente la acumulación de materia muerta sobre el exterior de la tez, ocasionando en el rostro palidez, manchas y sequedad de la piel. Las mujeres previsoras eliminan ahora estas imperfecciones obteniendo en la farmacia cera mercolizada y aplicándola al cutis como cold-cream. Esta cera contiene oxígeno que ataca y extirpa la materia gastada. Su uso es agradable y nunca puede ocasionar daño. El cutis sonrosado y sano, que permanecía cubierto, inmediatamente lucirá libre. Tan sencillo procedimiento asegura la belleza de la cara, haciéndola aparecer mucho más joven y hermosa.

Tomar un corcho, abrirle una hendidura e introducir en ella la base de Ted, armado también sobre cartón blando.

Puesto el barril sobre la mesa, los jugadores tiran a Ted. Si lo entran, el tanto vale 10, pero si solamente tocan el borde del barrilito, no vale más que 5.

El niño que logra 50 puntos es el ganador.

¿DÓNDE ESTÁ?



Polito es un buen jinete, sin embargo, le ha ocurrido un percance. No solamente en su paseo de hoy "compró terreno", sino que ha perdido su cabalgadura. Es fácil descubrirla entre las líneas del grabado, aunque Polito no la vea.

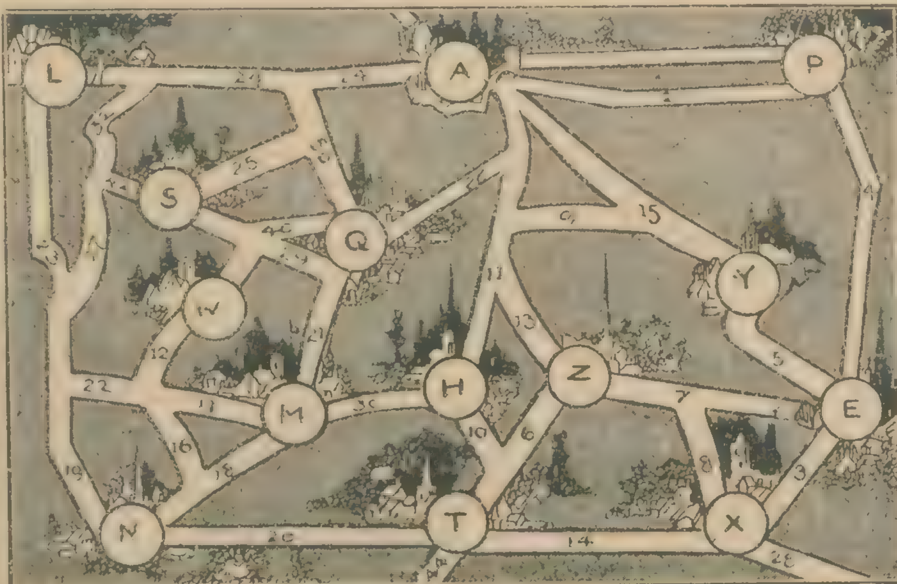
EL VIEJO PIRATA



Había recorrido todos los mares y estaba cubierto de heridas. Llevaba siempre el pirata consigo un extraño pájaro, capturado a un capitán de marina mercante.

¿Dónde está el ave?

EL VIAJERO CAPRICHOSO

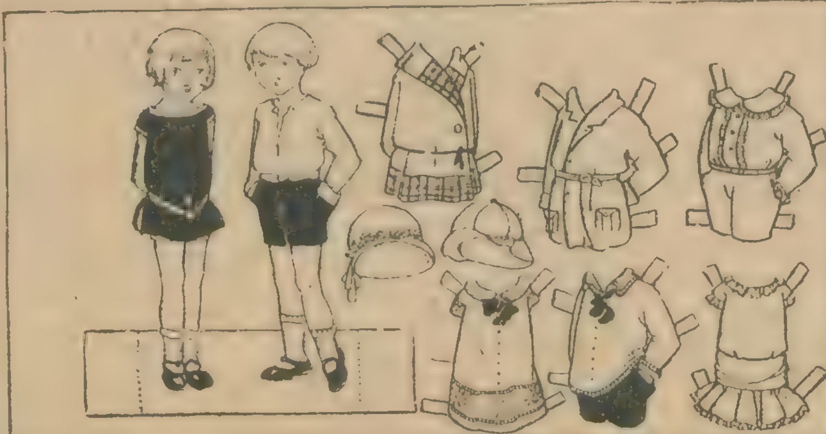


Cierto señor que vive en la ciudad de P, desea visitar todas las otras ciudades, designadas con una letra; pero quiere volver a su casa en estas condiciones: hacer una sola visita a cada ciudad y no pasar nunca por el mismo camino hasta llegar a su casa. ¿Cómo se arreglará? (Los números indican caminos.)

Solución: P — 4 — E — 5 — Y — 15 — 9 — 11 — 13 — Z — 7 — 8 — X — 14 — T — 6 — 10 — H — 30 — M — 21 — Q — 40 — W — 12 — 16 — N — 19 — 23 — L — 32 — 42 — S — 25 — 50 — 24 — A — 2 — P.

NUESTRO JUGUETE SEMANAL

LOS MELLIZOS



Beba y Totó son hermanitos gemelos. Su mamá les ha ordenado vestirse para salir de paseo. No saben por dónde empezar, por lo cual piden ayuda a los amiguitos de EL HOGAR.

Ha de procederse a armar las piezas sobre cartulina, doblando las aletas de las prendas para sujetarlas al cuerpo de Beba y de Totó. Conviene también darles un bonito colorido.

¡Marea alta!...

(Continuación de la pág. 44)

duciría a su casa. Y el corazón entristecido e inquieto de Tonio, lleno de consoladora esperanza, voló por los espacios, mientras caía suplicante sobre la roca, levantando las manos y aconsejando:

—¡Reza mucho a Nuestro Señor, Pepa!

La niña se arrodilló como él se había arrodillado; cruzó sus manitas, miró a las estrellas con los ojos llenos de lágrimas. No sabía razar aún; pero sus labios delicados imitaban ansiosamente las palabras fervorosas que su hermano decía en alta voz: "Padre nuestro, que estás en los cielos..."

El mar no se apiadaba. Sus bramidos eran violentos y coléricos. De ola en ola las aguas subían más. A cada momento sus cuerpos eran salpicados de espuma, y las pobres camisitas de hilo grueso estaban ya caladas. Pepa, desde un lamento tímido y receloso, fué subiendo hasta un llanto sentido. Lloraba mucho, a grito; pero la voluntad enérgica de Tonio aun procuraba sostenerla contra esta flaqueza. Sin una lágrima, sin una arruga de pavor en el rostro y con voz clara, animóla:

—Cállate, Pepa, no llores. Padre está ahí —señalando el vasto océano,— y vendrá a buscarnos para que nos vayamos todos con nuestra madre.

¿Creería Tonio en este providencial socorro? La furia del mar aumentaba por momentos; las olas le amenazaban más de cerca; él continuaba con su hermanita estrechada contra su cuerpo valeroso. Ambos esperaban, con los cabellos mojados y las camisas pegadas a la piel, que viniese de la infinita bondad del cielo el socorro que los restituyera a los brazos de su madre. ¡Del misterio insondable de la noche es de donde vendría la voz salvadora, ya fuese que la voluntad de Dios ablandase la inclemencia del mar, ya que se manifestase la fuerza amorosa de su padre, cuya sombra tantas veces conocieron vagando sobre las rocas y sobre las aguas!...

¿Y su madre? ¿Y aquella buena alma consoladora que los estrechaba contra su seno en las crisis de las enfermedades? Pepa se entregaba a la protección de Tonio; éste, con ánimo varonil, veía surgir algo, o del cielo omnipotente, o del mar misterioso, o de la tierra siempre querida.

De la tierra querida les llegó realmente el primer sonido de una voz confortadora y cariñosa, cuando estaban en la mayor desesperación.

—¡Tonio!... ¡Pepa!... —decía un grito salido del horrendo seno de la noche. Había en ese grito más desesperación y más lágrimas que furia en el bramido del mar y gotas de agua en sus abismos insondables. Era la voz de la madre que buscaba a sus hijos en la playa, y que entre angustias se los pedía a la inmensa obscuridad. Aquel sonido cariñoso y desesperado llegó a los oídos de las aterradas criaturas cuando sus piececitos se sumergían ya en el agua, que al retroceder una vez más, parecía arrepentida de su propia crueldad.

—¡Madre!... ¡Madre!... —clamaron, transidos de miedo, con el último vislumbre de esperanza puesto en la voz imprecativa y cariñosa que había atravesado el horrendo hablar de las olas. ¿Los oiría la desventurada? Parece que sí, guiada seguramente por el corazón, porque en un fugaz momento de calma llamó más fuerte todavía:

—¿Dónde estáis, hijos míos?...

Ellos respondieron con desfallecido llanto, pero vehementes con la energía de la desesperación:

—¡Aquí, madre!...

Sin duda, aquellos ojos de amor adivinaron el lugar y el peligro, que era inminente. Dirigióse hacia los hijos, como una loba, como una leona, enérgica, impetuosa, inconsiderada, guiándose únicamente por el instinto, que venía del fondo de sus entrañas. De la roca en que sus hijos se encontraban unidos en un supremo abrazo, separábala el mar, que se mecía dolientemente, creciendo a cada nueva ola, amenazándola con dientes y garras sañudas de tigre. En la limpidez del cielo estrellado veía

los dos cuerpecitos muy juntos, fortaleciéndose cada uno en la flaqueza del otro.

La madre, impulsada por la energía de su amorosa locura, entró resueltamente en el agua, animando a las criaturas con palabra clara, dándoles valor con el denodado ejemplo.

—¡Esperad, esperad! ¡No os tiréis todavía, hijos míos!

Suponía que aun tendría tiempo de aproximarse a la roca y recibirlos en sus brazos para huir con ellos al humilde tugurio. La frialdad del agua no disminuía el calor de su sangre hirviente; el ímpetu de las olas no quebrantaba la fuerza de sus músculos; el terror del abismo no la cansaba.

Avanzaba con prudencia, sumergido ya el cuerpo hasta los hombros, los brazos levantados para animar a los hijos con su proximidad. Hacía todos los esfuerzos del valor moral, para que creyesen en la eficacia de aquel auxilio. Las criaturitas, silenciosas, con el terror vago en los ojos, percibían el lento llegar de aquella débil mujer, sublimada por un valor indómito. Pero la valentía del mar aumentaba a cada instante. Cuando la madre sintió que iba a hundirse, se tiró en un arranque sublime contra las encrespadas olas. Los hijos, por instinto, la imitaron en seguida, para ser recogidos en aquellos brazos de caricias. Estrecháronse fuertemente, uniéronse en un supremo esfuerzo; pero la furia implacable del mar los separó en seguida. Los cuerpos flotaron hasta que una ola soberbia y altanera los cubrió, envolviéndolos en un sudario de espuma, llevándoselos al negro abismo, donde iban a encontrar la sombra querida del padre, que vagaba por allí.

Pedro J. Naón

(*Continuación de la pág. 6*)

Es lógico que estos versos suenen a la vieja poesía modernista que nos aburre desde hace veinte años. Música. Nada. Es decir, poesía... Pero estos versos de Naón, por lo menos, tienen la frescura de lo espontáneo y, sobre todo, poseen la fuerza de un documento histórico. Sin embargo, los historiadores de nuestra literatura, entre ellos Rojas, no citan a Naón.

Véase estos versos: "Aguafuerte", que Naón dedicó a Julio Herrera y Reissig cuando el poeta uruguayo lo visitó en su casa patriarcal del Caballito y en la que Herrera cantó más de una vez al son de su guitarra:

El mar, que sacude,
sus olas; que vuelca
su cándida espuma;
que cava las peñas;

Que tiembla, que ruge, que canta, que gime,
que abisma la playa, que corta la niebla;

El mar, que solloza
sus hondas querellas;
que en mágicos prismas
fulgura y se quiebra;

Que forma colinas, que forma montañas,
que baja, que hierve, que sube, que rueda;

El mar que se encorva
que vibra, que atruena;
y oculta la tromba
que se alza y revienta:
no tiene más fondo,
no tiene más fuerza,

No tiene más himnos ni más tempestades
que mi alma, que canta, que llora y que tiembla.

Como veis, un poeta. Un poeta sobre cuya tumba un grupo de jóvenes de cabellos blancos colocará a medianoche, para el aniversario de su muerte, una placa votiva que ha sido encomendada al escultor Vercelli.

pueblo, sustentadas por López, fueron cayendo de traspié en traspié, los hombres marchaban a las filas guerreras tan sólo alentados por la vaga esperanza de volver con vida, victoriosos o vencidos; pues, bajo la voluntad dominadora de López se cuajaba el destino...

La inseguridad de los hogares que iban quedando sin amparo alguno, hacía que se tomaran precauciones extremas para el caso de una invasión del enemigo, y por ello, aprovechando las sombras de la noche y los sitios más ocultos, cada guerrero confiaba al suelo el áureo brillo de sus onzas o sus libras, harto abundantes en aquellos tiempos...

Las tradiciones se refieren también a los entierros de los tesoros nacionales en los últimos días del poderío de López. Y, sin duda, exagerando lo real, la fantasía popular crea a ellos todo un ornamento de magia y de tragedia.

Naturalmente, fué siempre tentador y grato el tema de los tesoros ocultos; y la imaginación, antojadiza, fué poniendo poco a poco sobre él la enmarañada diadema del misterio, el hiperbólico tejido de la superstición.

Y tales comentarios, eternamente renovados, hacen que los hombres sueñen con el espléndido cofre y lo campeen incansables, mientras sus compañeras trabajan incesantes en una labor anónima y heroica.

Se diría que el desaliento que dejaron en sus antepasados las cruentas derrotas de hace medio siglo, germinara en sus nervios como un virus inextirpable de renunciamiento y de cansancio. Sólo de vez en vez se opera en ellos una leve reacción que los impulsa a arremeter contra todo lo constituído, acaso movidos por la vaga esperanza de reconquistar lo que es irreconquistable porque ya no existe sino en el remoto plano de lo que es tiempo ido. Y entonces el empuje bravío que sacudió a sus abuelos parece venir desde lejos estremeciendo las vértebras de todos los muertos heroicos, para soplar en la sangre de sus hijos de hoy el cálido aliento de la rebelión y del coraje; y lo mismo arremeterían contra un gobierno con-

La obsesión del tesoro

(Continuación de la pág. 9)

ceptuado malo, como contra la primera montaña que les cerrara el paso.

Es algo como el pasado dormido o muerto, que, de cuando en cuando, yergue la cabeza y exhala un soplo de batalla que agita las almas.

Pero, prosigamos la narración suspendida antes de este largo paréntesis, precisamente en momentos en que el temor supersticioso perturba las almas de los obcecados buscadores de tesoros.

III

Entre los recelos de José y las decisiones de Iponá, los tres aventureros, como un pequeño grupo de nómades, habían llegado a la falda misma de la montaña, en uno de cuyos picachos, según las señas dadas por el abuelo del joven enamorado, existía el tesoro de la celosa rival de Madame Lynch.

Al pie de la montaña corrían, caudalosas, las aguas de uno de los arroyos de mayor longitud de todo el territorio paraguayo.

Al contemplar la barranca que debían escalar agazapándose en los desprendimientos de piedras que cubrían toda su faz imponente, la impresión de encontrarse allá arriba a merced de las sombras de la noche y de la voluntad de las ánimas, hizo que el miedo pasara como un soplo frío y ligero por aquellos corazones que en vano querían esforzarse en el valor.

Ramón espació su mirada sobre el camino andado, con una extraña fijeza, acaso con toda la ingrata duda de poder cruzarlo de nuevo.

José miró a Iponá en una honda rogativa, donde dejaba toda su alma en ondas de amor y de miedo.

La muchacha sonrió emocionada, a pesar suyo.

— Habrá que esperar la noche; todavía quedan dos horas de sol — dijo.

Los hombres asintieron, y para sentarse buscaron un tronco entre los árboles que había allí, quebrados y secos...

Todo el ramaje del bosque, la techumbre enmarañada de los jazmineros y de las multiformes enredaderas florecidas y fragantes, la selva toda parecía hervir en burbujas de oro cálido al ser flechada por los cien mil rayos del sol grande y espléndido, que, como una gran pústula de fuego, iba a hundirse en el confín del arroyo.

¿Qué mejor oro que aquel que caía en lluvia magnífica sobre toda la selva?

Sea por los efectos del cansancio o por la común impresión que había conseguido dominarles, el caso es que los tres viajeros, en contra del hábito de los aborígenes que derrochan siempre el torturante guaraní, permanecían silenciosos: se habría dicho irresolutos en la última etapa de la sugestiva empresa, cuya tentación había podido prenderse tan fuerte en sus almas.

Y las cosas mismas parecían recogerse en idéntico silencio, ante la paulatina llegada de la sombra.

Se oyó el grito lejano de alguno que arreaba animales. La algarabía de los pájaros fué acallándose. Algunas vacas chúcaras, de crecidas astas, bajaron, confiadas, a sumir sus bocas sedientas en el abrevadero cercano, para irse retirando luego, satisfechas, con las patas llenas de barro y rumiando el exceso del último trago.

Todo tenía una naturalidad absoluta y así lo veían los tres aventureros; mas no obstante, existía el sobresalto por aquel interrogante que iba abriendo la noche en su gran pincelada de sombra y de misterio.

Y cuando el vivo color de los objetos fué borrándose, cuando todo el bosque fué adquiriendo un mismo tono, impreciso, turbio, impenetrable a las ávidas pupilas del hombre, Ramón fijó los ojos hundidos en la lívida faz de José, y en una sola palabra le comunicó todas las cavilaciones de sus inquietos pensamientos.

— Abá-payé—dijo sentenciosamente.

— Abá-payé — respondió el joven, como si hubiera estado esperando el nombre del brujo.

— Mocoí Yasy omanó (1).

La frase sentencial del indio mago, lanzada sobre Ramón en circunstancias en que éste le negaba los datos del tesoro oculto, venía en ese instante a exacerbar la sugestión de aquel hombre que, sin embargo, quería ser valiente.

Iponá no quiso esperar más; sólo ella no había hablado con el fatal Abá-payé; sólo ella se animaba ante el signo de asentimiento de su virgen buena.

— Yahá (2)—dijo, poniéndose de pie.

Los dos hombres se miraron. La muchacha cargó su envoltorio, alcanzó la pala a su hermano, y comenzó la ascensión de la barranca.

Ramón y José la siguieron, batallando sus corazones entre una sensación mezcla de miedo y de coraje.

¡"Omanó"! La palabra resonaba en los oídos de Ramón como un fúnebre anuncio.

José miraba las recias formas de su novia.

"Iponá, Iponá, tu nombre lo dice", pensaba. Y se sentía temblar por ella.

Mientras tanto las sombras lo habían cuajado todo, como si acabara de cerrarse la perezosa pupila del espacio.

IV

La luna alta y llena favorecía el trabajo.

Era aquella una noche incomparable. Un polvillo de plata, lechoso, reluciente, parecía emanar de la copa de los árboles más altos.

En medio de la quietud solemne, extraños murmullos, sugestivos estremecimientos conmovían todo el bosque. Se diría que bajo los ópalos de los rayos lunares la selva toda respiraba como un vientre enorme.

— ¿Nada? — interrogó José con una ansiedad indescriptible.

— Nada — respondió Ramón, deteniendo el nervioso juego de la pala.

Un ruido de las ramas los hizo estremecer.

(1) Dentro de dos lunas seré muerto.
(2) Vamos.

Esperaron, sin moverse, sin respirar.

Y después de unos minutos percibieron entre el follaje los dos ojos relucientes de un curioso felino que huyó con estrépito al primer movimiento de José.

Sobre la barranca, a unos cuantos metros de ellos, latiéndole el corazón violentamente, Iponá esperaba al mensajero de ultratumba. A su espalda, muy abajo, se veía la plateada franja del arroyo. Pensaba ella en su virgen y trataba de animarse recordando el propicio signo de la benévola deidad.

Ramón salió del hoyo, ya bastante profundo, encendió un fósforo y alumbró el tronco del árbol más cercano, cuya corteza estriada, presentaba una señal indescifrable.

—Aquí—reafirmó. Y miró alrededor suyo, receloso.

José saltó dentro de la fosa y se puso a cavar con una actividad casi febril, cual si quisiera llegar pronto al fin, antes que la ronda de lo fatal o de la muerte alcanzara a Iponá, a quien veía erguida, inmóvil, como una hierática estatua del desierto y de la noche.

Y media hora después el filo de la herramienta arrancaba el sonoro sonido a la caja buscada.

Una sensación de alegría se hizo paso en las atribulaciones de ambos hombres. Los ojos chispearon, codiciantes, y las manos temblaron, semicrispadas ante la certeza del oro.

Sólo en Iponá hizo crisis la angustia ante la certeza también de ver llegar lo desconocido.

Mas bien pronto los hombres quedaron atónitos: el clásico ruido de las armas de un jinete se oyó allá abajo, como si viniera cruzando el arroyo por el abrevadero cercano.

Un sudor frío empañó el rostro de ambos.

—Un caballería (1)—balbuceó penosamente Ramón.

—Pora—respondió José mirando a Iponá con una angustia inenarrable.

Con asombrosa maestría, con increíble velocidad, hizo el jinete que su caballo escalara la montaña.

En la sugestión de los hombres, las cosas se amplificaban hasta lo inverosímil.

La muchacha esperaba con el pánico retratado en el rostro, mas el jinete no fué hacia ella, se dirigió a los hombres, y señalando a Ramón, dijo la frase que a ellos se les antojó fulminante:

—¡Omanó!...

Ramón dió un grito que resonó en el arpa tensa y sonora de la noche, y se lanzó pendiente abajo, como enloquecido.

El fantasma se acercó a Iponá, la miró al rostro, rió sarcásticamente, y señalando a José le ordenó con firmeza:

—Es linda..., pues mátala...

A la magnífica luz de la luna pudieron verse los ojos del joven desorbitados de espanto.

Como un autómata, obedeciendo al extraño poderío del fantasma, se dirigió hacia ella con el puñal desenvainado.

Iponá, de pie, abrió la abrochadura de su bata, presentó el pecho desnudo a la mano homicida de su amado, cerró los ojos, y esperó.

—¡Oh, no puedo, Iponá mía; no puedo!—gimió dolorosamente José. Y sintió que sus piernas se doblaban, pero pudo dar un paso más y su cuerpo, exánime, se despeñó en la trágica barranca.

Iponá dió un grito agudo, penetrante, cuyo eco volvieron las aguas y la selva, la noche toda... Grito que, acaso, asombró al propio fantasma... Y tendiendo los brazos frescos y bellos, se lanzó a la muerte tras el cuerpo del elegido de su corazón.

El aparecido, sin inmutarse, desenterró el cajón repleto de oro y fué a cargarlo sobre el caballo, que esperaba piafante. Mas, volvió sobre sus pasos, poseído de un extraño temor. Hizo saltar la tapa con la pala, extrajo algunas monedas, las arrojó a la fosa descubierta y sólo entonces, tranquilo, se llevó el hallazgo.

Bajo su grotesco disfraz de guerrero caduco, la fatídica boca del viejo indio Abá-payé reía diabólicamente ante aquel espléndido producto del engaño y del crimen.

(1) Jinete.

Una araña que caza peces

En Sud África existe una araña, perteneciente a la familia de las "thalassius spenceri", que tiene la costumbre de alimentarse de pececillos, lo que ha llamado mucho la atención de los naturalistas, que han efectuado con ella interesantes experiencias. Después de un detenido examen del método de vida de esta especie de arañas, se ha podido comprobar que para apoderarse de un pez el insecto se ingenia de la siguiente manera:

Como es de tamaño algo reducido, pero, en cambio, tiene patas muy largas, la araña se sujeta con dos de dichas patas, en las cuales tiene una fuerza excepcional, a una piedra u otro objeto fijo, y deja flotar las otras seis extremidades en el agua, pero de manera que es imposible advertir su existencia en el líquido. Como el insecto permanece fijo, los peces pasan muy cerca, sin temor, pero tan pronto como uno de ellos se acerca a las patas que a modo de tentáculos flotan sobre el agua, la araña lo aprisiona y lo saca del agua, comiéndoselo lentamente.

El hecho de que existen arañas que se atreven a veces a buscar sus víctimas entre animales de tamaño muy superior es conocido, pues de ello hay innumerables ejemplos, como ser nuestra "araña pollito" y muchas otras semejantes.

Las intendentas

Los anglosajones están mucho más adelantados que nosotros en lo que se refiere a los derechos políticos de la mujer y a la devolución de las funciones públicas, que por la ley sálica, aun de rigor entre nosotros, le habían sido confiscados por considerársela de menor capacidad intelectual que los miembros del sexo feo. Sin embargo, creemos que no tardará en producirse también entre nosotros este cambio en la apreciación de la capacidad de la mujer, aunque, fuerza es decirlo, es muy probable que aun transcurran años antes que veamos también entre nosotros a alguna intendenta municipal gozar del prestigio y respeto de que son objetos en Europa, y, en especial, en la Gran Bretaña. Según los numerosos ejemplos de intendentas municipales se ha llegado a la conclusión que todas ellas dan la mayor importancia al desarrollo y fomento de la instrucción pública, y es, quizá, por ello, que pronto cuenta con mucha simpatía entre los habitantes del municipio confiado a su administración. Pero también se ha comprobado que todas ellas se empeñan en combatir asiduamente el alcoholismo, y es natural que en este sentido no pueden contar con la benevolencia de toda la población. Sin embargo, es indudable que en los casos en que, hasta la fecha, se ha confiado una intendencia a una mujer, la administración de ésta ha demostrado ser muy superior a la de muchos hombres en el mismo puesto.

Sastrería de Lujo

Grandes Rebajas de Precios

en nuestros trajes modelos "Listos para Vestir"



Todos nuestros trajes modelos están finamente cofeccionados con casimires ingleses de la mejor calidad, y llevan forros y entretelas de lana.

El corte irreprochable y la esmerada terminación que Vd. observará en ellos, le convencerán de que, por muy poco dinero, puede Vd. vestir impecablemente, como el más elegante de los elegantes porteños. Visítenos.

TRAJE DE SACO CRUZADO en finísimo casimir inglés, gustos variados, corte de rigurosa moda; ejecutado por nuestros eximios cortadores.

$ 80

TRAJE de saco derecho, a un botón, en casimir importado, gustos variados, ejecutado por nuestros eximios cortadores.

$ 65

TRAJE DE SACO DERECHO, un botón, pantalón y chaleco a la americana. Modelo listo para vestir, en excelente casimir importado.

$ 70

TRAJE de saco cruzado a seis botones, pantalón y chaleco a la americana, confeccionado en riquísimo casimir importado, corte de rigurosa moda.

$ 80

TRAJES DE MEDIDA

en finos y novedosos casimires ingleses, ejecútados por nuestros eximios cortadores, esmeradamente terminados, con finos forros y entretelas de lana,

$ 120

TODOS NUESTROS TRAJES AUN SIENDO DE BAJO PRECIO LLEVAN FORROS Y ENTRETELAS DE LANA

Interior

Si al recibir Vd. su pedido, no lo halla de su entera satisfacción, aceptamos su devolución en cambio de otro traje, o bien **reembolsaremos íntegramente el valor pagado**, corriendo por nuestra cuenta los gastos de flete.



Gratis en la Capital

enviamos muestras de casimires, y a cualquier punto del interior álbum de figurines y muestras. Al solicitarlos, sírvase indicarnos color y precio del traje que piensa encargarnos.

"Thais"

POCAS serán las personas aficionadas a la buena literatura que no conozcan a Thais, no ya en el concepto histórico, puesto que el conocerla así es obligación de cualquier estudiante medianamente instruído, sino bajo el aspecto que Anatole France, que fué y seguirá siendo el rey de la literatura francesa, le ha dado en el exquisito libro que lleva el mismo nombre: Thais. Sin embargo, contados son los que saben que hubo tres muy famosas mujeres de este nombre; que una de ellas fué una santa, cuyas reliquias deben ser veneradas, y que otra fué la cortesana más famosa que ha conocido el mundo. Thais la cortesana vivía en el siglo IV (a. de C.), y era tan admirablemente bella que traía trastornada a toda la juventud de Atenas. Menandro, el poeta grande, admirador de la belleza corporal, y que ya tenía por amante a la celebérrima Glycera, abandonó a ésta por amar a Thais, cuyo nombre dió por título a una de sus obras.



Thais invitando a Alejandro a quemar a Persépolis



Cuando Alejandro Magno se apoderó de Atenas, exigió igualmente que le entregaran a la ilustre cortesana, de la cual se enamoró tan locamente, que desde aquel momento no hizo más que cuanto quiso ella. Siguiendo al conquistador, Thais recorrió el Asia; y se refiere que, al salir de una orgía, ella fué quien puso en manos de Alejandro la antorcha que incendió a Persépolis.

A la muerte del conquistador, aunque ya se hallaba Thais en edad más que mediana, tuvo encantos y seducciones bastantes para trastornar el seso a Tolomeo Lago, el fundador de la dinastía griega en Egipto, y casarse con él. Es probable que su descendiente Cleopatra debiera a ella su belleza. Esta Thais murió y fué enterrada en Egipto.

Hay otra Thais, cristiana, que fué martirizada en Egipto, y murió allí en los primeros años de la Era cristiana. Y hay la tercera Thays, tan célebre como la primera, que empezó su vida como cortesana y la concluyó como penitente y como santa. Datan de la Edad Media varias historias relatando su vida, de las cuales se ha valido Anatole France para hacer de ella una figura literaria; Massenet la ha tomado por heroína para una de sus obras musicales. La belleza de esta Thais era tan grande, que no había hombre que al verla no quedase prendado profundamente de ella, y miles de personas vendieron sus bienes para poder comprar sus favores. Indignado por aquel escándalo, el abad Pafnucio reunió una gran cantidad de dinero, y vistiéndose con traje seglar fué a verla, y, recibido por ella, la exigió que lo llevara a la habitación más recóndita de su palacio, pretextando que no quería ser visto por nadie. Llevado a ella, el abad, que era ya muy anciano, preguntó a la cortesana si estaba cierta de que allí no los vería absolutamente nadie. Thais le contestó que sólo Dios podía verlos. Entonces el abad la dijo:

—¿Luego tú sabes que hay un Dios que está en todas partes y ve todas las cosas por secretas que sean?

La cortesana quedó tan sorprendida y tan impresionada por aquellas palabras, que por única contestación dijo al venerable sacerdote:

—Padre mío, no sólo sé que hay un Dios que ve todas cosas, sino también sé que ese Dios es misericordioso y que por la penitencia se alcanza su perdón. Volved aquí dentro de tres horas y os seguiré donde queráis durante los días que me quedan de vida.

Thais aprovechó aquellas tres horas para convocar por medio de pregones al pueblo, reunir sus inmensas riquezas y, haciendo de ellas un montón en la plaza pública, quemarlas como testimonio y ejemplo para los demás. Luego que todo estuvo consumido, la cortesana fué al sitio que le había indicado el abad, el cual la hizo entrar en un monasterio de vírgenes y la encerró en una celda, cuya puerta fué tapiada; todos los días, por una pequeña abertura que había dejado para que pasara aire, entraban a la emparedada su ración de pan y de agua.

Allí pasó Thais tres años repitiendo continuamente la única oración que se creía digna de pronunciar, y que era esta: "Tú, que me has hecho, ten piedad de mí."

Al cabo de aquel tiempo la sacaron de la celda y murió casi de seguida.

Fué canonizada, y su fiesta se celebra el día 8 de octubre.

He aquí, pues, las tres Thais famosas de la historia.

La paja en el ojo ajeno...

Por PESCATORE DI PERLE





NO hay país en el mundo que rinda tan estrepitoso culto a la poesía como el nuestro. Ninguno puede enorgullecerse de tan gran número de poetas. Y de poetisas. Porque el contagio entre los dos sexos es fatal, como lo ha demostrado elocuentemente en sus conferencias el doctor Verano. Y como ya lo decía en sus *Premáticas y aranceles generales* don Francisco de Quevedo: *Habiendo considerado que esta infernal seta de hombres* (los poetas) *condenados a perpetuo concepto, despedazadores y tahures de vocablos, han pegado la dicha roña de poesía a las mujeres, declaramos que nos damos por desquitados con este mal que les han hecho del que nos hicieron en Adán.*

Quedamos, pues, en que nadie nos gana a poetas, poetisas y poetisos. La proporción sobre los demás habitantes es alarmante. Aquí, por ejemplo, en EL HOGAR, de ocho redactores que tenemos, nueve son poetas. El "score" es abultadito...

Y por si fueran pocos los de casa, diariamente nos llegan docenas de libros y folletos de bardos que aspiran al suave trato de las musas y a los dulces favores del premio municipal.

Confieso que a mí me ocurre un fenómeno curiosísimo con las poesías: sólo me gustan las buenas. Lo cual me ha valido una horrible fama de adoquín.

En el último correo he recibido una obrita poética del señor José Azerrad Lasky, titulada *La gama del iris* y editada estos días en La Carlota, provincia de Córdoba.

Por la antedicha razón paso por alto los versos, y me voy directamente a una página de prosa en la que el vate explica epistolarmente a un amigo su particular teoría literaria, antítesis de la sostenida por Boileau en el dístico célebre:

> Ce que l'on conçoit bien s'énonce clairement
> et les mots pour le dire arrivent aisément.

El señor José Azerrad Lasky refuta victoriosamente la fórmula de Boileau con esta magnífica explicación:

> *Desde nuestra última, y para mí gratísima entrevista en su biblioteca, doctor, conservo como una joya, en mi intelecto, las ideas que, con tanto acierto de su parte, dilucidamos y el nombre venerando de Atkinson.*
>
> *Experimenté un gran placer cuando la obra "Conócete" de este soberano de la Empírica penetró la esfera de mi visión; y ella fué para mí alivio y velocidad en las largas horas de mis torturas.*
>
> *El motivo de esta disquisición psíquica es el anhelo de saber de su pluma autorizada el grado de consistencia de mi nuevo criterio, no sea que esté cimentado en el vacío de una secreta inestabilidad.*
>
> *Después de largas horas de estudio y mentación asidua sobre los problemas psíquicos, que plantea la Empírica, y de analizar el procedimiento ideológico seguido en la absolución de las cuestiones, siento gravitar sobre el "ME" la incoherencia y en lo íntimo de mi personalidad un mundo de ignotas realidades. Pero ante las ideas severas del ente y su encadenamiento de rigurosa lógica, veo esfumarse la doctrina sustentada por la Psicología utilitaria, principalmente en el capítulo básico del "SUBCONSCIENTE".*
>
> *La razón de lo que afirmo es la evidente pugna entre la inconscientividad del "YO" y la noción de simpleza e incomposición de la psiquis humana. Lo cual se patentiza con la visión de la unidad constitutiva del ente psíquico, el que no puede adquirir ni poseer conocimiento alguno, prescindiendo de una actual mentación y de su connatural conscientividad.*
>
> *Por eso, las teorías empíricas de Atkinson, acerca de la conscientividad del acto íntimo, son, a mi intelecto, inadmisibles; y, además, porque cristalizan las proporciones del absurdo con la aserción de que las operaciones de la propia psiquis escapan a los alcances de la conscientividad, puesto que con ella forman fundamentalmente una real e indivisible entidad.*
>
> *Cáusame maravilla considerar cómo la selecta falange de psicólogos utilitarios mentados por Atkinson, tiende a clasificar la individualidad humana, en lo que tiene de consciente, en el orden de los marsupiales. La base de este mi aserto es la gradación de planes psíquicos colocados en la personalidad del "EGO", constituyendo con los cuales el "SUPERCONSCIENTE", el "SUBCONSCIENTE" y el mismo consciente: como si afirmáramos tres categorías de "ME", de los cuales dos están latentes en las penumbras del propio "EGO" y a la vez fuera del ámbito de la conscientividad: con lo cual parece quisiérase establecer una triplicidad de "EGO" en el "EGO" mismo, por el subterfugio de un número arbitrario de "ME", lo cual, en las sólidas regiones de la Metafísica, se estipula ontológicamente absurdo, y entitativamente implicativo de contradicción.*

Permítame que disienta, doctor. Las implicaciones entitativas de la conscientividad de Atkinson, que tan alarmativamente le han embarullado a usted la psiquis, no interesan mi propio "EGO". A Atkinson sólo lo admito en loción en la cueridad cabellosa de mi individualidad humana. La lucha entre el "CONSCIENTE", el "SUBCONSCIENTE", el "SUPERCONSCIENTE" y el "RECONTRACONSCIENTE" ha creado el tipo penúmbrico y opendoórico del "INCONSCIENTE" con las tres categorías de "ME" que usted cita: el "ME", el otro "ME" y el "¡MEEEEE!". Desde el ente intelectivo dotado de connatural mentación hasta el hombre vulgarósofo que se sacó la lámpara en la rifa, todos somos susceptibles de que se nos estipule ontológicamente el absurdo en las sólidas regiones de la zabeca, de la "AZOTEA DEL EGO DE LA PSIQUIS", con la consecuente incomposición de los tornillos. En tal caso, al hombre vulgarósofo que se sacó la lámpara en la rifa le dará por atrapar el silbido con el dedo; al ente intelectivo le dará por metafisiquear sobre el ámbito de la conscientividad del "EGO", del "Yo", del "ME" y del "TA-TE-TI".

Y la psiquiatridad será con nosotros. Amén.

—— :: ——

PASEMOS, ahora, de las manicómicas regiones de la Metafísica a la pintoresca jarana de Madrid y sus aledaños.

La revista española *La Esfera*, que ve la luz pública en la Villa del Oso, del Madroño y de la Astrakanada, dedica una página entera de su número del 28 de noviembre último, al *Facundo*, del *nostro* Sarmiento.

El autor del artículo, don Martín Bayle, se escandaliza de la enciclopédica ignorancia que reina en España respecto a las cosas de América, y no se explica cómo los toreros desconocen al *Facundo* y a Sarmiento. Cita de paso la opinión de Valle Inclán, uno de los tantos Ramones macaneadores de la Península, que ha proclamado enfáticamente al *Facundo* como la mejor *novela* del siglo XIX. El señor Martín Bayle reacciona contra el *qué-se-me-da-a-mí* de sus sandungueros compatriotas y establece la verdadera personalidad de Sarmiento en un capítulo que empieza así:

> *SARMIENTO Y BOLIVAR*
>
> *Los dos grandes nombres suelen aparearse, y muchas veces han servido para inútiles y enojosas comparaciones. Para servir de base a historias paralelas, son sus destinos demasiado parecidos, y están demasiado próximos en la gran hazaña de la independencia americana. En el prólogo del "Facundo", Blanco Fombona se muestra más entusiasta de la gran figura de Bolívar, "el inabarcable libertador".*

Este supuesto match de Bolívar versus Sarmiento es graciosísimo, y tiene en España su justa equivalencia en la comparación odiosa que siempre se ha establecido entre los dos grandes contemporáneos del siglo de oro: el conde Romanones y Doña Juana la Loca.

—— :: ——

LEO en las *Gramaticales y filológicas* de *La Prensa*, del domingo 3:

> *El verbo "pararse" en acepción de "ponerse de pie" ha sido admitido por la Academia. No obstante, Miguel de Toro lo considera americanismo, que corresponde usar únicamente en el lenguaje familiar.*

Que la Academia admita o no un vocablo, es cosa para nosotros desprovista de importancia. Y que don Miguel de Toro lo considere americanismo de entrecasa, tampoco nos inquieta.

La verdad es que *pararse*, por ponerse de pie, figura en todos los buenos autores castellanos de la gran época. Lo encuentro en el *Lazarillo de Tormes* con esta nota del sabio don Ramón Menéndez Pidal—uno de os dos gloriosos Ramones de España: el otro es Cajal: — *Parar tenía en lo antiguo casi todas las acepciones de "poner": pararse en pie, pararse delante, etcétera.* Cuervo cita los ejemplos clásicos aducidos por Calcaño y Batres Jáuregui; Tiscornia cita a Cuervo, y yo cito a Tiscornia. Ahora queda autorizada *La Prensa* para citarme a mí.

En cuanto a la teoría americanista de Miguel de Toro hace rato que quedó pulverizada con esta explicación de Cuervo: *El uso bogotano (de pararse) es común a toda la América española, lo que naturalmente ha sugerido la idea de que tenga su origen en España.*

Como queda probado.

Los fotógrafos y las fotografías de "EL HOGAR"

No hay enlace, banquete, dancing, ni acontecimiento social de los muchos que se celebran en esta capital, en el que — fatalmente — no se presente algún titulado fotógrafo de EL HOGAR. Éste suele proponer al obsequiado, al organizador de la fiesta o al que supone más interesado, la compra de una docena de las fotografías que va a tomar. En esta proposición, naturalmente, va implícita la seguridad de que EL HOGAR reproducirá en sus páginas un grabado del acontecimiento. Y mediante tal condición, el precio — siempre elevado — no se regatea. El cliente paga y espera. Al cabo de unas semanas se presenta en son de queja a nuestra redacción, donde tiene la desagradable sorpresa de convencerse que ha sido víctima de una vulgar estafa.

A fin de evitar en lo posible la repetición de este abuso, advertimos a nuestros lectores que los fotógrafos de EL HOGAR llevan CARNETS que los acreditan como tales, y cualquiera tiene derecho a exigirles su presentación.

Por otra parte — y esto es lo más importante — EL HOGAR NO COBRA ABSOLUTAMENTE NADA por la publicación de cualquier género de fotografías, ni autoriza a nadie para vender reproducciones ni hacer arreglo alguno por el estilo. En todos los casos la selección y publicación de las fotografías quedan libradas exclusivamente al criterio de la Dirección.

Quien pida dinero o trate de vender fotografías en nuestro nombre, no es fotógrafo de EL HOGAR: es, simplemente, un estafador.

EL HOGAR no exige un solo centavo por la publicación de fotografías o retratos, ya sean para las páginas de actualidades sociales o las tituladas "Nuestro gran mundo", "Las actrices bonitas", y todas las demás.

Semanalmente se premiará con una libra esterlina al que remita la mejor "perla" a juicio de nuestro "Pescatore". No se admiten "perlas" anónimas, es decir, sin documentación. Todo envío debe acompañarse con el recorte del diario, revista o libro donde se hizo el hallazgo, "e si non, non". Esta semana corresponde la áurea moneda a Mariano Dawes, de Lanús.

Haga sus pasteles y tortas con esta excelente grasa,

—— *y ellos tendrán el gusto aelicado y exquisito que Ud. desea.*

El relleno de sus pasteles o empanadas puede ser delicioso y gustar a sus invitados, pero su maestría para preparar estos riquísimos bocados será juzgada por lo quebradizo de la masa y ese sabor tan delicado y tentador que les da la grasa OLEO MARGARINA **"EL GAUCHO"**.

Por eso es que las señoras conocedoras la prefieren sobre cualquier otra. Esta excelente grasa se obtiene de las mejores partes del animal. De ahí su pureza, uniformidad y gran consistencia que permite trabajar tan bien la masa.

OLEO MARGARINA **"EL GAUCHO"** no sólo se emplea para hacer finos y sabrosos pasteles, sino también para toda clase de frituras. Su **pureza y alta calidad** no han sido aun igualadas.



Oleo Margarina
Marca "EL GAUCHO"

En venta en todas las despensas y almacenes.

Compañía
Swift de La Plata
Argentina







L.T. PIVER
PARIS

Los
Polvos de Tocador
POMPEÏA
FLORAMYE
y
REINITA
mantienen el cutis bello y suave

Precio de la caja... **$ 2.00**

NUESTRAS
LOCIONES
por sus grados de alcohol y sus perfumes más finos y variados **REEMPLAZAN VENTAJOSAMENTE** a las **AGUAS DE COLONIA.**





PRECIO EN LA CAPITAL: 20 centavos

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.

PRECIOS: En el Interior: 30 centavos
En el Uruguay: 10 centésimos